

Nuestra Bandera

revista teórica
y política del
Partido Comunista
de España

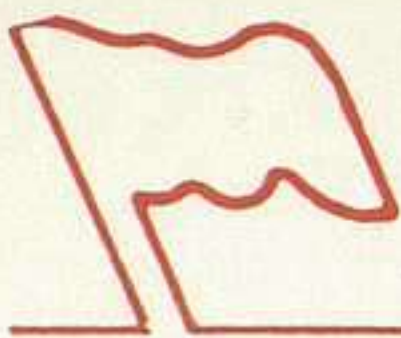


Javier Pérez Royo,
Manuel Azcárate,
Julio Segura,
Malo de Molina,
Ernst García,
Pilar Brabo
Eurocomunismo

Jordi Borja,
Joaquím Sempere,
Antoni Gutiérrez Díaz,
Roberto Lertxundi
*Congreso en el
PSUC y en el
PCE-EPK*

Fernando Zaba,
Jaime Ballesteros
*Encuentro europeo
sobre seguridad,
cooperación y
derechos humanos*

Febrero 1981
Número 106
150 ptas.



Nuestra Bandera

N.º 106

Sumario

Editorial:

El golpe de Estado 1

Eurocomunismo:

Presentación 4

Revolución de la mayoría. Tres tesis, Javier Pérez Royo 5

Raíces históricas del eurocomunismo, Manuel Azcárate 8

Unos apuntes sobre eurocomunismo y estrategia económica, Julio Segura 10

Política internacional e independencia del Partido, J. L. Malo de Molina 12

Sobre el papel del principio autonómico en el programa comunista, Ernest García 15

Eurocomunismo y Partido, Pilar Brabo 21

El P.S.U.C. entre dos crisis, Jordi Borja 24

Un malestar en busca de coordenadas, Joaquín Sempere 29

Reflexiones sobre el Congreso del P.S.U.C., Antoni Gutiérrez Díaz 32

El IV Congreso del PCE-EPK y el eurocomunismo, Roberto Lertxundi 35

Del entusiasmo hacia la confianza, pasando por el miedo (sobre «La España que bosteza», de J. L. Cebrián), Carlos Alonso Zaldívar 38

Encuentro europeo sobre seguridad, cooperación y derechos humanos, Fernando Zaba 42

Política de paz desde Europa, Jaime Ballesteros 45

Interrupción voluntaria del embarazo, Luis Arroyo 47

Los intelectuales españoles: su historia y sus actividades, entrevista a Francisco Villacorta por Juan-Sisinio Pérez Garzón 51

Profesionales, intelectuales y artistas: dos asambleas, Miguel Bilbatúa 53

RTVE: una esperanza cargada de amenaza, José Fernández Cormenzana 55

Dossier: El Salvador 57

La alienación en el mundo contemporáneo, Manuel Ballesteros 65

Libros 70

Cartas 71

Por exceso de original aplazamos la publicación de la tercera parte del artículo de Adam Schaff «Burocracia del partido y democracia socialista».

Consejo editorial:

Jaime Ballesteros, Emerit Bono, Jordi Borja, Dolors Calvet, M. Castells, Enrique Curiel, Manu Escudero, Ernest García, Ricardo Lovelace, F. González Melcón, Víctor Nieto Alcaide, Carlos París, J. Ripalda, A. Sánchez Vázquez, J. Sandoval, Nicolás Sartorius, J. Sempere, Ramón Tamames y Juan Trías.

Consejo de Redacción

Manuel Azcárate (Director)
Carlos Alonso Zaldívar
Manuel Ballesteros
Miguel Bilbatúa
Jordi Borja
Pilar Brabo
M.^a Antonia Calvo
Antonio Elorza
Daniel Iríbar (Coordinación General)
Alberto Infante
José Luis Malo
Javier Pérez Royo
Adolfo Piñedo
Paloma Portela
Julio Segura
Eugenio Triana

Maqueta y confección, NUESTRA BANDERA

Alberto Leonard (Administración y Distribución)
M.^a Eugenia Varela (Secretaría de Redacción y Suscripciones)

Revista bimestral
Madrid, marzo de 1981
150 ptas.

Madrid, 1981
Número suelto, 150 ptas.
Suscripción a ocho números:
España, 1.000 ptas.
Europa, 1.350 ptas.
América, 1.600 ptas.
Resto del mundo, 1.900 ptas.

Redacción y Administración:
Santísima Trinidad, 5

Depósito legal: M. 20.166-1977
Imprime: Gráficas ELICA
Bóyer, 5. Madrid-32.

El golpe de Estado

EL fallido golpe de Estado del 23/24 de febrero ha demostrado hasta qué punto la democracia española es aún frágil, hasta qué punto la transición no ha terminado. Hasta qué punto en un país sin tradiciones democráticas a lo largo del siglo XX los períodos de dictadura sobrepasan con creces los democráticos y constitucionales, la nostalgia por el pasado franquista puede inspirar las acciones más descabelladas. La transición, sin ruptura, de ese pasado dictatorial a una democracia consolidada, ha aparecido, ante el mundo entero, como una de las operaciones más arriesgadas y complejas a las que se pueda asistir.

Ante esta situación afirmamos firmemente que hoy la tarea primordial es sin duda alguna consolidar la democracia, la de crear activamente, y con urgencia, las condiciones para que un proyecto de golpe como el realizado el 23 de febrero no se pueda volver a intentar.

Y para ello conviene reflexionar sobre los mecanismos que hicieron posible el fallido golpe de Estado.

POR QUE FUE POSIBLE

El núcleo motor del golpe es sin duda la ultraderecha española, con apoyos en sectores concretos (y minoritarios) de las Fuerzas Armadas, que consideran la democracia y la Constitución como sus enemigos frontales. Para este tipo de mentalidad los conceptos de soberanía popular, libertad, democracia, Constitución, partidos políticos y sindicatos, etc., sólo merecen ser depurados para imponer sobre ellos una u otra forma de dictadura. Para estos sectores el modelo a seguir continúa siendo el del Alzamiento del 18 de Julio y consecuencias posteriores. Y de ellos parte también el intento de asimilar los problemas de este período, paro, terrorismo, etc., al sistema democrático, así como la defensa cerrada del modelo del Estado centralista franquista, que les lleva a equiparar autonomías con separatismo.

ESTE núcleo, de por sí reducido, encuentra un eco mayor en otros sectores de las Fuerzas Armadas y en algunos sectores sociales al manipular los problemas

derivados de la crisis económica y sobre todo del terrorismo. En torno a este último fenómeno, que es particularmente impactante en el seno de las Fuerzas Armadas y que persiste en ETA militar, cabe hoy con más razón que nunca preguntarse a quién interesa su mantenimiento —desde luego no al pueblo vasco ni al pueblo español—; quién mantiene los hilos de su acción irracional, que por su desprecio a la soberanía popular, a la Constitución, a la democracia, es en todo equiparable al método de pensar y actuar de la ultraderecha.

Los problemas del terrorismo, de la crisis económica, el fracaso de la política de UCD para hacerles frente, la manipulación de todo ello por esa ultraderecha montaraz suministran «justificaciones» a las que se apuntan, interesadamente, núcleos de poderes fácticos que aún se niegan a aceptar que la democracia española debe ser irreversible.

PRECISAMENTE la existencia de ese núcleo central de pensamiento «ultra» por un lado, y la influencia que el fenómeno terrorista, y su utilización por dicho núcleo, ha alcanzado sobre sectores no forzosamente «ultras» de las Fuerzas Armadas, sobre el telón de fondo de un país sin tradiciones democráticas firmes, explica la confluencia de dos o tres maniobras golpistas que van desde la atávica acción de Tejero hasta las operaciones más sofisticadas de instaurar un Gobierno militar, reflejadas en los artículos del colectivo Almedros.

En cualquier caso, la existencia de estas operaciones en marcha con diferentes grados de respaldo militar, la creencia común a todas ellas de que el Rey apoyaría intencionadamente de este tipo, demuestra hasta qué punto la separación entre las Fuerzas Armadas y la sociedad civil ha alcanzado en este país cotas peligrosísimas. Porque ni era concebible que la Corona respaldara ni a los Tejeros ni a los Almedros, ni tampoco lo era que el pueblo español recibiera a los golpistas como a sus «salvadores». Y sin embargo, estas creencias funcionaban y eran el fermento «ideológico» sobre el que se construían las diferentes operaciones. Operaciones que sin duda alguna han apuntado también en su haber el giro derechista en la política estadounidense como consecuencia de la elección de Reagan en noviembre de 1980.

EDITORIAL

No puede decirse que la Iglesia haya jugado un papel positivo en esta crisis, sino más bien todo lo contrario. Su intransigencia en temas como el de que el divorcio compete exclusivamente al poder civil y a los representantes del pueblo, sus injerencias y sus presiones han contribuido a crear un clima de falta de respeto hacia la democracia que la ultraderecha ha aprovechado sin pérdida de tiempo. Del mismo modo su ambigüedad a la hora de condenar el golpe se inscribe en una página negra de la Iglesia española.

...Y POR QUE FRACASO

Fracasó por muchas razones. La primera de ellas porque la derecha económica en su núcleo fundamental, Banca, grandes finanzas, grandes empresarios, no estaba entre los golpistas ni les suministraron su apoyo.

LAS declaraciones de Ferrer Salat y Antonio Garrigues Walker junto con el papel de la SER en la noche trágica, la presencia de Rafael Termes y otros destacados financieros y empresarios en la manifestación, las significativas tomas de posición por la democracia de periódicos tan influidos por estos medios como ABC, YA o La Vanguardia, reflejan, y por ello es la continuación de una actitud iniciada en los últimos años de la dictadura, que en este país una parte fundamental de las clases dirigentes considera que la defensa de sus intereses no sólo es posible hacerla a través de la democracia, sino que es desde todos los puntos de vista preferible hacerlo a través de ella.

Una parte interesada de estas clases dominantes vinculan la «defensa de sus intereses» con el ingreso en la OTAN, tema que por más que se intente presentar como «más necesario hoy que antes del golpe», nada garantiza, antes al contrario, cara a una futura eventualidad de este tipo. La OTAN no preservó a Grecia del golpe de los coroneles, ni a Turquía de los militares, ni, por otro lado pudo evitar el 25 de Abril portugués. Desprovisto de justificaciones ideológicas que no se corresponden a la realidad, el ingreso de España en la OTAN in-

teresa sobre todo a los círculos del Pentágono, pero no a España, no tampoco a Europa.

La actitud favorable a la democracia de la derecha económica y social, que marca una diferencia fundamental con el 36, se ve contrastada por el apoyo que ciertos sectores de la derecha económica que subieron como la espuma bajo la autarquía y los privilegios franquistas —los Girón, García Carrés y cía— han prestado a los golpistas. Este sector, sobre el cual deben también recaer todas las condenas previstas en la Ley, es sin embargo, un sector marginal a las clases dominantes y sin futuro que ofrecer en lo económico y lo social a éstas. Por ello la intentona golpista tenía un flanco débil que contribuyó a su aislamiento definitivo.

LA segunda razón es la que antes hemos apuntado: un claro posicionamiento de la Corona del lado de la Constitución. Posicionamiento que es el normal en quien es un Jefe de Estado Constitucional, y no sólo el Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas, como también marca la Constitución. Esto no resta un ápice al valor, la decisión y la energía demostradas por el Rey en las difíciles horas del 23/24 de febrero, pero sí tiende a subrayar que el comportamiento constitucional del Rey era el esperado por las fuerzas democráticas de este país, es decir, por la inmensa mayoría del pueblo, que desde la aprobación de la Constitución ha comprendido que nos hallamos, no ante un veleidoso Borbón de los que tantos quebrantos ocasionaron a este país en el siglo XIX, sino ante un Monarca acorde con los tiempos, que probablemente ha reflexionado sobre su propia dinastía y que tiene voluntad de contribuir a que este país se instale en un sistema parlamentario consolidado.

La tercera razón es el propio dispositivo de las Fuerzas Armadas, a las órdenes del Rey, para detener y hacer imposible el golpe. Tanto más meritoria es esta actitud, que en definitiva resultó ser mayoritaria, por cuanto el Ejército, la Guardia Civil, la Policía Nacional, habían sido impactadas por el terrorismo y profusamente trabajadas por la ultraderecha, y cuando además, la separación existente en nuestro país entre Ejército y sociedad civil determina un mutuo desconocimiento que conlleva en ocasiones una profunda desconfianza mutua.

La cuarta razón, que es quizá la piedra de toque de todas las anteriores, es la actitud del pueblo español que ha elegido libre y conscientemente la democracia, que ha votado la Constitución y que aunque haya sufrido un nivel determinado de desencanto, por efecto, sobre todo, de la fracasada política de UCD, no por ello ha pensado en la vuelta atrás, al pasado dictatorial, sino más bien en el paso adelante, en acelerar el proceso de consolidación definitiva de la libertad y la democracia.

SI antes de las manifestaciones del viernes 27 podía haber alguna interpretación que desvalorizara la actitud popular, después de ese día todas las dudas se han disipado. Pero esas dudas tampoco tenían por qué haber existido antes. Porque ¿cuál fue la actitud del pueblo en las jornadas del 23 al 24? ¿podía hacer otra cosa de lo que hizo?

Difícilmente. La consternación producida cuando a las 18.22 horas las antenas de la radio transmitieron los disparos en el Congreso, se plasmó inmediatamente en la adopción de la medida más sensata: recabar el máximo de información. Pocos españoles durmieron aquella noche atentos a la radio, a la TV, a los transistores. Lanzarse a la calle cuando no estaba clara la actuación de las metralletas, los tanques, los fusiles y cuando no estaba claro que fuera la mejor actitud, era una heroicidad que sólo fue practicada en los alrededores del Congreso, por núcleos de las más avanzadas vanguardias que se enfrentaron ya arriesgadamente, a la dictadura. Millones de españoles mostraron también su enfrentamiento al golpe al permanecer en sus hogares, pegados al transistor, comunicándose telefónicamente, dándose y transmitiéndose noticias y ánimos.

Mención especial merecen los que permanecieron en las sedes de los partidos de izquierda intentando coordinar y dirigir, en medio del caos exterior; los que organizaron los contactos de los partidos entre sí y de éstos con el poder civil —la Junta de Subsecretarios y Secretarios de Estado— y con la Zarzuela; los que iniciaron los preparativos de una huelga general pacífica al día siguiente para que la clase obrera, los trabajadores de servicios y oficinas, pudieran expresar su repulsa por el golpe.

Y todo lo anterior pone a su vez de manifies-

to algo que, si sólo nos miramos en el espejo del pasado, resulta difícil de comprender, pero que el pueblo español si captó intuitivamente: cuando suenan las metralletas, queda la fuerza de la razón; que puede ser el factor decisivo. En primer lugar porque no hay metralletas más que en un lado. Y en segundo, porque las razones de los sin armas son, fueron en la noche del 23/24 de febrero, más poderosas que en ninguna otra situación histórica.

EL FUTURO

Podemos pues concluir diciendo que el golpe de Estado del 23/24 de febrero fracasó porque ni el pueblo español, ni las Fuerzas Armadas como institución, ni la Corona, ni la derecha económica y social dieron su apoyo a los golpistas. Pero con todo y de cara al futuro no está descartado que pueda volver a peligrar la estabilidad democrática. Está fuera de dudas que el pueblo español no va a apoyar ninguna intentona golpista. La derecha económica opta, hoy por hoy, por una democracia estable. Pero la separación entre el Ejército y la sociedad civil, la persistencia, más que probable, de la práctica del terrorismo de ETA-m, que efectivamente parece preferir la dictadura a la democracia, y el incremento previsible de terrorismo de la extrema derecha, ofrecen un porvenir incierto, si no se toman las medidas necesarias; sobre todo políticas.

Sería absurdo caer en estos momentos en el pesimismo y la desesperanza. La situación es grave, pero también las coordenadas están más claras que nunca. Y los acontecimientos pueden tomar un sesgo positivo. En primer lugar, porque un conjunto importante de las fuerzas democráticas y de los sectores económicos reconocen —por primera vez desde el 77— la conveniencia de un Gobierno de Coalición en este país. Múltiples voces se han alzado señalando la fragilidad del Gobierno monocolor de UCD, nombrado por Calvo Sotelo, para hacer frente a la actual situación y desde parte de la derecha económica se ha reclamado un Gobierno del que fomen parte el PSOE, PNV y MC; y también CD. La incapacidad de UCD, demostrada en los tres últimos años para resolver los problemas del país, es hoy una realidad reconocida por todos.

POR parte del PCE hemos expresado desde antes del golpe de Estado, la conveniencia de que la izquierda representada por el PSOE forme parte del Gobierno. Poco ayudaría al Gobierno de Calvo Sotelo un mayor reforzamiento por la derecha, por parte de CD, que además de sus discusiones internas representa una parte muy reducida del electorado. Nos tememos que Calvo Sotelo necesita poco refuerzos de esta banda. Sí, en cambio, necesita serios compromisos con la izquierda; para erradicar el terrorismo, en primer lugar; si de algo no puede acusarse a la izquierda socialista y comunista es de no haber dado un apoyo decidido a UCD para combatir el terrorismo, y en este sentido la votación favorable de la Ley de Seguridad Ciudadana es una prueba concluyente. Pero de nada sirve ese apoyo, y la muerte por torturas de Joseba Arregui lo demuestra, si luego UCD no es capaz de hacer un uso correcto de los medios que el Parlamento ha puesto en sus manos; y si no existen instrumentos para seguir el control de la ejecución de una ley que tan gravemente ha hipotecado ante la opinión pública a la izquierda.

Y esos instrumentos de control hoy, ante la gravedad de los acontecimientos, tienen que ser en concreto la participación de la izquierda en el Poder.

A su vez, que esa participación, sea sobre la base de los grandes temas de Estado: lucha contra el terrorismo, democratización del Aparato del Estado, culminación del proceso autonómico; se tendrá, por otro lado, que posponer el debate de los temas que puedan suponer una grave división entre los españoles, por ejemplo el ingreso en la OTAN; y definir una nueva política económica para resolver el problema del incremento del paro, donde las observaciones críticas de J. K. Galbraith sobre la ineficacia de las medidas monetaristas para resolver la actual crisis, tienen un ancho campo de aplicación en este país; y donde habrá que tomar en consideración las observaciones de la izquierda sobre el necesario incremento de la inversión pública.

Un Gobierno de este tipo, con un programa de actuación claro y pactado con las fuerzas

parlamentarias, podrá contar con el apoyo de los comunistas desde la Cámara y en el país. Los comunistas que hemos dado nuestra contribución, responsable hasta ahora en todo momento, en el período de transición de la dictadura a la democracia, continuaremos en esta dirección, con toda la firmeza necesaria para que este país pueda al fin considerarse definitivamente situado entre los países civilizados del planeta.

AUN en estos momentos tensos y difíciles nos parece necesario subrayar que la contribución a la consolidación de la democracia en absoluto puede traducirse en la paralización del Partido, en su dilución en sí mismo. Hoy necesitamos un partido más consecuentemente eurocomunista, y por tanto más vivo, activo y actuante que nunca. Un partido totalmente inmerso en la sociedad e influyente sobre la misma. Hemos comprobado lo peligrosos que resultan, en la situación actual, los fenómenos del desencanto, de la apatía, de la no existencia de cauces suficientes para la participación popular. Hemos comprobado también el progresivo distanciamiento entre el Ejército y la sociedad. El partido —a todos los niveles— debe luchar por superar estos fenómenos, por ser, hoy más que nunca, un partido de masas, rico y plural, abierto y tolerante, pero firme en la defensa de la democracia española como el que más; y firme en el combate contra injerencias externas a nuestro país que no pretenden otra cosa que reducirnos a secta inoperante.

Por cierto que aquellos que impulsan el sectarismo en nuestro partido, léase la URSS y el PCUS, han sido incapaces de poner a prueba su tan proclamado «internacionalismo proletario» con ocasión del reciente golpe de Estado: Ninguna declaración de protesta y oposición conmovió a los participantes del 26 Congreso del PCUS que ni siquiera expresaron oficialmente su solidaridad a la delegación del PCE que asistía como invitada, y que abandonó las sesiones para dirigirse a sus puestos en España.

Actitud que contrasta con la movilización solidaria con el pueblo español protagonizada, en estos días en particular, por el PCI, y por otras fuerzas obreras y democráticas.

Presentación

Profundizar en la estrategia eurocomunista, aportar elementos para su concreción, facilitar el debate teórico sobre los mismos, debe constituir uno de los objetivos permanentes de una revista que, como NUESTRA BANDERA, se titula «revista teórica y política del PCE».

El consejo de redacción de NB ha llegado a la conclusión, tras largas discusiones, de que reforzar esta línea editorial constituye un objetivo prioritario de cara al X Congreso, y para más allá del mismo, debido tanto a las dificultades de comprensión que el eurocomunismo encuentra aún dentro del PCE, y a la necesidad de una mayor elaboración teórica, como a la necesidad de hacer frente a la ofensiva ideológica y cultural que la derecha hace desde posiciones de clase antagónicas a las nuestras.

El objetivo de NB es, pues, ampliar el debate ya iniciado en sus páginas sobre el eurocomunismo en distintos planos. Se trata, por una parte, de ofrecer a los lectores materiales que ayuden a situar adecuadamente la estrategia eurocomunista dentro del contexto del movimiento revolucionario mundial actual. Por otra parte, intentamos que se potencien las aportaciones más teóricas que tienen poca vía de expresión en otros medios de comunicación. Por último, tratamos de abrir nuestras páginas a un debate que clarifique posturas, y permita enriquecer la formación política de los lectores de la revista.

Por todo ello, en las páginas que siguen ofrecemos una serie de trabajos cortos, limitados en su espacio, sobre algunos de los problemas que consideramos claves en el momento actual para el diseño de la estrategia eurocomunista y el fortalecimiento de la misma en el partido. Creemos que es muy difícil comprender la necesidad objetiva del eurocomunismo y su verdadero carácter revolucionario si no se tienen una visión precisa del origen histórico del eurocomunismo, del tipo de sociedades en que surge y, en suma, de los problemas a los que se enfrentan los comunistas en esas sociedades para lograr su transformación.

Pensamos también que una pieza fundamental del eurocomunismo es su estrategia internacional, y que por tanto, el debate y la explicación de una alternativa de paz, progreso, independencia y libertad para todos los pueblos, que implica la lucha contra los bloques militares, contra el imperialismo, contra la carrera armamentista, etc., es de importancia vital. De igual forma que creemos que es necesario profundizar en la investigación teórica sobre el carácter del imperialismo capitalista, y sobre el carácter de los países del «socialismo real».

Un elemento central de la idea eurocomunista es la importancia decisiva y el potencial revolucionario que tienen, además de las organizaciones de masas como los partidos y sindicatos, los nuevos movimientos sociales en las formaciones sociales más desarrolladas. Movimientos como el de liberación de la mujer, juveniles, ecologistas, de liberación sexual, que tan fuerte expansión

han experimentado en los últimos años, señalan hacia la importancia de contradicciones consideradas como de menor importancia en la teoría marxista tradicional, contradicciones cuya creciente agudización encierra un potencial revolucionario grande. Potencial que debemos ayudar a desarrollar lo más posible pero que, al mismo tiempo, presenta riesgos claros de corporativizarse o ser asimilado por el capitalismo en su propio beneficio, al tener su origen en contradicciones parciales, y estar articulado normalmente en torno a plataformas reivindicativas muy sectorializadas. El papel del nuevo bloque histórico y su relación con los movimientos sociales, constituye pues, otro de los focos de atención.

Es evidente que no existirá alternativa eurocomunista a la crisis actual si no hay una estrategia de transformación económica bien definida, ni si la estrategia del movimiento obrero no es la adecuada. Puntos ambos que guardan una estrecha relación entre sí.

Pero el eurocomunismo, como toda estrategia global, ha de tener un proyecto de sociedad civil que constituya su objetivo. No se trata de una quimera, ni siquiera de una utopía, no se trata tampoco de dar recetas de cocina, sino de discutir y diseñar el tipo de sociedad por la que los comunistas luchamos y que constituye el objetivo de nuestra estrategia revolucionaria. Un proceso de transformación y de salida de la crisis actual, que se adivina como largo y difícil, debe tener como norte estratégico un proyecto de sociedad socialista claramente establecido.

El tema del «tipo» de política a realizar por un partido eurocomunista es otro punto esencial. Es claro que la política realizada a través de las instituciones representativas constituye un aspecto fundamental de toda acción política, pero no lo es menos que los comunistas perseguimos un modelo de democracia en que se articulen la democracia representativa y la de base y directa, en la que las fuerzas sociales reales tengan un peso mayor que el actual.

Entrando en un tema más particular, pero no por ello menos importante para los eurocomunistas españoles, el tema del estado de las autonomías, de su consolidación, de su equidad en el trato de distintas nacionalidades y regiones, de la solidaridad del mismo, etc., constituye otro punto fundamental, cuyo reflejo directo en problemas ya más internos de organización del PCE es claro.

Por último, todos estos aspectos parciales señalan hacia algo evidente: la adecuada y precisa definición de una estrategia eurocomunista es una condición imprescindible, pero no suficiente para poder llevarla a la práctica. Para esto es necesario un instrumento político, el partido comunista, que sea capaz de aplicar correctamente y elaborar y debatir continuamente su estrategia. Este es el otro gran tema al que nos enfrentamos los comunistas españoles en los momentos actuales. □

Revolución de la mayoría.

Tres tesis

Javier Pérez Royo

CUANDO se habla de revolución de la mayoría como una de las características definitorias del «eurocomunismo», es necesario precisar de manera inmediata qué se entiende por esta expresión. Y es necesario hacerlo, porque todas las revoluciones que en el mundo han sido, dignas de tal nombre, o por lo menos todas las revoluciones modernas, han sido siempre revoluciones de la mayoría, revoluciones en las que ha participado una mayoría de la población en relación con aquélla que defendía el orden social vigente. Así pues, revoluciones de la mayoría lo han sido todas o casi todas, y por lo tanto, no deja de ser sorprendente y necesita ser explicado el que se utilice esta expresión como

característica específica de un concreto proyecto político revolucionario, del «eurocomunismo».

¿Qué es la revolución de la mayoría?

Quiero decir con esto que, cuando se utiliza la expresión revolución de la mayoría desde la perspectiva «eurocomunista», no se puede estar haciendo referencia al aspecto cuantitativo de la participación en el proceso revolucionario, sino al aspecto cualitativo. No a cuánta gente participa, sino a cómo participa. Pues no cabe duda de que si la mayoría de la población, y en concreto la inmensa mayoría campesina, no se hubiera enfrentado a la constitución social, económica y política de la Rusia de los Zares, no se hubiera producido la Revolución de Octubre. Esto es históricamente indiscutible. Lo que ocurre es que no es a esto a lo que nos referimos, sino a algo diferente: a la forma de participación de los individuos en el proceso revolucionario. A esto es a lo que nos referimos con la expresión revolución de la mayoría.

En la Revolución de Octubre podemos encontrar ejemplos que pueden ilustrar lo que estoy intentando decir, ejemplos que fueron además captados y teorizados por Lenin con la claridad en él habitual. Así, en pleno proceso revolucionario, tras la Revolución de Febrero de 1917, Lenin analiza la evolución de la relación de fuerzas en el campo, poniendo de manifiesto cómo las exigencias planteadas por los campesinos en sus mandatos electorales para los diputados a los soviets, si por un

lado expresan la inmadurez relativa de los campesinos, por otro indican con claridad su posible alineamiento inconsciente con el proletariado consciente para acabar con el capitalismo en Rusia. Lenin se detiene en particular en una de las exigencias de mayor alcance y más interesante de los campesinos, cual es la «supresión del trabajo asalariado», y comenta: «'Prohibición del trabajo asalariado'. Esto significaba antes exclusivamente una frase vacía de intelectuales pequeño-burgueses. En la vida actual significa algo diferente: millones de campesinos pobres explican en 242 mandatos electorales que quieren la supresión del trabajo asalariado, pero que no saben cómo se debe hacer esto. Nosotros sí sabemos cómo se debe hacer esto.» (Lenin, del «Diario de un publicista», T. 25, p. 287. Edición alemana de las Obras Completas.)

Pienso que este texto de Lenin ilustra perfectamente lo que quiero decir. El concurso de la mayoría es necesario. Lo que no es necesario es que ese concurso lo sea de manera consciente. Basta que una minoría sea capaz de comprender la situación objetiva y de ofrecer una salida viable en la que pueda integrarse mayoritariamente la población, para que la revolución pueda ser una realidad. Y no cabe duda de que así ha sido en varios procesos revolucionarios.

El problema ha consistido en que en estos casos de revoluciones mayoritarias inconscientes dirigidas por una minoría consciente se ha generado en todos los casos, tras el triunfo de la revolución, un sistema escasísimamente democrático, con la edificación de un estado no sólo

Eurocomunismo

”
Revoluciones mayoritarias inconscientes han generado sistemas escasísimamente democráticas.

“

autoritario, sino incluso con ciertos rasgos policíacos. Parafraseando a Engels se podría decir, que la realidad que se echa por la puerta al comienzo de la revolución vuelve a entrar por la ventana una vez que ésta se ha consumado. El carácter minoritario consciente de la dirección del proceso se ha convertido hasta el momento en un hándicap insuperable para el ulterior desarrollo de la sociedad revolucionaria en un sentido democrático y, por tanto, socialista.

Revolución de la mayoría, pues, no es simplemente una revolución en la que participa la mayoría de la población sin saberlo, sino una revolución en la que la mayoría participa políticamente articulada, con consciencia políticamente mensurable del proceso en el que está inmersa.

¿Por qué Revolución de la mayoría

Desde un punto de vista puramente teórico, pienso que la respuesta está implícita en la pregunta. Obviamente es mejor contar con el concurso de la mayoría y cuanto más consciente sea, tanto mejor.

Pero no es esta obviedad lo que me interesa resaltar, sino algo completamente diferente. Concretamente esto: que la opción por una revolución de la mayoría no tiene nada de opción moralista, voluntariamente asumida por ciertos partidos comunistas por motivos éticos o estéticos, sino que es una opción que viene impuesta por la propia estructura y evolución de las sociedades de capitalismo desarrollado. Yo me atrevería a decir que no es ni una opción siquiera. O dicho con otras palabras: que la opción es o convertirse en una secta o revolución de la mayoría; que en los países europeos modernos en los que los fenómenos de la industrialización, urbanización y educación generalizada de la población se combinan con una democracia política que se basa sobre un derecho a voto para los mayores de 18 años, no es pensable ningún proceso revolucionario que no cuente como ingrediente esencial la valoración contrastada de

los ritmos revolucionarios por los diferentes agentes sociales a través de los mecanismos representativos de la democracia política. No es únicamente la democracia política lo que va a decidir, pero sin democracia política no se va a decidir nada.

Esta es una de las pocas cosas de las que podemos estar prácticamente seguros. Y por eso yo no creo que sea válido el argumento que se utiliza contra el «eurocomunismo» de que no puede aportar a su favor ningún dato, ningún proceso revolucionario que haya triunfado, mientras que por vías diferentes sí se ha conseguido sacar adelante revoluciones. Y no lo es, porque el argumento se vuelve en contra de los que lo utilizan, por la sencilla razón de que esa estrategia revolucionaria que tiene en su haber éxitos indudables se ha intentado, y de manera repetida, en los países de Europa Occidental con el más absoluto de los fracasos. Toda la estrategia de la Tercera Internacional y de todos los partidos comunistas se basaba en ese otro modelo y jamás condujo a una revolución socialista, sino más bien al fracaso del movimiento obrero y al allanarle el camino al fascismo. En los países de Europa Occidental lo que la historia nos enseña es que cualquier proyecto político revolucionario que no ofrezca a la población posibilidad de participar

conscientemente mediante mecanismos democráticos —y en una sociedad moderna con población numerosa los mecanismos electorales son no sólo indispensables, sino el más importante y mejor instrumento democrático— está condenado de antemano al fracaso.

Lo que no se puede hacer está claro. En la experiencia histórica del movimiento obrero europeo y en la reflexión sobre la misma, desde algunos atisbos en los momentos iniciales de la formulación de la política de «frente único», pasando por la teoría gramsciana de la «guerra de movimientos y guerra de posiciones», y el viraje del VII Congreso de la IC con la política de «frente popular», hasta la efectuada de manera más general tras la Segunda Guerra Mundial, esta posición se ha ido afirmando de manera inequívoca, aunque no lineal, no sin retrocesos y recaídas ocasionales.

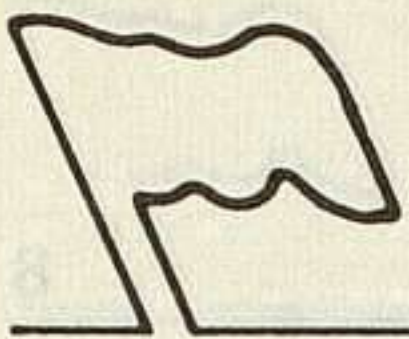
Esto último interesa resaltarlo, porque hoy estamos ante un momento en el que el peligro de recaída en posiciones tradicionales ya superadas es bastante grande. Ante la dificultad de la situación y la falta de perspectivas concretas inmediatas es bastante natural refugiarse en las «verdades» tradicionales, en la lógica de la bipolaridad y en la renovación de la concepción de la IC del proceso revolucionario como resultado de la acción conjunta y sin fisuras de los países del «socialismo real» (entonces, obviamente, sólo la URSS), de los movimientos de liberación de los países del Tercer Mundo y del proletariado de los países capitalistas. Aquí de momento no se avanza, pero ya nos hemos quedado con Afganistán. Al final también caerá esto.

Estoy caricaturizando, pero no demasiado. En este análisis encaja perfectamente la exposición de Marchais en su último libro «L'Espoir au présent», sobre el que puede leerse un excelente artículo de A. Elorza en el n° 40 de Argumentos.

Por qué, pues, la revolución de la mayoría, creo que está claro. Porque no hay otra alternativa, excepto la conversión de cualquier partido revolucionario en Europa en una secta con escasa o nula

”
Sin la democracia política no se va a decidir nada.

“



incidencia en la sociedad en la que ha de actuar.

¿Cómo hacer una Revolución de la mayoría?

Como siempre, o casi siempre, este es el problema clave de todo proyecto político. El qué y el por qué se pueden y se suelen definir con cierta precisión. El cómo ya es otra cosa.

Lamentablemente, no puedo dedicarle a este tema, por razones de programación de NUESTRA BANDERA, el espacio necesario. En un próximo número habrá que volver sobre el tema, porque, insisto, es el tema clave y donde es más necesario debatir y profundizar. Hoy me limitaré a indicar los puntos centrales del problema tal como yo los veo.

La cuestión pienso que habría que formularla en los términos siguientes: ¿cuáles son los obstáculos que en la sociedad burguesa actual se interponen ante un proyecto de revolución de la mayoría y qué hay que hacer para superarlos?

Hasta el momento, la corriente dominante en la tradición marxista ha tendido a dar una respuesta a este interrogante de cuño economicista. En la propia obra de Marx, y de forma muy especial en *El Capital*, se subraya el análisis de las contradicciones económicas que harán saltar en pedazos inexorablemente las relaciones de producción capitalistas, análisis que se prolongaría después en la teoría del derrumbe (*Zusammenbruch*) del MPC durante la Segunda Internacional y que se manifestaría también de manera acusada en los análisis económico-políticos de la IC, al menos hasta el VI Congreso. Con posterioridad y ante la resistencia evidente del MPC a seguir el camino que se le tenía marcado, este tipo de análisis cambia de manera notable, asumiendo la forma de un análisis de la estructura de clases de las sociedades avanzadas, en el que se pone de manifiesto el proceso de desaparición de las clases medias tradicionales (campesinos, pequeños comerciantes, etc.) y el ascenso de nuevas clases medias modernas sometidas a un proceso de sala-

rización creciente, etc., con lo que se intenta demostrar que la base objetiva para el socialismo está ya ahí y que sólo hay que saber utilizarla.

Hay mucho de cierto en este análisis. Como decía Marx, si no encontráramos en la propia sociedad burguesa tal como es, los elementos para transformarla, todos los intentos de hacerla saltar en pedazos serían puras quijotadas. Pero no lo es menos que esto no basta.

Junto a este tipo de análisis que es absolutamente necesario y que tenemos demasiado olvidado en el propio partido, es necesario otro en el que se incluyan elementos de tipo ideológico y político, que es en gran medida donde radican los obstáculos que la sociedad burguesa interpone, que impiden aprovechar las condiciones objetivas que existen para su transformación.

Pienso que habría que centrar la atención en tres momentos básicamente:

1.º) En la necesidad de superar las consecuencias de los mecanismos inhibitorios de la participación política que genera la propia sociedad capitalista. Dichas consecuencias se traducen en una «apatía» generalizada de la población, la cual tiene una tendencia permanente a refugiarse en su vida privada, abandonando cualquier interés por los asuntos públicos y dejando su gestión en manos de una «minoría profesionalizada».

Posiblemente este es el mayor obstáculo que la revolución de la mayoría encuentra en su camino. Y no por casualidad. Se podría decir que el propio código genético de la sociedad burguesa incluye y reproduce constantemente los mecanismos inhibitorios de participación política de la población. Ni siquiera los partidos obreros que nacieron justamente para superar esa tendencia mediante la difusión de los ideales del socialismo, es decir, de una sociedad en la que se superara la atomización de la vida burguesa y se reunificara sobre bases directas una sociedad escindida (en clases, Estado-sociedad, economía-política, cultura-trabajo, público-privado, teoría-práctica, etc.), ni siquiera los partidos obreros han llegado,

no ya a alcanzar estos objetivos, sino ni tan sólo a verse libres en su estructura interna del propio fenómeno que pretenden combatir: reproducción de la separación dirigentes-dirigidos, élites-masas en el propio seno del partido, con la consiguiente inhibición de gran parte de los afiliados y la participación política activa de unos pocos.

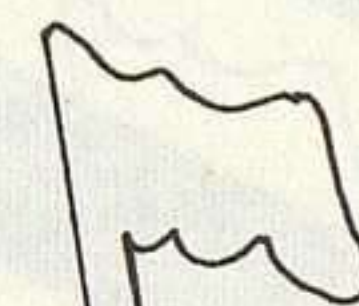
Como puede verse, el tema es de una importancia capital. Habrá que volver sobre él.

2.º) Necesidad de superar la escisión del movimiento obrero que arranca de la Primera Guerra Mundial. Pienso que éste es uno de los objetivos más claros del «eurocomunismo». Pero hay que resaltar que hasta el momento, no sólo han sido escasas las experiencias prácticas de unidad, sino que lamentablemente, lo han sido todavía menos los intentos de llegar a unas conclusiones teóricas e ideológicas comunes, sin las cuales las experiencias prácticas que puedan darse tendrán un horizonte muy limitado.

3.º) Necesidad de combinar el marco estatal con el marco europeo como punto de referencia básico para la acción política revolucionaria. No se trata, evidentemente, de volver a un sistema de «conferencia de los PC europeos», la última de las cuales, la de París del año pasado sobre Afganistán, ha puesto de manifiesto que es un instrumento ya superado, sino de constatar simplemente que entre los países europeos occidentales hay tales vínculos de dependencia recíprocos y similitudes tan notables en desarrollo económico, político y cultural, que los procesos de cambio marchan y tendrán que marchar conjuntamente en ellos, cualquiera que sea la dirección que dicho cambio tome. En consecuencia, el marco estatal sigue siendo un marco necesario, pero no es ya un marco suficiente para canalizar un proceso revolucionario en cualquier país de Europa Occidental.

Naturalmente, hay una interconexión entre todos estos elementos, que no tengo espacio para hacer explícita. Confío que en el curso del debate del X Congreso habrá ocasión para volver sobre el tema.

EUROCOMUNISMO



Raíces históricas del eurocomunismo

Manuel Azcárate

EN la parte final de la Primera Guerra Mundial, empezaron a producirse rebeliones, levantamientos, movimientos revolucionarios en diversos países, encabezados por diversos grupos socialistas, sindicalistas, etc., que se habían opuesto a la capitulación de los partidos socialistas oficiales de la II Internacional, los cuales había traicionado el internacionalismo y se habían colocado a la cola de la burguesía de sus países respectivos.

Dos revoluciones

De esas revoluciones, dos iban a desempeñar un papel decisivo en la historia de la humanidad: una, por su triunfo, la rusa; otra, por su fracaso, la alemana.

En Rusia, los bolcheviques dirigidos por Lenin habían logrado la hegemonía en el movimiento socialista, y pudieron así llevar a cabo la Revolución Socialista de Octubre de 1917; la primera revolución socialista de la historia. Durante bastante tiempo, Lenin estaba convencido de que el triunfo de la revolución en Rusia sólo era una primera ruptura en el frente del capitalismo; pero que la revolución verdaderamente importante iba a ser la revolución alemana, que él esperaba para una fecha próxima; estaba convencido de que, cuando estallase la revolución en Alemania, país altamente industrializado, con una clase obrera numerosa y muy organizada, ésta se colocaría en la cabeza del proceso histórico.

Efectivamente, la revolución se produjo en Alemania. El Kaiser abdicó. Se proclamó la República, se constituyeron

incluso consejos de obreros y soldados. El partido Socialdemócrata alemán estaba dividido en tres fracciones: la derecha, el centro y la Liga Espartaquista encabezada por Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo; esta Liga se constituyó en Partido Comunista de Alemania en enero de 1919. Pero la revolución obrera, encabezada por los espartaquistas, fue aplastada en Alemania precisamente por la derecha de la socialdemocracia, con la ayuda directa de las fuerzas más reaccionarias, incluidos destacamentos militares prefascistas; Liebknecht y Rosa Luxemburgo fueron asesinados.

Antes de morir, Rosa Luxemburgo había fijado dos posiciones políticas, e incluso teóricas, de enorme trascendencia: su folleto sobre la Revolución Rusa y su posición contra la creación inmediata de una Internacional Comunista.

En dicho folleto, escribía: «Lo que sucede es que el medicamento que han encontrado Lenin y Trotsky, esto es, la supresión de la democracia, es aún peor que el mal que pretenden curar, puesto que, en realidad, sepulta el manantial vivo que permite corregir todas las insuficiencias nacidas en las instituciones sociales, es decir, la vida política activa, libre y enérgica de las masas populares más amplias... Lo peligroso comienza cuando tratan de hacer de necesidad virtud y de consolidar teóricamente, y proponer al proletariado internacional como modelo de táctica socialista, digna de imitación, esa táctica que a ellos les fue impuesta bajo condiciones tan desdichadas».

Creo que es inútil insistir sobre la «actualidad» de estas frases escritas por Rosa

Luxemburgo a finales de 1918 o comienzos de 1919.

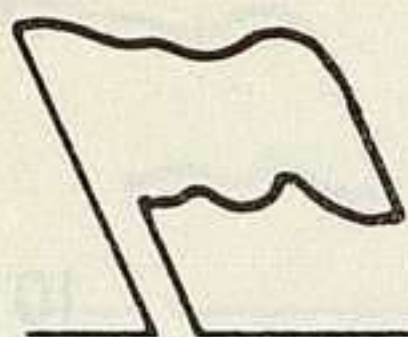
Rosa Luxemburgo y Gramsci

Las grandes opciones históricas que aparecieron en el seno del movimiento obrero al terminar la Primera Guerra Mundial han sido presentadas de una manera simplificada, polarizándolas en las dos figuras de Lenin, por un lado, el camino de la revolución y de Kautsky, el reformismo, el camino de la conciliación y del apoyo a la burguesía.

Pero en realidad ya entonces empezaba a apuntar, dentro del comunismo, y precisamente en Occidente, una concepción que no era, en cuestiones importantes, idéntica a la de Lenin: la vía de Rosa Luxemburgo, entonces la encarnación más alta del socialismo revolucionario alemán.

Mirando a aquellos acontecimientos desde la perspectiva presente, la cuestión fundamental es, en nuestra opinión, la siguiente: la Internacional Comunista se crea sobre la base de la realidad histórica decisiva de postguerra: la revolución es aplastada en Alemania y la revolución triunfa en Rusia. Por tanto, el conjunto de las fuerzas más revolucionarias dentro del movimiento obrero, incluidos sectores anarquistas, como ocurre con la CNT en España, se polarizan en torno a la revolución que ha triunfado; tienden a seguir el camino de los bolcheviques, porque era el único, y lo había demostrado la práctica, que llevaba a la derrota del capitalismo.

Ello determina que el ejemplo de una



revolución, que se había llevado a cabo en unas condiciones completamente excepcionales, y que no correspondían a lo que habían sido las previsiones teóricas de Marx, se convierte en la base, no sólo política, sino teórica, de la nueva Internacional.

Las condiciones de Rusia eran además, profundamente diferentes a las del Occidente europeo en cuanto a la estructura económica y social, a las tradiciones políticas, a las instituciones, a la cultura, etc.

Lo que queremos destacar es que, ante ese peso determinante que el ejemplo ruso tenía que ejercer en esa etapa de la historia revolucionaria, empieza a manifestarse, desde el principio, y principalmente a través de la figura y del pensamiento de Rosa Luxemburgo, una contradicción entre los intereses del nuevo Estado que la revolución acababa de crear en Rusia, y los intereses de una estrategia para la lucha anticapitalista en el Occidente de Europa.

Esa contradicción, de forma más o menos explícita, ha estado presente a lo largo de la historia del movimiento comunista.

Sin pretender lo imposible (o sea, hacer una historia de ese proceso en el corto espacio de que dispongo), me limitaré a indicar algunos momentos que considero particularmente importantes: Gramsci ha sido el primer teórico marxista que ha intentado elaborar una serie de ideas básicas sobre la estrategia revolucionaria en las sociedades del Occidente de Europa. Definiendo incluso, con extraordinaria inteligencia, las diferencias concretas para una lucha revolucionaria, en lo que era la Rusia de los zares, y en los países europeos de occidente. Sin embargo, las obras de Gramsci sólo han sido conocidas en un período relativamente reciente; por eso creo que no han tenido el impacto sobre la práctica, sobre la política, de los partidos comunistas que por su valor intrínseco merecían; también el predominio del stalinismo fue factor determinante de la ignorancia de la obra de Gramsci.

De los frentes populares a la denuncia del stalinismo

En determinados momentos históricos, y sobre todo en los años 30 ante la amenaza fascista, los partidos comunistas occidentales logran ejercer, sin duda, una influencia en el seno de la Internacional Comunista en el sentido de superar dogmatismos suicidas y avanzar hacia una política de unidad obrera y popular, lo que se plasmaría en los Frentes Populares. A este proceso contribuyó la coincidencia que existía entre esa orientación y el interés de Estado de la Unión Soviética de lograr la movilización del máximo de fuerzas ante el peligro que representaba el hitlerismo. Reflexionando incluso sobre las causas que provocan en 1943, la disolución de la Internacional Comunista, y aparte de las explicaciones coyunturales

”

El socialismo es consustancial con la democracia.

“

que entonces se dieron, considero que reside, en último extremo, en esa contradicción que hemos indicado más arriba.

En 1956, el XX Congreso del PCUS denuncia el stalinismo, pero se mantiene en la superficie, no va al fondo del problema. En cambio, y quizá es su valor más duradero, ayuda a que los partidos comunistas (o algunos de ellos) empiecen a pensar con su propia cabeza; incluso a discutir y criticar ciertas posiciones de la Unión Soviética, particularmente en problemas

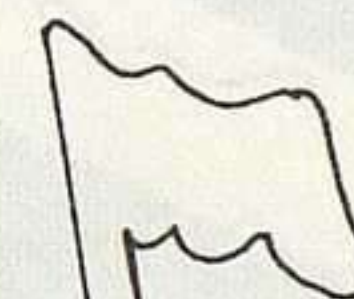
internacionales. Documento singular de esta nueva manera de colocarse ante las posiciones oficiales de la Unión Soviética es sin duda el «Memorial de Yalta», escrito por Togliatti poco antes de su muerte.

El eurocomunismo

En torno al año 1968, por una convergencia de diferentes procesos, surge, por así decirlo, la necesidad objetiva, histórica, de que se plasme una estrategia propia, nueva (incluso con un nombre nuevo) para los principales partidos comunistas de Europa occidental. Así en 1968 empieza a cristalizar el eurocomunismo propiamente dicho. Los movimientos obreros, estudiantiles e intelectuales que estallan en ese año en Francia, y poco después en Italia y otros países, demostraban la existencia de nuevos fermentos y factores revolucionarios, que los comunistas no podíamos comprender y asumir a partir de nuestras concepciones anteriores, de la cultura política comunista tradicional. En Checoslovaquia, dentro mismo del Partido Comunista, se opera el cambio profundo que iba a desembocar en la Primavera de Praga, y que ponía de relieve un hecho fundamental: que el socialismo, en su marcha histórica, es consustancial con la democracia, con la participación de los trabajadores, de los ciudadanos, con las libertades políticas, sindicales y culturales. Por otro lado, la intervención soviética contra Checoslovaquia plantea a los partidos comunistas de Europa occidental la exigencia de una toma de distancia más radical que hasta entonces, con ese «modelo soviético» que habían considerado durante mucho tiempo como el ideal, el ejemplo a imitar.

En resumen, el eurocomunismo, cuya razón de ser es elaborar una estrategia para la transformación socialista de las sociedades de Europa occidental en función de las realidades actuales, tiene raíces históricas profundas, que parten incluso de los inicios mismos del movimiento comunista. Es un tema que exige, desde luego, serios y detenidos estudios históricos y teóricos. □

EUROCOMUNISMO



Unos apuntes sobre eurocomunismo y estrategia económica

Julio Segura

CON bastante frecuencia surgen interrogantes respecto al carácter propiamente transformador de la estrategia económica eurocomunista, que toman diversas formas. Una estrategia basada en términos tales como solidaridad, austeridad, negociación en distintos planos, ¿no esconde una postura coyuntural característica de una crisis ante la que la izquierda carece de soluciones? La modificación de objetivos con tanta tradición en el movimiento revolucionario comunista como la tierra para el que la trabaja o la nacionalización de la banca, ¿no esconde detrás de sí una pérdida real de la capacidad transformadora por parte del eurocomunismo?, ¿no diluye, en suma, su carácter revolucionario?

Como es evidente, no voy a intentar contestar a estas preguntas en las pocas páginas que NUESTRA BANDERA me ha concedido, pero si voy a tratar de hacer algunas reflexiones sobre ciertos elementos característicos de las economías actuales que considero entroncan con la estrategia política del socialismo en libertad y que quizá sean pertinentes en la polémica señalada.

El eurocomunismo nace como una alternativa revolucionaria elaborada en y para países caracterizados por un nivel de desarrollo económico al menos relativamente elevado, en los que el pluralismo político se encuentra asentado y es asumido como un valor social positivo por la propia clase trabajadora, con un marco constitucional caracterizado por la legiti-

mación de la economía privada, el mercado y un sector público con grados variables de importancia y discrecionalidad. Y comienza a elaborarse *antes de la crisis actual* ante el convencimiento de que el modelo revolucionario «tradicional» no es aplicable a sociedades con estas características ni, en caso hipotético de serlo, sería conveniente si hubiera de conducir a los resultados experimentados en los países del llamado socialismo real.

Proceso revolucionario dilatado en el tiempo

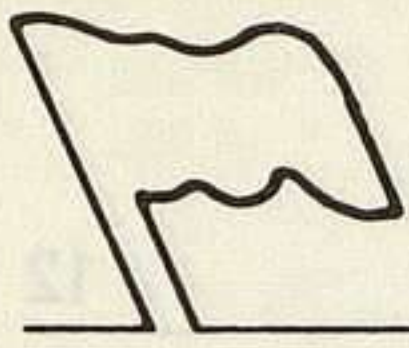
Un primer punto fundamental pues, en la concepción *estratégica* eurocomunista es la consideración de *la revolución como un proceso dilatado temporalmente*, en vez de como un acto puntual. Un segundo aspecto relevante es el que, al partir de una legalidad capitalista y democrática, que se cuestiona pero se acepta, el proceso revolucionario toma la forma de *la conquista de transformaciones irreversibles que amplíen el espacio político del bloque social de progreso*, lo que implica trabajar dentro del sistema en la consolidación de sus aspectos progresivos y la transformación de los elementos regresivos. Un último aspecto relevante, relacionado con los anteriores, es el de que el proceso revolucionario no trata de *destruir* el sistema existente y sustituirlo posteriormente por otro, sino que tiene por objetivo su *sustitución progresiva* a

través de un proceso de transformaciones como el antes señalado.

Todos estos aspectos creo que tienen una *traducción económica muy clara* que, a riesgo de ser esquemático, trataré de sintetizar en pocas palabras.

a) El grado de desarrollo económico alcanzado por las sociedades europeas occidentales y los países avanzados del área capitalista es, pese a sus desigualdades, injusticias, desequilibrios y contradicciones, lo suficientemente importante como para que la destrucción puntual del sistema implique unos costes sociales y económicos no asumibles por la clase trabajadora de esas sociedades. La transformación paulatina y progresiva desde dentro del sistema es pues, una necesidad objetiva para la clase trabajadora de esos países, incluso en situación de crisis económica profunda, porque los costes económicos y sociales de la destrucción puntual del sistema serían elevadísimos para los propios trabajadores.

b) Las revoluciones que se han producido históricamente (Rusia, China, Cuba, etc.) han tenido lugar en sociedades caracterizadas por elementos económicos muy peculiares. Se ha tratado siempre de economías con un grado de integración prácticamente nulo (Rusia era una economía con elementos medievales muy importantes; China se encontraba por debajo de niveles de subsistencia y con problemas insalvables de comunicaciones; Cuba era una economía de monocultivo en un país de extensión territorial



minúscula), en una situación internacional de aislamiento grande y sin instituciones públicas de intervención económica de relevancia alguna. El orden económico preexistente que esos procesos revolucionarios destruyeron tenía una complejidad muy pequeña, y el desarrollo de las fuerzas productivas era mínimo, lo que significaba que la construcción de un orden alternativo partiendo de la nada era una tarea asquible, aunque de gran envergadura.

La situación de las economías desarrolladas capitalistas actuales es exactamente la opuesta a la descrita en el párrafo anterior. Se trata de formaciones sociales con un importantísimo grado de desarrollo de las fuerzas productivas, con fuertes relaciones de cooperación y dependencia mutua internacionales en lo económico, con importantes aparatos de intervención económica estatales, en suma con un mecanismo de regulación de su actividad productiva muy complejo y articulado cuya sustitución radical en un momento concreto es imposible.

c) Las formaciones sociales capitalistas actuales en el área desarrollada, tienen en sus propias instituciones económicas elementos que, adecuadamente dirigidos, poseen una capacidad transformadora substancial. Países en los que el sector público lleva a cabo más de un tercio de la inversión productiva, son países en los que, dentro de la ordenación constitucional vigente, la clase trabajadora y sus aliados pueden controlar más de un tercio de la cuantía global y composición de la acumulación. Por solo poner un ejemplo, es difícil negar que un país en el que las fuerzas de progreso dirigieran una parte tan sustancial del proceso de acumulación, la transformación que podría experimentarse sería de carácter revolucionario. Esta potencialidad de transformación es algo que no existía en absoluto en las formaciones sociales que, hasta el momento, han destruido el capitalismo.

d) El grado de integración e interdependencia actual de la economía mundial, provocado en buena medida por la transnacionalización del capital, por el de-

”
**Ampliar el espacio
político del bloque de
progreso.**

“

sarrollo del imperialismo, por la intensificación de la especialización en la división internacional del trabajo, por las relaciones de dependencia tecnológica, y también por las cada vez más intensas relaciones económicas y comerciales existentes entre países del Este y capitalistas, trae consigo consecuencias importantes para la estrategia revolucionaria mundial. En primer lugar, es impensable el logro del socialismo en un solo país, por lo que cualquier estrategia de defensa a ultranza de las posiciones conquistadas por los países del llamado socialismo real, o por cualquier tipo de centro del que «irradiara» la revolución sería nociva. En segundo lugar, se hace imprescindible tanto el diseño de una estrategia supranacional por parte de la clase trabajadora y de las fuerzas de progreso, como la articulación de estas alternativas revolucionarias con los países del tercer mundo, llamados objetivamente a jugar un papel muy distinto al actual en el proceso revolucionario mundial. Por último, es indispensable reconocer que la vía que adopten las transformaciones propugnadas por el eurocomunismo, habrán de pergeñarse desde las posiciones y áreas en que se encuentren insertos en la actualidad los distintos países: frente a una estrategia bipolar, de cara o cruz, habrá que ir hacia estrategias multipolares y articuladas entre sí. Nada pues más lejos del supuesto eurocentrismo que a veces, en forma interesada o poco informada, se achaca al eurocomunismo.

Problemas sin resolver

Soy consciente de que una estrategia basada en la *transformación progresiva* frente a la *ruptura radical puntual* resulta de más difícil asimilación y, sobre todo, es nueva en el movimiento revolucionario internacional. Soy también consciente de que una estrategia de este tipo tiene el riesgo de que si no se calibra con mucho cuidado y se desarrolla en profundidad, puede convertirse en reformismo más o menos avanzado; riesgo éste contra el que he escrito en estas mismas páginas un par de veces hace ya más de dos años. Pero este riesgo no es nuevo, sino tan sólo distinto, al que el comunismo asumió en otros momentos por la definición de una estrategia inadecuada, como es evidente sin más que recordar el caso de los comunistas alemanes en la década de los años treinta.

Por último, y si el análisis precedente es correcto en sus líneas generales, parece claro que la definición de una estrategia económica adecuada por parte del eurocomunismo, exige prestar atención especial a una serie de problemas que son, en buena medida, nuevos dentro de la doctrina comunista:

1) El carácter potencialmente transformador de los aparatos de intervención económica del estado moderno capitalista, y la forma más adecuada de desarrollarlo.

2) El papel de las áreas supranacionales y del tercer mundo en la estrategia revolucionaria mundial, y su articulación.

3) El papel de la revolución científico-técnica y el cambio experimentado en la división internacional del trabajo en la crisis actual.

y 4) Los límites distributivos —para mí los fundamentales— derivados de la contradicción entre revolución científico-técnica y propiedad privada y pago al capital por el excedente sobre salarios del capitalismo actual, y el papel de la productividad y la eficacia productiva en el proceso de transformaciones hacia el socialismo. □

EUROCOMUNISMO



Política internacional e independencia del partido

José Luis Malo de Molina

CON mucha frecuencia las incomprensiones y ataques a la línea de los partidos eurocomunistas se ha centrado en aspectos de su política internacional. Sin embargo, los aspectos internacionales de la política eurocomunista son inseparables de la estrategia de revolución de la mayoría y su negación difícilmente puede hacerse sin renunciar a otros elementos básicos del eurocomunismo: nueva valoración de las libertades políticas, pluripartidismo, democracia de masas, la hegemonía y el problema del poder, etc.

El nexo entre la estrategia política interna y las posiciones de política internacional está en la concepción del proceso revolucionario en occidente. Frente a la visión tradicional del avance del socialismo como el triunfo del bloque socialista en su confrontación con el bloque capitalista, numerosos partidos comunistas han ido planteando una concepción marcadamente diferente. Desde la gestación, tras la Segunda Guerra Mundial, del nuevo equilibrio basado en la existencia de los bloques militares, la revolución en occidente es vista fundamentalmente como un proceso interno al mundo capitalista, como resultado de sus propias contradicciones y de la capacidad política de movilización y de hegemonía de la clase obrera en los países capitalistas y no de la potencia económica y militar de los países del Este, ni de su capacidad para ejercer el li-

derazgo sobre los trabajadores y los pueblos oprimidos.

Clases sociales y bloques militares

La paz y la distensión resultan la condición fundamental para el avance de los procesos democráticos y progresistas. El objetivo de la lucha por la paz es precisamente la emancipación de la coerción

”

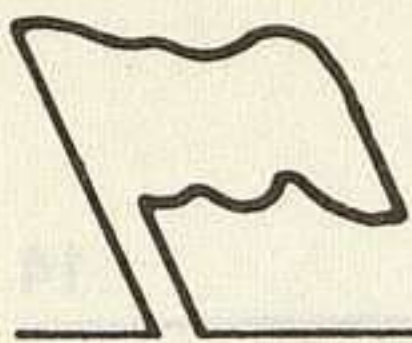
La lucha por la paz es precisamente la emancipación de la coerción ejercida por los bloques.

“

ejercida por los bloques, la superación de los bloques militares y una autonomía creciente de los Estados que permita una mayor influencia de las masas en la configuración de la sociedad y de las relaciones internacionales. Desde esta premisa, la lucha de clases se articula en el marco relativamente autónomo respecto a la dialéctica de los bloques de cada uno de los Estados capitalistas.

En este análisis se asienta una de las tesis fundamentales del eurocomunismo: la afirmación de la plena independencia de los partidos comunistas y la negación de la existencia de cualquier centro o guía. La independencia de cada partido comunista para elaborar su propia línea política, no es sólo la afirmación de un derecho difícilmente cuestionable, sino sobre todo una concreción fundamental de la estrategia revolucionaria para occidente. La tesis de la independencia del partido y de su carácter nacional contiene, pues, la negación de la indentificación de la lucha de clases con la lucha entre los bloques, de la identificación de los intereses de los trabajadores a nivel mundial con los intereses del Estado Soviético, de la identificación del modelo socialista con la realidad histórica de los países del Este y de la cooperación de la lucha antiimperialista como un frente internacional dirigido desde Moscú.

Por ello, la independencia de los partidos comunistas se ha ido afirmando o



retrocediendo a través de confrontaciones concretas en materia de política internacional en el interior del movimiento comunista. Pero quizá el talón de Aquiles de la afirmación o negación de dicha independencia se ha situado en la actividad crítica de los partidos eurocomunistas hacia los partidos y realidades de los países del Este.

La reconsideración del papel de las libertades políticas y del respeto a los derechos humanos en la vía al socialismo por parte del eurocomunismo conduce a una clara afirmación del valor revolucionario universal de la libertad y de la democracia y por tanto a combatir toda violación de los derechos humanos, independientemente de cuál sea el régimen social en que se produzca. Ello ha llevado a los partidos eurocomunistas a la denuncia de las violaciones de los derechos humanos en los países del Este y a la solidaridad activa con todos los represaliados por motivos políticos. El proyecto eurocomunista no puede ser neutral frente a la carencia de libertades políticas en esos mismos países, porque dicha carencia cuestiona la existencia de una participación real de los trabajadores en la dirección del proceso social y político y en definitiva en la aproximación social del excedente. Aunque las direcciones de los partidos eurocomunistas no se han pronunciado explícitamente sobre el tema, dichas críticas dan pie a la apertura de un debate sobre el carácter real de las sociedades existentes en los países gobernados por partidos comunistas en el Este de Europa.

Tratar de silenciar estas críticas con el argumento de que favorecen al imperialismo, supone aceptar el esquema más simple según el cual la lucha por el socialismo se dirime en el enfrentamiento militar y diplomático entre la URSS y los EE.UU., y en la que por tanto la URSS ocupa como Estado y a través de sus intereses de Estado el papel de vanguardia y guía del proceso revolucionario.

La revolución en Occidente, lejos de depender del expansionismo soviético, necesita una situación internacional de paz y de superación de los bloques y tam-

bién cambios profundos en las sociedades del Este que permitan una liberación de las fuerzas de progreso y una eliminación de los obstáculos que en aquéllos países impiden la realización del socialismo.

Necesidad de un marco igualitario y solidario

Por otro lado, la independencia de los partidos comunistas entra en contradicción con el sistema de relaciones internacionales existente entre los países del bloque soviético donde la idea de la defensa del socialismo como supremo deber internacionalista es utilizada para justificar todo tipo de intervenciones en la política interna de los países del área, ya sea para la supresión o represión de determinadas organizaciones sociales, o mediante la intervención militar directa y el cambio de los dirigentes del partido nacional correspondiente como en Checoslovaquia y en Afganistán. A la vez existen unas relaciones económicas, que tras la exigencia de soportar solidariamente los gastos de defensa del bloque militar del Pacto de Varsovia encubren, con frecuencia, la imposición del modelo soviético de desarrollo económico y la supeditación de los demás países a las necesidades económicas de la URSS.

Este marco ni igualitario ni solidario en las relaciones políticas y económicas conlleva la condena y persecución de quienes, incluso desde las mismas posiciones ideológicas, no aceptan la imposición de intereses ajenos a los de su propio pueblo. Ello explica la posición abiertamente beligerante del PCUS contra todos los que de una forma coherente han defendido el principio de independencia hasta sus últimas consecuencias. Beligerancia que en algunos casos se ha materializado en el decidido apoyo a escisiones de carácter pro-soviético en algunos partidos comunistas.

Así, la traducción de la lucha de clases en lucha de bloques y la búsqueda del alineamiento internacional en el seno del

”

La revolución en Occidente necesita una situación internacional de paz y de superación de los bloques.

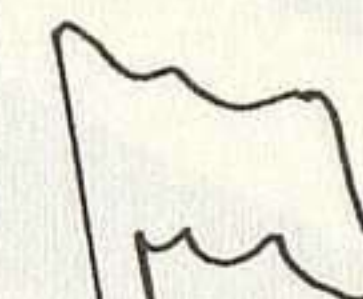
“

movimiento obrero por parte de las posiciones soviéticas implican con frecuencia una actitud activa de cegar el camino a toda posible tercera vía y por lo tanto la búsqueda del fracaso del eurocomunismo. Cuentan para ello con el prestigio de la Revolución de Octubre, que ha marcado profundamente la cultura y la sensibilidad del movimiento comunista y con la arraigada conciencia antiimperialista de los militantes comunistas. En este contexto, las tesis políticas más tradicionales, la terminología más radical de la confrontación con el capitalismo, son pura y simplemente los instrumentos para provocar el alineamiento en sectores importantes del movimiento obrero.

Dificultades para un equilibrio favorable al progreso

La nueva tendencia internacional al endurecimiento de posiciones entre las grandes potencias, de crisis en la distensión y de renacimiento de la guerra fría tiende a reforzar las presiones en favor del alineamiento internacional. El progreso de es-

EUROCOMUNISMO



tas tendencias implica graves riesgos para el avance de las fuerzs progresistas en los países occidentales. El alineamiento internacional de una parte del movimiento obrero hace imposible la unidad de las fuerzas de izquierda. Por eso las posiciones de este tipo van acompañadas de posiciones sectarias en la política interior que se orientan a agudizar la confrontación desde una óptica fuertemente ideologizada con las corrientes socialistas y socialdemócratas del movimiento obrero. No se trata, por tanto, de un mero cambio en la política internacional, sino del abandono de la estrategia eurocomunista de reunificación del movimiento obrero y de superación de la escisión histórica del mismo.

La división del movimiento obrero por la política de bloques tiende a dificultar en los escenarios nacionales los procesos democráticos. Las supuestas razones de Estado, del equilibrio geopolítico, de la defensa de la pertenencia a la civilización occidental, etc., se convierten en los argumentos de la derecha para reprimir al movimiento obrero, para limitar las libertades y para marginar a las fuerzas democráticas de las instituciones y de toda área de poder.

En definitiva, el alineamiento internacional debilita la capacidad de hegemonía de la clase obrera. Es probablemente el camino más corto hacia el getho y el aislamiento.

Todo ello resulta más grave si se tiene en cuenta que la actual coyuntura crítica de la situación internacional se debe en buena medida a la crisis del sistema bipolar basado en el eje Este-Oeste, motivada por la quiebra de las formas de dominación imperialista, por el surgimiento de importantes procesos de cambio al margen de la dialéctica de los bloques (Irán, Nicaragua), por la aparición de fisuras en las alianzas entre los países capitalistas (Europa, Japón) y por las repercusiones de la crisis internacional en el área socialista (Polonia). En este contexto, la agudización del bipolarismo y la supeditación del movimiento obrero a la política exterior soviética agrava los peligros para

la paz y la distensión, cierra vías a la posibilidad de un nuevo equilibrio mundial más favorable a las transformaciones políticas y sociales y ofrece como única alternativa un nuevo reparto de las áreas de influencia de los bloques, bien como resultado del enfrentamiento militar controlado, bien como resultado de la negociación directa entre las grandes potencias en la que los movimientos de masas y la lucha de los pueblos oprimidos no son sino una baza más en la negociación.

A pesar de todo ello, acontecimientos en la vida interna de los partidos eurocomunistas indican la existencia de un serio riesgo de involución que afecta no sólo a las posiciones internacionales, sino a la concepción misma del socialismo en libertad y a la independencia de los partidos. Porque no es posible la asunción de las tesis de un mayor alineamiento con las posiciones soviéticas en la actual coyuntura sin renunciar a rasgos esenciales del eurocomunismo.

Tal posibilidad revela una insuficiente maduración en el interior de los partidos de la concepción eurocomunista en la que los planteamientos de política exterior están fuertemente vinculados a la vía democrática al socialismo.

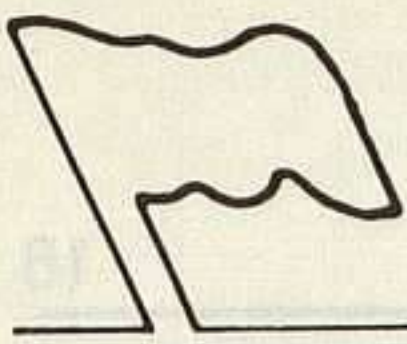
La discusión de la política internacional no puede hacerse, por tanto, como si se tratase de un mero apartado programático independiente del modelo político y social. En tal caso transcurriría en los términos abstractos y falsos del prosovietismo o antisovietismo primando con toda seguridad los elementos tradicionales de la herencia cultural comunista.

Los riesgos de involución no pueden ser achacados exclusivamente a maniobras y conspiraciones. Tienen una base real que es la que hay que afrontar profundizando el desarrollo de la estrategia internacional y antiimperialista de eurocomunismo y superando las ambigüedades y problemas no abordados en el análisis de las realidades existentes en los países del área soviética. Ambas cuestiones son fundamentales para la consistencia del eurocomunismo como proyecto de transformación revolucionaria.

El alineamiento internacional debilita la capacidad de hegemonía de la clase obrera.

“

”



Sobre el papel del principio autonómico en el programa comunista

Ernest García

LA última vez que traté estos temas para NUESTRA BANDERA, en octubre de 1979, en un ambiente en el que resultaba fácil detectar los síntomas de un frenazo udedista, había aventurado el siguiente diagnóstico:

«Una vez que los pueblos vasco y catalán han conquistado el estatuto, se plantea la siguiente disyuntiva en lo que respecta a la configuración del Estado como Estado de los pueblos de España:

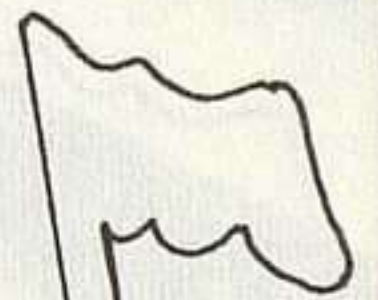
O bien se va a un sistema de autonomías políticas generalizado o bien a un sistema neocentralista —«regionalizado» o «desconcentrado»— con las excepciones de Cataluña y Euskadi.

...la generalización de un sistema de autonomías políticas parece irrealizable en un plazo de tres años, que es el horizonte fijado por la Constitución para la sustitución del sistema de preautonomías por algo diferente. Por tanto, parece razonable que los partidos que consideran importante que el derecho autonómico sea en principio el mismo para todas las nacionalidades y regiones definan políticas encaminadas a garantizar que en un período de seis a doce años, el conjunto del sistema político evolucione en esa dirección. (Esas políticas, en general, habrían de pasar por el impulso encaminado a que algunos de los pueblos fuertemente definidos en este sentido —Andalucía, País Valenciá, Canarias, Les Illes...— consiguieran recorrer con éxito la vía del 151, abriendo así el camino a posteriores transformaciones del resto de las «autonomías» en esa dirección).

La opción política por un Estado meramente «regionalizado», en cambio, pasaría por la generalización de la vía del artículo 143, unida a un fuerte control y homogeneización de las competencias a transferir y a interpretaciones restrictivas sobre la reforma constitucional de los estatutos.

...Si en los próximos dos o tres años, comunidades con el peso demográfico y económico de la andaluza y la valenciana consiguen conquistar la autonomía política, las resistencias a que el resto del Estado evolucionara en la misma direc-

EUROCOMUNISMO



ción se habrían convertido en absurdas». (NUESTRA BANDERA, n.º 102, página 24).

Si recuerdo ahora estos párrafos no es por el gusto de desenterrar profecías más o menos acertadas (por otro lado eran bien fáciles). Sino para ahorrarme el hacer historia y porque las notas que siguen son, en lo fundamental, continuación e ilustración de otras ya aparecidas en esta revista. Me referiré brevemente a tres puntos: la actual situación del proceso autonómico, su incidencia en la cuestión nacional y el papel del principio autonómico en una perspectiva eurocomunista o de comunismo marxista aquí y ahora

El momento actual del proceso autonómico

En enero de 1980 se hizo explícito el giro neocentralista de la política de UCD, iniciado en realidad muchos meses antes. El «143 para todos» fue la señal de que las veleidades autonomistas del centro-derecha habían tocado a su fin. La evolución posterior de las cosas ha mostrado el arraigo popular de la aspiración autonomista y, asimismo, que la batalla por el Estado de las autonomías políticas, aunque era difícil, podía ganarse. El 28 de febrero fue la fecha clave: en una movilización memorable, el pueblo andaluz destrozó moral y políticamente la línea neocentralista inspirada por Martín Villa (a quien, inverosímilmente, se le premió luego con el ministerio responsable de estas cuestiones).

Frente a la opción meramente «regionalizadora» de UCD, la línea favorable a un Estado de las autonomías políticas (formulada muy claramente por el PCE y con menos claridad, aunque con bastante coherencia práctica durante el 80 por el PSOE) ha mostrado ser más progresiva e incluso más realista.

Posiblemente, no hemos medido aún en toda su dimensión la trascendencia que, para el futuro de la democracia,

”
Las presiones centralistas se ejercerán más en el próximo período en cuestiones de hecho que en cuestiones de derecho.
 “

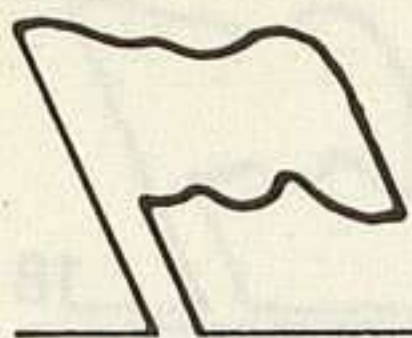
tiene el que Andalucía haya ganado su autonomía por el 151. Sentado el principio de la autonomía política en Cataluña, Euskadi, Andalucía y Galicia (el avance andaluz ha influido sin duda positivamente para facilitar la positiva modificación del Estatuto gallego), las resistencias a que el resto del Estado vaya conformándose también sobre esta base han perdido gran parte de su contenido político. Desde el punto de vista del desarrollo constitucional, del contenido jurídico del sistema autonómico, hemos pasado ya probablemente un punto de no retorno. La involución en este tema, seguramente, sólo podría basarse en el simultáneo

aplastamiento de las libertades democráticas.

No quiero decir con esto que las resistencias centralistas que caracterizan la política de UCD vayan a desaparecer. Ni mucho menos. Por eso sería muy importante que el País Valenciá y, si es posible, Canarias, recorrieran también la vía 151. En el País Valenciá, la izquierda pesa lo bastante para conseguirlo, si supera las vacilaciones que la han debilitado en el último período. No será fácil, pero las propuestas de modificación de la Ley de referéndums ya presentadas por el PSOE y el PCE pueden lanzar eficazmente ese objetivo. En realidad, el interés en salvar la cara frente a su propio partido de políticos centristas especialmente comprometidos en el frenazo antiautonómico como Abril o Broseta es, probablemente, el principal obstáculo que ha actuado en los tres últimos meses. En Canarias, la mayor fuerza electoral de UCD puede hacer las cosas más difíciles, aunque importantes consideraciones estratégicas actúen en sentido favorable.

En todo caso, mi opinión es que las resistencias centralistas van a orientarse hacia otros terrenos. El Gobierno se ha visto obligado a ceder en Andalucía y en Galicia y, por razones varias que van desde intereses objetivos del Estado hasta coyunturales pactos parlamentarios, ha hecho concesiones en materia de contenidos en Cataluña y, sobre todo, en Euskadi. Pero no creo que Martín Villa haya cambiado mucho su ideología fundamental, que podría resumirse así: todo el poder para el centro y la gestión descentralizada. De hecho, no hace mucho declaraba que los poderes centrales habían de hacer la política y las autonomías gestionarla, demostrando que, o bien no se sabe la Constitución, o bien va ya interesadamente por la sexta o séptima lectura. Es decir, parece dispuesto a ceder, pero no a aprender.

Naturalmente, mientras haya gobiernos sin participación de los trabajadores, las consideraciones centralistas van a continuar pesando mucho sobre la política autonómica. Pero creo que esas



presiones van a ejercerse más en el próximo período en cuestiones de hecho que en cuestiones de derecho.

Así, por ejemplo, los ideólogos gubernamentales han puesto sordina a toda la palabrería con la que intentaron convencernos de que aplicar el 151 era poco menos que desencuadernar el Estado. Incluso ha habido quien se ha descubierto de repente una emocionante vocación federalista.

Palabras vacías, una vez más. Lo que pasa es que las cosas irán ahora por vaciar de contenido los Estatutos, por controlar y «homogeneizar» las transferencias, por recurrir a las delegaciones ministeriales y a gobernadores y «super-gobernadores» para debilitar los poderes autónomos. Ya ha habido algunos conflictos sonados en este terreno (el de los «gobernadores generales» o el de la Generalitat y las Diputaciones, por ejemplo) y es de temer su proliferación en el futuro inmediato. La «reforma» del sistema de comisiones de transferencias impulsada por Martín Villa apunta sospechosamente en esa dirección.

Unas palabras sobre las preautonomías. En los últimos tiempos, el Gobierno parece decidido a inyectarles transferencias vitamínicas que impide que el estado preagónico a que las había conducido se transforme en muerte prematura. Pero eso no basta. Es imprescindible un plan general —viable y respetuoso con la voluntad de los pueblos, como el que en su día propuso el PCE— de construcción del Estado de las autonomías. O se pone en marcha ese plan sin más dilaciones o el sistema provisional inventado en la primera fase de la transición empezará a reventar de un momento a otro.

Una consideración final sobre este punto. Si la actual crisis política se resuelve con un Gobierno favorable a las presiones derechistas que, al parecer han llevado a la dimisión a Suárez, ¿qué pasará en materia autonómica? En mi opinión —negras salidas anticonstitucionales aparte— el cuadro anteriormente trazado seguirá presente. Aunque, eso sí, con sus líneas

”

En pleno giro derechista de UCD, ha sido posible obtener resultados concretos en materia autonómica.

“

más negativas y centralistas remarcadas.

Las dificultades aumentarían. Se reforzaría una política que ha creado engorrosos e inútiles problemas en muchos pueblos de España. Sería más difícil la construcción del Estado de autonomías (al igual que ocurriría con todos los demás puntos del programa de progreso). Sin embargo, UCD no debería olvidar que esa orientación antiautonomista la ha llevado de desastre en desastre. Y la izquierda debería tener muy presente que, incluso en pleno giro derechista de UCD, ha sido posible obtener resultados concretos y avances serios en materia autonómica.

Proceso autonómico y cuestiones nacionales

En estos tiempos en que se levantan tantas voces contra el Título VIII de la Constitución —al que se tacha de farragoso, ambiguo, confuso, discriminador, etc.— tal vez valga la pena insistir en algunas de sus más relevantes virtudes.

Es lo bastante flexible para permitir que la estructuración territorial del Estado democrático se haga teniendo en cuenta la voluntad y la dinámica sociopolítica de los pueblos de España. Quizás alguien pudo pensar —o continúa haciéndolo— en la conveniencia de un mapa o diseño trazado desde el parlamento central y de unos esquemas cerrados que lo dejaran todo prefijado. Habría sido un error muy serio, una fuente permanente de tensiones que habrían cuestionado todo el orden constitucional: mucho más que los problemas derivados de la supuesta ambigüedad o de la «excesiva» flexibilidad del texto finalmente aprobado.

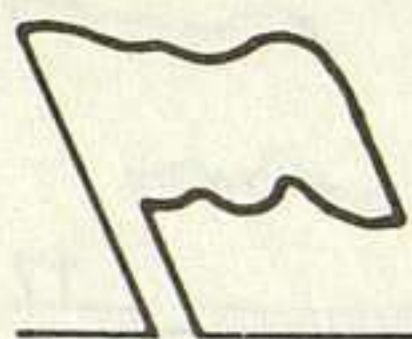
No consagra privilegios ni discriminaciones insuperables. Aunque la diversidad de niveles de autonomía y de procedimientos de acceso a los mismos haya dado lugar a diversos problemas, no todos los cuales han sido genuínos (*aunque sí muchos*). De todas formas, sólo la rendija que hizo posible que UCD condicionara el proceso mediante la nefasta Ley Orgánica de Referéndums —con el inexplicable apoyo en aquél momento del PSOE—, ha sido fuente de conflictos realmente duros y de prolongadas situaciones de estancamiento.

El Título VIII de la Constitución ha abierto un cauce notablemente eficaz para la integración en el proceso democrático de las diversas cuestiones nacionales planteadas en el territorio español. Esto es particularmente claro en Cataluña, pero es verdad en general, incluso en Euzkadi, donde la aceptación de la Constitución y del régimen democrático español pasa muy destacadamente por el Estatuto llamado de Guernika.

Ha de destacarse el hecho de que los

EUROCOMUNISMO





conflictos generados por la plurinacionalidad del Estado español (por la secular opresión de las nacionalidades) no hayan entrado en contradicción con las exigencias y los ritmos de una transición hecha en condiciones notablemente difíciles. Si los impulsos nacionales y el impulso democrático se hubiesen separado, el cambio democrático habría sido aún más complejo.

El Estado de las autonomías *políticas* es una fórmula acertada —y, en todo caso, viable— para que, durante toda una etapa, los procesos de reconstrucción o construcción nacional planteados en diversos pueblos de España hallen un espacio político e institucional en el que desenvolverse y, así, coincidan con la consolidación de la democracia española y la refuercen.

Autonomías *políticas* porque, con ellas, el modelo es viable y, en mi opinión, el mejor de los posibles en las actuales condiciones. En cambio, el modelo de Estado descentralizado o regionalizado administrativamente no sirve para afrontar el problema. Si la miopía derechista de UCD hace fracasar el modelo autonómico como mecanismo de distribución territorial del poder político, entonces se planteará el conflicto entre un centralismo desprovisto de caretas y malas conciencias y un proyecto federalista basado en las identidades nacionales. Conflicto que, para una democracia todavía frágil, podría ser simplemente insuperable.

Al margen de que, en el futuro, nuestro sistema político pueda encaminarse hacia formas federales (lo que, en mi opinión es —en plazos más o menos largos— el desenlace «natural» del modelo que estamos comenzando a construir), ahora hay que plantearse otra cosa: El choque entre el centralismo todavía existente y el impulso federalista basado en una u otra variante de la doctrina de las «cuatro naciones» (Galicia, Euskadi, Catalunya/Països Catalans, el resto) desestabilizaría cualquier proyecto de avance democrático por reformas estructurales. Con repercusiones que serían graves en todas partes, pero que serían dramáticas y

comportarían divisiones sociales muy profundas en Euskadi, el País Valenciá, en Les Illes y, probablemente, también en Andalucía, Canarias e incluso Aragón.

Los pseudoautonomistas de UCD, los que dicen que las autonomías no son Estado, los que esperan vaciar de contenido político los Estatutos mediante triquiñuelas administrativas y recortes le-

”

Si los impulsos nacionales y el impulso democrático se hubiesen separado, el cambio democrático habría sido aún más complejo.

“

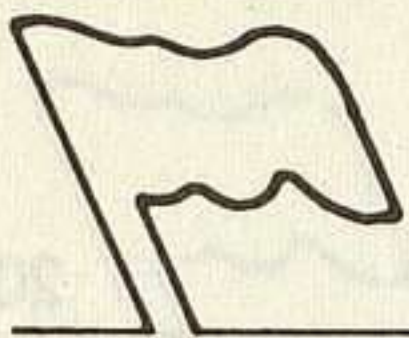
gislativos, están jugando con fuego. Debemos continuar recordádoselo.

Eurocomunismo, nacionalismo, principio autonómico

Para nadie es un secreto que la relación entre el marxismo y las diversas ideologías nacionalistas no ha solido estar presidida por la claridad. Si hacemos abstracción de una de las más sólidas y permanentes contribuciones leninistas (la lúcida captación del potencial revolucionario de las luchas de liberación nacional de los pueblos sometidos al colonialismo y al imperialismo), no encontraremos muchas cosas realmente sólidas.

En todo caso, al margen de cómo se valoren la aportaciones al respecto disponibles en nuestra tradición ideal, parece claro que a un programa de comunismo marxista para los pueblos de España le sería útil fundamentar sólidamente este punto.

Con respecto al principio autonómico, parecen bastante claras algunas formas de su inserción en nuestro proyecto estratégico. Para la profundización de la democracia, el desarrollo autonómico tiene, fundamentalmente, tres consecuencias: Aumentar los contenidos democráticos del conjunto del sistema político mediante la descentralización del poder, mediante la distribución territorial de los centros de decisión; crear un sistema institucional en el cual la aplicación de la lógica monopolista sea más difícil, especialmente al hacerse más transparentes los desequilibrios territoriales; aumentar las posibilidades de participación civil y de intervención de los ciudadanos ante las instituciones. Naturalmente, tales rasgos se manifestarán con más o menos fuerza según el signo político de los gobiernos autónomos (y del gobierno central, obviamente), pero estarán presentes en todos los casos. Con esto, aunque se trate más de intuiciones que de teorías sólidas y bien contrastadas en la práctica, se puede medir la dimensión «estratégica»



de la lucha por un Estado de autonomías políticas.

Por lo que hace a la cuestión nacional, las cosas están todavía menos claras. No quiero ahora formular una teoría, ni siquiera una propuesta política completa, sino tan sólo algunas observaciones dispersas, como contribución a la tarea de desbrozar el terreno por la que —creo— habrá que comenzar cuando se aborde la cuestión a fondo.

a) Los comunistas no somos nacionalistas. El motivo es obvio: nuestro objetivo central es la emancipación de la clase obrera y de todos los explotados y, a través de ello, la emancipación de toda la humanidad, la sociedad comunista. Nuestro horizonte político no se acaba en las libertades nacionales ni se limita a ellas.

b) De que el comunismo no sea igual a nacionalismo no se sigue que sea en todo contrario a todo nacionalismo. Comunismo es lucha contra toda opresión de unos hombres por otros y unos pueblos por otros. Por ello, ser comunista significa identificarse profundamente con las formas más genuinamente populares del sentimiento español —en lo que afecta a la independencia y soberanía del Estado, contra la sumisión económica y cultural a intereses multinacionales...—. Y significa también identificarse profundamente con las formas más genuinamente populares del sentimiento catalán, valenciano, vasco, gallego, etc. —con el objetivo de plena normalización de las lenguas oprimidas: catalán, euskera y gallego; con el impulso hacia una unidad del Estado basada en la libertad e igualdad de los pueblos bajo él integrados...—.

c) Aún se contraponen a veces nacionalismo a internacionalismo. Esta contraposición, en la historia del movimiento obrero, ha tenido sobre todo dos manifestaciones.

Un genuina y, desde luego, reivindicable: la que, ante la crisis interimperialista de principios de siglo, llevó a los revolucionarios a la unión de clase con sus hermanos de otros países frente al compromiso con las respectivas

burguesías nacionales, y que está en el origen mismo de la tradición comunista.

Otra espúrea. Con dos versiones. El cosmopolitismo abstracto, presente con más fuerza en la corriente libertaria (el mito del lenguaje universal, por ejemplo). Y el «uninacionalismo», más presente en la corriente de inspiración marxista (la URSS «patria de todos los obreros», etc.).

Vale la pena recordar que ya el *Manifiesto Comunista* aclaraba que si los proletarios no tenían patria no era tanto porque pasasen de estas cosas como por que el capital les privaba de ella. Aforismo de cuya profunda verdad podrían sin duda



”

De que el comunismo no sea igual a nacionalismo no se sigue que sea en todo contrario a todo nacionalismo.

“



dar fe tantos compatriotas que han recorrido Europa sin más bagaje que sus manos.

Dicho de otra manera: Internacionalismo es pluralidad de naciones libres (libres las unas respecto de las otras y también, dicho sea de paso, libres de clases y de Estado). No es, por tanto, uninacionalismo, unificación cultural universal (una de las caras del imperialismo). El internacionalismo marxista apunta hacia la pluralidad de culturas —¿sobre una base civilizatoria homogénea?—.

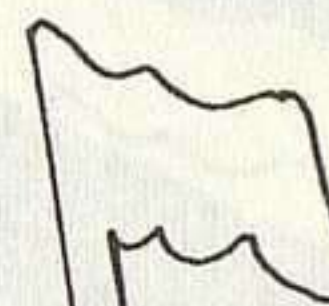
d) No sé si en alguna parte es posible hablar en general del «nacionalismo». Desde luego, creo que en España es imposible. Una mínima clarificación de las diferentes corrientes ideológicas, mejor o peor identificables como «nacionalistas» en España, habría de delimitar por lo menos todo lo que sigue:

— El nacionalismo español progresista. Que, hacia fuera, afirma la soberanía, independencia y neutralidad españolas, que está contra el atraso de nuestras estructuras sociales y económicas y contra la dependencia tecnológica y científico-cultural. Que, hacia dentro, ha inventado esa fórmula tan plástica, que choca tanto con todos los esquemas y que, sin embargo, pinta la realidad mejor que cualquier otra de las que conozco, esa fórmula según la cual España es una «nación de naciones».

— El nacionalismo español reaccionario (comúnmente conocido en la periferia como «españolismo»). Que, coherente con el viejo lema burgués según el cual a cada nación corresponde un estado, niega de raíz toda manifestación de diversidad e intenta aplastarla. Es la ideología a la que ha ocurrido ser vehículo del centralismo y que podría resumirse en ese delicado grito que aún resuena en el cerebro de tantos españoles no castellanohablantes: «¡no ladre, hable en cristiano!».

— Los diversos independentismos periféricos. Que, con tanta frecuencia, son la otra cara de la moneda anterior. Que, fieles también al principio «una nación, un estado», sitúan, con engorroso fe-

EUROCOMUNISMO



tichismo, la cuestión de la soberanía política en el centro de todo.

— Los diversos localismos más o menos vinculados a intereses caciquiles y arraizantes, de los que hay muestras, por ejemplo, en Navarra, Valencia, Aragón y Cartagena. Permítaseme destacar, en este contexto, la bárbara agresión que está sufriendo la lengua catalana en el País Valenciano, con el consentimiento e incluso protagonismo de destacados responsables de la UCD.

— Las corrientes de índole populista, vinculadas con frecuencia a desequilibrios económicos.

— Los nacionalismos burgueses catalán y vasco, a los que ha ocurrido ser expresión de intereses no idénticos a los de la oligarquía española (en la que se incluyen, es claro, miembros de una y otra nacionalidad), de grupos sociales, por tanto, susceptibles de formar parte de un bloque de progreso en ciertas circunstancias.

— Las corrientes de nacionalismo popular, basadas sobre todo en la voluntad de afirmación comunitaria, de potenciación de estructuras sociales modernas y de progreso, de impulsar culturas nacionales modernas, de normalización lingüística, etc. Corrientes que, con frecuencia, se distinguen menos por su «voluntad de estado» que por su voluntad de reabsorber el estado en la sociedad civil.

Una tipología —incluso si es tan superficial y poco rigurosa como ésta, que ha hecho abstracción de la fuerza relativa de cada corriente, así como de la mayor o menor nitidez de sus perfiles políticos— muestra hasta qué punto es difícil hablar del nacionalismo en general. Por eso, pretender liquidar el problema con frases lapidarias (como ésta, tan frecuente aún entre gentes de izquierda, según la cual todo nacionalismo es burgués) es lo mismo que renunciar a entender nada sobre el mismo.

e) Quisiera apuntar ahora la posibilidad —y, según creo, la conveniencia— de una convergencia profunda entre el «eurocomunismo» y el tipo de corrientes a las que antes he aludido como de «na-

”
El papel que el principio autonómico puede desempeñar en un modelo de socialismo no burocrático exigirá, seguramente, ajustar cuentas con los modelos de planificación centralizada.
 “

cionalismo popular». Pues nuestra perspectiva de eliminar el centralismo —una de las estructuras «fuertes» de la dominación monopolista— y de reducir el peso de los factores burocráticos —como rasgo esencial de un socialismo en democracia— coincide básicamente con algunos rasgos que empiezan a aparecer con cierta claridad en dichas corrientes. Estas han recogido el núcleo racional de los planteamientos tradicionales de base nacionalitaria (independentistas o federalistas), es decir, la convicción de que el Estado unificado implica necesariamente un grado mayor o menor de negación de la propia identidad nacional. Pero rechazan cada vez con más claridad la alternativa basada en el fetichismo del Estado, en el principio estatalista, la creencia en que la solución al problema anterior pueda pasar por erigir un Estado propio. Y, frente a esa creencia, proponen la reabsorción progresiva del Estado existente por la sociedad civil y, en este sentido, por la afirmación plurinacional, que es uno de los rasgos de la misma. (Este es quizá uno de los pocos sentidos en que los comunistas podamos ser en rigor «nacionalistas»).

f) Profundizar hasta el final en el papel que el principio autonómico puede desempeñar en un modelo de socialismo no burocrático exigirá, seguramente, ajustar cuentas con los modelos de planificación económica centralizada que tan profundamente han marcado nuestra tradición. Lo aventuro por el momento como simple hipótesis, aún más especulativa que las anteriores. Pero no veo cómo pueda contrarrestarse la implacable tendencia burocratizadora si no es, entre otras cosas, potenciando comunidades de «tamaño razonable». No ignoro la complejidad del asunto, ni la frágil provisionalidad de cuanto puedo decir al respecto. Pero quizás por ahí pueda encontrarse el núcleo revolucionario del federalismo. Quizás la Europa antimonopolista de los pueblos realice la verdad de la «Europa de las regiones», aquél viejo slogan que, cuando fue lanzado, lo fue en parte como cobertura ideológica de intereses conservadores.

Eurocomunismo y partido

Pilar Brabo

Si los partidos políticos son un producto histórico de la ascensión de la burguesía como clase, los partidos políticos obreros lo son de la configuración del proletariado durante la Revolución Industrial. Dentro de ellos «los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario». (*El Manifiesto del Partido Comunista*. Marx y Engels).

Estas dos características: la resolución, el impulso, lo que podríamos llamar la voluntad indomable de hacer la revolución, por un lado, y por otro la teoría marxista con todo lo que conlleva de capacidad para el análisis concreto y de perspectiva estratégica son, creo yo, tal y como las definían nuestros clásicos, los rasgos permanentes, básicos del partido comunista.

El Partido es un instrumento para hacer la revolución. La estrategia de la revolución condiciona el tipo de organización del Partido

Pero los rasgos organizativos de los partidos comunistas, asentados en esos dos pilares básicos, se han ido adaptando a las condiciones específicas de la lucha por el poder en cada momento y cada país.

Así, por ejemplo, el modelo organizativo de partido que Marx y Engels preconizaron estaba especialmente adaptado a las condiciones de lucha del proletariado de la última mitad del siglo XIX en los

países europeos. Lenin tuvo que rechazar la concepción hasta entonces clásica en los partidos obreros para formular la idea de un partido de «nuevo tipo», adaptado a las condiciones de la lucha de la Rusia zarista y «no levantó en modo alguno una especie de principio absoluto de organización, sino que puso su idea en conexión estrecha y concreta con las tareas planteadas en el partido y con las condiciones en las cuales éste debía cumplirlas». (Adam Schaff. *Teoría de la alienación*. Crítica. Grijalbo, pág. 303). Así Lenin configuró un partido compuesto por revolucionarios profesionales, rígidamente centralizado, que fue, y con ello se demostró el acierto de esta concepción, en las condiciones concretas de la lucha contra el zarismo, el que conquistó en 1917 el poder para los soviets.

Pero en este partido de Lenin, con una disciplina casi militar, existía el debate, la confrontación interna y pública y la más amplia discusión democrática en su conjunto, con la formación incluso de tendencias organizadas en el período previo a los congresos, características éstas que fueron borradas en el período stalinista en el que el centralismo democrático y la disciplina fueron sustituidas por el uniformismo y la incondicionalidad.

Hoy, tantos años después del XX Congreso del PCUS en que se realizó la denuncia pública de la arbitrariedad desmesurada con que Stalin utilizó el partido, y de los crímenes a que ello condujo, debemos preguntarnos con toda sinceridad si algunos de los rasgos que aparecieron en el PCUS durante el período de Stalin, y que se transmitieron a los partidos de Europa Occidental, no siguen pesando aún en nuestros esquemas organizativos y de funcionamiento. Si fuera así, estaríamos desaprovechando gran parte

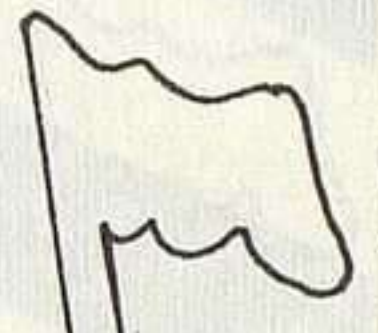
del potencial revolucionario encerrado en el partido y nos situaríamos muy lejos de ser el partido capaz de catalizar el potencial revolucionario presente en nuestra sociedad.

Sirvan estas breves consideraciones para apuntar la idea de que las *tareas* a realizar en un país influyen poderosamente en los rasgos organizativos del partido comunista y que además la actitud marxista es buscar esa adaptación, como hizo Lenin y como hicieron todos los partidos que lograron el triunfo de la revolución, porque de ella depende el resultado final revolucionario, mientras que la copia mimética de otros períodos y países, o la prolongación de determinadas características cuando éstas no son ya imprescindibles, conducen no sólo a la esterilidad, sino también a graves deformaciones burocráticas.

La revolución de la mayoría, el socialismo democrático, plantea nuevas exigencias organizativas a los partidos eurocomunistas

En los países del área europeo-occidental, y en concreto en el nuestro, las contradicciones de clase abarcan a sectores cada vez más amplios de la sociedad, sectores que constituyen la inmensa mayoría de la misma. La posibilidad de la revolución de la mayoría se basa en la oposición, el enfrentamiento objetivo, entre los intereses de esa inmensa mayoría con el poder económico y la dominación social, política e ideológica del capitalismo. Hacer la revolución en nuestros países, desarrollar la lucha de clases signi-

Eurocomunismo



fica hacer a esa mayoría consciente de sus intereses, contribuir a que cristalice su conciencia revolucionaria, hacerla incidir sobre la transformación del aparato estatal.

Por tanto, hoy las dos características básicas del partido comunista que he señalado al comienzo de este artículo se traducen en la necesidad de desarrollar en la sociedad una tarea de argumentación, de convencimiento, de confrontación con el capital y de movilización a todos los niveles.

¿Qué tipo de partido puede desencadenar, impulsar, hacer que cristalice esa revolución de la mayoría?

Una primera respuesta —que coincide también con las experiencias que hemos registrado, en sentido más bien negativo, en los últimos años de práctica legal del partido— confirma que la revolución de la mayoría exige un partido vivo y actuante en todos los niveles de la sociedad. Un partido que esté «transformando la realidad» en la fábrica, el barrio, la oficina, la cooperativa, el centro educativo, el gran hospital, etc. Un partido por tanto con una política puesta en práctica no sólo a través de las instituciones, sino a través y en todo el tejido social.

Este ha sido quizá el fallo mayor de la política del Partido en los tres últimos años. Si analizamos *qué* y *cómo* se ha discutido y se ha trabajado en el partido durante estos años podemos concluir que la dirección ha discutido la política que ella misma iba a poner en práctica en las instituciones. Al conjunto del partido se le pedía, en el mejor de los casos, el consenso sobre tal política y en ocasiones movilizaciones genéricas en torno a la misma. Desde mi punto de vista, ésta es la causa principal de la atonía en la vida de las agrupaciones.

Las agrupaciones en un partido eurocomunista tienen la tarea de transformar su entorno, su ámbito específico, sea éste fabril, territorial o profesional. Es lo que, de un modo un tanto tópico, se llama *la aplicación creadora* de la línea del partido. Supone, por un lado, que las agrupaciones han participado ya activamente en

la elaboración de esa línea y no sólo en los rasgos generales que se aprueban en los congresos, sino también en la táctica concreta y cotidiana; por otro lado supone que lo que aporta la agrupación a esa discusión, y por eso es imprescindible recoger sus opiniones, es su práctica transformadora de la realidad, las experiencias recogidas en ella.

Pero esa actividad necesaria de las agrupaciones plantea que la forma territorial de organización tiene que complementarse con formas organizativas de ámbito concreto. Hoy, después de tres años de experiencia, parece claro que desde sólo la forma territorial es prácticamente imposible *tanto* contribuir a la elaboración de la política del partido cara a fábricas concretas o a sectores específicos (sanidad, educación, cultura, urbanismo, etc., con lo que a pesar de la existencia de comisiones de trabajo del CC, nuestra política en estos sectores es demasiado abstracta y llena de lagunas) *como* incidir sobre la transformación de los mismos.

La creación de agrupaciones del Partido en las fábricas ha sido una necesidad en este período. Si no se hubieran creado estas agrupaciones, la incidencia del partido en el movimiento obrero hubiera sido aún más reducida y los fenómenos inseparables de sindicalización del partido y de «partidización» del sindicato aún más graves.

La revolución de la mayoría plantea también problemas nuevos en la aplicación del centralismo democrático

Si en la clandestinidad decíamos que estábamos obligados a aplicar el centralismo democrático poniendo el acento en el *centralismo*, hoy, en la legalidad y ante tareas nuevas deberíamos estar poniendo mucho más vigor en el adjetivo *democrático*.

Y ello no tanto por exigencias formales de lo que podríamos llamar «imagen», sino por exigencias de la propia eficacia del partido en la transformación de la sociedad.

La realidad de esta sociedad, compleja y contradictoria, exige precisamente poner el acento en la democracia tanto en la elaboración como en la aplicación de la política del partido.

Hay que partir de que las opiniones emitidas por el conjunto del partido tienen su base en una práctica compleja y *tienen que ser tenidas en cuenta*. En ocasiones, esa misma complejidad hará difícil llegar a una síntesis final, y ello puede dar origen a la formación de mayorías y minorías sobre temas específicos.

Esto, que ha sido ya realidad en el partido en los últimos tiempos, no nos debe escandalizar. Supongamos que la minoría que se forma en un momento determinado pueda tener razón y ello no ser reconocido hasta más tarde. Si esa minoría no puede continuar el debate una vez adoptado el acuerdo mayoritario, será más difícil que el partido pueda superar sus propios errores en los casos en que estos se hayan cometido. La disciplina en estas condiciones tiene que referirse a la disciplina en la acción política sobre el criterio de la mayoría, pero no a la eliminación del debate.

Lo que sí hay que evitar es que la formación de mayorías y minorías sobre temas concretos, cristalice en tendencias organizadas, porque ello es, hoy por hoy, negativo para el proceso de discusión colectiva, profunda, del partido. Ello, en sus términos prácticos, significa que hay que evitar que la minoría de un momento determinado, sobre un tema concreto, se vea constreñida, para defender sus posiciones, a realizar un trabajo fraccional. Y es precisamente aquí donde aparece el papel del *disenso público*. Si la minoría debe tener derecho a defender sus posiciones, y si hay que evitar que ello se haga de modo irregular, no queda otra vía que el debate público, razonado y serio, realizado no en

base a personalismos, sino a posiciones políticas fundamentadas.

Este tipo de debate público, ese disenso público de una minoría, no tiene por qué ser un elemento retardatario de la acción, sino que al contrario, puede enriquecer al propio partido. Porque facilita la transparencia del partido ante los trabajadores, ante la sociedad. Que en el partido haya diferentes visiones, diferentes sensibilidades, y que ello se exprese públicamente permite, en efecto, que los trabajadores, que los hombres y mujeres de lo que hemos llamado «bloque social del progreso» vean al partido como algo más próximo, más accesible, y que incluso puedan incrementar su conciencia política al conocer los debates que en el partido se desarrollan.

Por lo demás, el disenso público en el partido, tema también debatido hoy en la dirección del PCI por varios dirigentes del CC, no es un tema atribuible en exclusiva al eurocomunismo y a los tiempos que hoy corren. En el partido clandestino de revolucionarios profesionales de Lenin se reconocían ampliamente los derechos de la minoría a «tener un centro literario (o varios) con derecho de representación en los congresos; las más amplias garantías formales en lo que se refiere a la edición de publicaciones de partido dedicadas a criticar la actuación de los organismos centrales de éste...» (Lenin, cita extraída de «Burocracia del Partido y democracia socialista». Adam Schaff, n.º 105 de N.B.).

La renovación de los equipos dirigentes

Otro aspecto importante de la democracia en el partido consiste en crear las condiciones adecuadas para que los cambios y la renovación del equipo dirigente no adopten formas traumáticas y traumatizantes. El partido tiene que funcionar cada vez más como un colectivo que genera de un modo natural y respon-

sable a sus propios cuadros dirigentes de acuerdo con las exigencias de cada período. Condición para ello es que en el partido exista una homogeneidad básica en cuanto a la línea fundamental: sentido del eurocomunismo, revolución de la mayoría. Homogeneidad que no excluye, sino que presupone discrepancias puntuales y disensos públicos, pero que permita que los cambios de personas no impliquen cambios en esa línea fundamental, sino al contrario, nuevas profundizaciones y desarrollo de la misma.

La constitución de los partidos comunistas de nacionalidades y regiones, que forman parte del PCE, iniciada por el partido nace ya varios años, contribuye a la adaptación del partido a sus tareas revolucionarias en la medida en que posibilita la mayor penetración del partido en los diferentes ámbitos culturales y lingüísticos que conforman el Estado español. Hay aquí una problemática del mayor interés para el eurocomunismo y para el X Congreso en la que por falta de espacio no me puedo detener, pero que espero sea tratada en números sucesivos de Nuestra Bandera.

La importancia de la teoría y del debate teórico en un partido eurocomunista

Sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria.

No quiero finalizar estas breves notas sobre algunos rasgos de un partido eurocomunista sin apuntar, aunque sea sucintamente, el papel y la importancia de la Teoría.

Realizar un análisis marxista de la realidad del mundo de hoy, a finales del siglo XX, es imposible sin situar en un lugar preferente la teoría y el debate teórico. Abandonar este campo hace prácticamente inevitable la caída en el tacticismo y el coyunturalismo o en el esquematismo y el sectarismo.

Vivimos una realidad compleja en lo internacional —política de bloques, graves deformaciones en los países del «socialismo real», nuevo papel del Tercer Mundo—, y en lo nacional —desarrollo de la lucha por la hegemonía de la clase obrera y fuerzas de la cultura, del bloque social del progreso, en el período de la transición, etc.—. Es preciso un impulso teórico en el campo del marxismo para comprender todos los nuevos fenómenos en estos órdenes, para investigar qué está suponiendo el desarrollo de las fuerzas productivas, y entre ellas fundamentalmente la ciencia, y qué implicaciones tiene ello para el futuro de la humanidad.

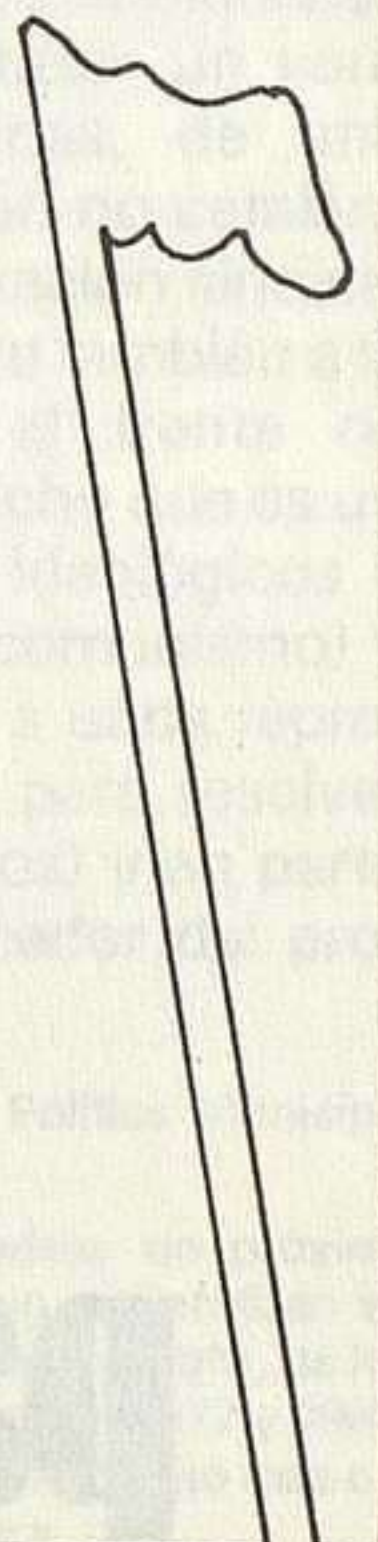
El impulso teórico necesario tiene que revertir sobre nuestra práctica. Elevando el nivel general de formación de todos los militantes comunistas, lo cual exige el debate sobre los problemas nacionales e internacionales en toda profundidad, y contribuyendo a engranar nuestra práctica cotidiana con la estrategia de lucha por el socialismo.

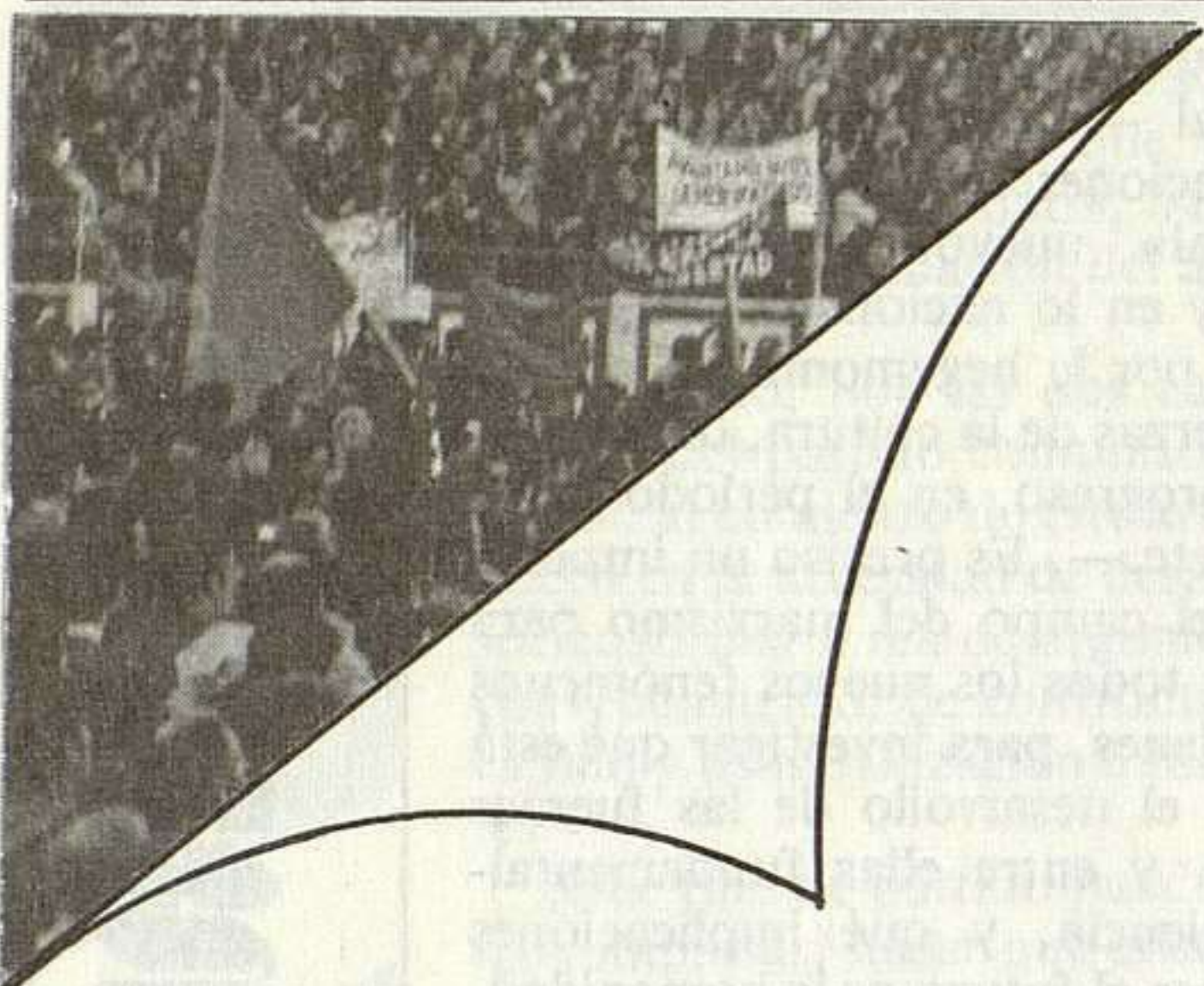
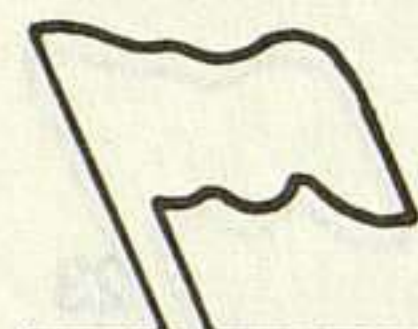
Independencia del partido

Al mismo tiempo, esa elevación del nivel teórico general del partido y ese situar la teoría en el lugar que le corresponde es la forma de garantizar y de asentar sobre bases muy sólidas la característica fundamental del partido, sin la cual nada de lo dicho hasta ahora tendría sentido, y sin la cual, sobre todo, sería imposible hacer la revolución. Esa característica fundamental es la *independencia del partido* con respecto a cualquier otro partido comunista o Estado, por muy socialista que éste sea.

Este rasgo fundamental de nuestra política, de nuestro partido, tenemos hoy que demostrar que es fructífero, porque somos capaces de avanzar, de reconocer nuestros fallos y errores, y de plantearnos con toda profundidad las condiciones de la revolución socialista en España y el tipo de partido que puede encabezarla. □

EUROCOMUNISMO





EL PSUC entre dos crisis

El fin de una política

Jordi Borja

No hay error ni exageración en las reacciones suscitadas por los resultados del V Congreso del PSUC. No se han equivocado ni los medios de comunicación social de España y de todo el mundo, ni la dirección del PCE, ni los miembros de la antigua dirección del PSUC que no han aceptado responsabilidades ejecutivas después del V Congreso. Suprimir el término «eurocomunismo» es cuestionar la vocación democrática del partido; adoptar posiciones equívocas en *política internacional*, en algunos casos marcadamente prosoviéticas, es renunciar a ser un partido independiente; proponer definiciones dogmáticas y mesiánicas sobre el *carácter del partido* es optar más en favor de una secta que de un partido de masas; aprobar posiciones políticas supercríticas sobre nuestra política en la *transición*, exaltar el obrerismo y la política de oposición, es abandonar la política de consolidación de la democracia, la única que permite jugar a la clase obrera y a la izquierda un rol político sobre el conjunto de la sociedad; oponerse a una política en el movimiento obrero de luchar y negociar por encontrar salidas avanzadas o en todo caso que tengan en cuenta los intereses de los trabajadores a la *crisis económica* es encerrarse en unas actitudes defensivas estériles y favorecer que el peso de la crisis caiga totalmente sobre la clase obrera.

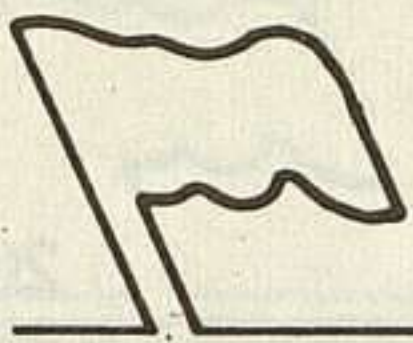
Evidentemente que el V Congreso no ha cambiado toda la política. Pero ha cambiado la orientación dominante, el marco de referencia, la tendencia de desarrollo de una política practicada con éxito en los últimos 25 años. A partir del V Congreso es inevitable que tanto los militantes como la opinión pública reinterpreten nuestras acciones y actitudes en función de los cambios introducidos en las tesis políticas.

Todo lo cual nos parece muy grave porque

conducirá, si no hay giro de 180 grados, a que el PSUC deje de jugar el papel que ha tenido hasta ahora.

El PSUC se fue convirtiendo en un partido «eurocomunista» desde mucho antes de que existiera este término. Nacido en 1936 como resultado de la fusión de distintas organizaciones socialistas o socialdemócratas, nacionalistas de izquierda y comunistas, su *trayectoria histórica* va íntimamente ligada a una política antifascista, democrática, unitaria y nacional. Esto le ha permitido conquistar un *arraigo en la sociedad catalana* que difícilmente habría conseguido un partido comunista tradicional. Las fracturas de esta sociedad (40 por 100 de la población inmigrada, desequilibrio entre el área metropolitana barcelonesa y el resto de Catalunya, distancia social y cultural entre una parte importante de la clase obrera residente en las periferias urbanas y las clases populares y medias catalanas de origen, etc.) encuentran en el PSUC un *instrumento de superación*, en la medida que contribuye a unificar a los trabajadores independientemente de su origen y a la clase obrera y clases populares y medias catalanas sobre la base de una práctica y de un proyecto políticos a la vez de clase y nacional, de lucha y de gobierno, democrático y con perspectiva socialista. Las orientaciones que se deducen del V Congreso pueden acabar liquidando esta función histórica del PSUC y convertirlo en un partido reivindicativo y defensivo, ideologista y sectario, arraigado casi exclusivamente en la periferia de Barcelona y entre una parte de los trabajadores, sobre todo de origen inmigrado. Todo lo cual conduce a debilitar al conjunto de la izquierda, a hacer más difícil la consolidación de la democracia y el desarrollo autonómico y sobre todo a marginar a la clase obrera del proceso político.

partido



Y hay otro aspecto que termina de oscurecer el panorama: las posiciones aprobadas en el V Congreso significan explicitar una voluntad de ruptura del PSUC respecto al PCE. Se han aprobado posiciones políticas y definiciones ideológicas abiertamente enfrentadas con las de los comunistas del resto del Estado. Aunque ahora se intente disimular o reducirlo a un distanciamiento crítico con relación al equipo dirigente del PCE. La realidad es que, como ha recogido toda la prensa internacional y nacional y como ha captado la opinión pública, renunciar al eurocomunismo y a la independencia en política internacional, criticar la política responsable llevada a cabo en el período de la transición y la concepción del partido de masas, significa romper con los elementos definitorios de la política y del mismo carácter del PCE. El enfrentamiento PSUC-PCE es tan grave para uno como para otro: ni el PCE puede renunciar a que los comunistas catalanes contribuyan a realizar la misma política (como dicen los Estatutos de ambos partidos) ni el PSUC tiene porvenir como partido comunista «albanés» de la península ibérica. Desgraciadamente el V Congreso inicia un proceso de albanización sin expectativas de llegar al poder: es decir conduce a la marginación política.

Y no se trata de defender la subordinación política del PSUC al PCE, sino de que el PSUC como los otros partidos comunistas del Estado Español contribuya a definir una política eurocomunista para España (la única posible). Y a forjar una dirección para aplicarla y desarrollarla en todo el Estado (no encerrado en su territorio como hasta ahora). Pero situarse al margen y enfrente del PCE, no sólo conduce a debilitar extraordinariamente la política comunista en su conjunto, sino que impide al mismo PSUC jugar un papel político nacional en Catalunya: porque de la misma forma que no hay autonomía catalana sin democracia en España, no hay política de izquierdas viable en Cataluña si la izquierda y los comunistas se dividen y retroceden en el conjunto del Estado.

El V Congreso del PSUC significa pues una crisis política importante para los comunistas, crisis que culmina un período, el que va del IV al V Congreso y que abre otro que culminará en una nueva crisis, que supere en un sentido o en otro, la situación contradictoria actual.

Sobre las causas de una crisis

El proceso político español del 1977 hasta hoy, la agravación de la crisis económica y el aumento de la tensión internacional y del enfrentamiento entre los dos bloques principales son argumentos que se aducen para explicar la reacción dogmática en el PSUC. Es un razonamiento lógico pero insuficiente: no pueden explicarse hechos tan concretos como las votaciones de un Congreso solamente por la acción de causas generales. Intervienen aquí un conjunto de mediaciones y elementos subjetivos que debemos esclarecer para entender lo que ha pasado. Intentaremos apuntar algo al respecto.

La política de la transición ha tenido unos costes: ha sido una política sobre todo superestructural, de negociación, en la que difícilmente podía participar el conjunto del Partido. Por otra parte esta política ha tenido efectos limitados sobre la democratización del Estado (retraso elecciones municipales, mantenimiento de otros aparatos heredados del franquismo) y no se ha traducido en cambios apreciables en la vida cotidiana del conjunto de la población. La crisis económica ha deteriorado enormemente las condiciones de vida de una población ante la que debían responder unos militantes que vivían el proceso político desde fuera. Esta política era necesaria, en sus líneas principales. Pero se ha explicado poco y mal, y ni la dirección del Partido ni los comités intermedios han sabido encontrar un rol para una organización que esperaba protagonizar una ruptura. El resultado ha sido la frustración, la desmovilización, el encerrarse en los locales, la agresividad frente a la dirección y a la política del consenso, hasta encontrar en el «eurocomunismo» el chivo expiatorio.

Tampoco hemos podido ofrecer, ni después de aprobada la Constitución, una política que significara la esperanza de un nuevo salto adelante. Hubiera podido ser la alternativa de izquierda, electoralmente viable, pero no inmediatamente, ideológicamente atractiva, políticamente discutible. Por una parte es una alternativa lógica para el futuro, por otra en el presente vivimos una democracia demasiado precaria para lanzarse alegremente hacia estas

alternativas. Además los socialistas, ni en Catalunya ni en España, han aceptado ofrecer esta política conjuntamente con los comunistas.

En estos últimos tiempos ha sido difícil hacer una política eurocomunista. Y más aunque ésta apareciera como rentable, gratificadora. Sin embargo, se ha hecho una política claramente eurocomunista en los gobiernos de los Ayuntamientos y curiosamente las Tesis de Política Municipal han sido aprobadas prácticamente por unanimidad en el Congreso, a pesar de que eran defendidas por significados «eurocomunistas»¹ y de exponer abiertamente posiciones políticas e ideológicas radicalmente eurocomunistas (pactos, prioridad a la política de gobierno, rol de las instituciones, carácter de los movimientos sociales, etc.), lo que demuestra que una actitud eurocomunista beligerante es más aceptable para el partido que el eurocomunismo vergonzante.

Las causas concretas de la crisis del V Congreso hay que buscarlas en el mismo PSUC, en su funcionamiento y en su dirección.

Aunque ahora no es posible extenderse en ello, es útil resumir algunos datos sobre la evolución del PSUC entre el IV y el V Congreso². El PSUC ha mantenido sus porcentajes de voto entre 1977 y 1980, aunque ha perdido más de 50.000 votos absolutos, debido sobre todo a la abstención. El partido de los comunistas catalanes recibe dos tipos de votos: un voto obrero, de las periferias urbanas, de una población en gran parte de origen no catalán, un voto ligado al nivel de organización sindical y social de esta población, y ahora también a la presencia de los comunistas al frente de muchos ayuntamientos. Se ha dicho que es un voto con fuertes componentes ideológicos y culturales (identificación con el comunismo) y sociales o asistenciales (se vota a unos representantes en los que se confía para resolver problemas inmediatos y concretos) y en parte poco identificado o poco conocedor del pro-

¹ El autor ha sido el responsable de Política Municipal hasta el V Congreso.

² Ver «El PSUC entre dos identidades» de próxima publicación en Argumentos. En este trabajo se sintetizan las principales informaciones sobre la evolución del voto, de los militantes, de la implantación del Partido entre 1977 y 1980. Sobre este tema el autor está preparando un trabajo más extenso que se publicará en Nuestra Bandera.



yecto político del partido. Pero el PSUC también recibe un importante *voto de las clases populares y medias catalanas*, que se expresa en porcentajes relativamente altos en los casos urbanos tradicionales y es el que le permite muchas veces conquistar posiciones políticas de gobierno. Es un voto político, poco identificado con la tradición ideológica del comunismo y no incondicional respecto a la base obrera inmigrada, es un voto democrático y nacional. La tendencia entre 1977 y 1980 parece ser la de haber perdido parte de este voto, tendencia que lógicamente debería acentuarse después del V Congreso. Si bien el voto obrero ha sido hasta ahora estable, en la medida que el PSUC aparezca como una alternativa menos viable también disminuirá en beneficio de los socialistas. Es decir, puede acentuarse un doble proceso de concentración social y territorial del voto y de lento decrecimiento, acentuándose el carácter de partido ideológico, reivindicativo y testimonial. Solamente si se da un giro radical a la política, a la dirección y a la imagen resultantes del V Congreso se puede contrarrestar esta tendencia.

La evolución de los *militantes* es también muy significativa. El PSUC tenía unos 10.000 militantes en la clandestinidad (cifra muy alta), algo más de 30.000 después de las elecciones de 1977 y unos 21.000 a finales de 1980. De ellos hay que considerar como sector activo un 20-25 por 100 aproximadamente y han participado en el debate precongresual entre un 10 y un 15 por 100, que corresponden sobre todo a los militantes y cuadros dedicados a la actividad interna del partido y de Comisiones³. En este período ha habido una importante circulación de militantes: han abandonado la militancia muchos cuadros de menos de 40 años y ha habido muchos ingresos o reingresos de personas de más de cuarenta años. Se ha perdido una parte del capital político humano acumulado entre 1960 y 1975 y el Partido ha envejecido considerablemente (la media de edad ha pasado de 26 a 43 años). La base social del Partido es fundamentalmente obrera, aunque hay

³ La composición de los delegados del IV y del V Congreso demuestra que ha habido una importante disminución del número de congresistas que eran dirigentes o elementos activos de organizaciones sociales y cívicas. También hay que destacar el que muy pocos concejales y alcaldes han sido delegados al Congreso.

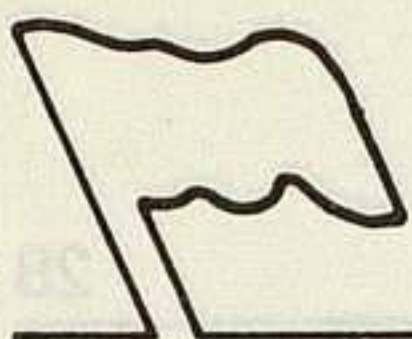
también una fuerte presencia de técnicos, profesionales y empleados. El análisis sociológico de los delegados al Congreso es significativo: 32 por 100 obreros, 21,3 por 100 empleados y 27 por 100 técnicos, profesionales y funcionarios. En el IV Congreso los porcentajes eran algo distintos: 38,3, 20,4 y 23,6. Es decir, el Congreso del eurocomunismo tenía una composición más obrera y menos profesional que el último Congreso que ha aprobado posiciones obreristas y ha suprimido el «eurocomunismo».

Un estudio de los delegados al IV Congreso (el único estudio existente)⁴ demuestra el arraigo original del PSUC en el conjunto de la sociedad catalana: un 10 por 100 hijos de obreros calificados, un 22 por 100 de obreros no calificados y un 12 por 100 de jornaleros del campo; un 5,3 por 100 de profesionales liberales y cuadros superiores, un 18 por 100 de técnicos y funcionarios medios, un 13,8 por 100 de empleados, un 19,2 por 100 de pequeños empresarios y autónomos y un 8,6 por 100 de campesinos. Es decir, tanto el voto como la base militante no determinan la conversión del PSUC en un partido limitado a la clase obrera y de origen inmigrado. Son tendencias políticas objetivas y subjetivas las que empujan en esta dirección.

Entre 1977 y 1980 se ha producido una considerable *degradación política de la vida de las agrupaciones*. Los factores son diversos: a) predominio de la política superestructural; b) pérdida de muchos cuadros que han asumido responsabilidades en las instituciones, en niveles superiores del Partido, en el Sindicato y en organizaciones sociales, o que han abandonado la militancia activa; c) *dificultad objetiva* para hacer funcionar Agrupaciones territoriales debido a su composición heterogénea y a la diversidad de sectores y frentes de actividad potenciales; d) mala política de *Organización*, dogmática, estimuladora de enfrentamientos, incapaz de explicar la política del Partido, ineficaz por incompetente; e) afluencia a las Agrupaciones de *veteranos* y de muchas personas *sin experiencia política* de ninguna clase que buscan en el Partido un lugar de reunión y una sociedad específica con la que identificarse; f) la crisis política y organizativa en la *Universi-*

⁴ «Partits i Parlamentaris a la Catalunya d'avui» de J. Botella, J. Capó, J. Marcet y I. Pitarch. Ediciones 62, 1980.

partido



dad, Enseñanza y sectores profesionales (territorialización del Partido, abandono de las experiencias de sindicalismo unitario) que ha liquidado alguna de las principales fuentes de cuadros; g) la ocupación de los puestos de responsabilidad en los *comités intermedios* por parte de militantes, algunos con años de partido, otros más recientes, muchos procedentes de sectores profesionales y estudiantes, no identificados con el eurocomunismo, por no haber ejercido responsabilidades en el último período de la lucha antifranquista y por encontrar en el dogmatismo ideológico una solución más fácil para jugar un rol en el Partido; h) los efectos de la *crisis económica y social* sobre la base obrera provoca un radicalismo ideologista y corporativo y ha dado lugar a una peligrosa involución política de muchos militantes que han desandado en pocos meses lo andado desde la política de reconciliación nacional; i) la combinación de la tradición comunista dogmática con la tradición anarcosindicalista ofrece, en condiciones políticas difíciles, una ideología de refugio para muchos cuadros y militantes.

Se entiende entonces que muchos militantes y cuadros, los más identificados con el eurocomunismo, hayan abandonado la militancia en las Agrupaciones. No se trata de que «los eurocomunistas sean menos militantes» como a veces se dice sino de que no encuentran en muchas Agrupaciones otra cosa que debates ideologistas, enfrentamientos personales y cerrazón sobre los propios locales. Es decir, que el Partido no les ofrece la posibilidad de hacer política y entonces optan por colaborar con otros organismos del partido, trabajar en las Instituciones o en las organizaciones sociales, o dar un contenido político o cultural avanzado a su actividad profesional. O, simplemente, ejercer de comunistas democráticos en la sociedad civil.

Sobre el fracaso de la Dirección saliente y las corrientes actuales en el PSUC

Todas las causas y factores aducidos hasta ahora no hubieran sido determinantes si hu-

biera existido una Dirección que hubiera ejercido como tal hacia dentro del Partido y no solamente hacia afuera. La Dirección del PSUC salida del IV Congreso no era homogénea, sino de «integración», pero con una relativa hegemonía de las posiciones políticas eurocomunistas. A medida que nos acercábamos al V Congreso las posiciones críticas hacia nuestra política de los últimos años y especialmente en el proceso de transición, así como de acentuar las distancias y las diferencias con el PCE (posiciones que la prensa ha denominado «*leninistas*») se acentuaron tanto en los órganos de Dirección como en diversos comités del Partido y en la Dirección de CC.OO. de Catalunya. Por otra parte, coincidiendo de hecho con estas posturas, pero para ir mucho más lejos, han aparecido o reaparecido los *viejos demonios sectarios de la tradición comunista*, que han recuperado también viejas ideas anarcosindicalistas (obrerismo, menosprecio de las instituciones políticas, confusión sobre los roles del Partido y del Sindicato). Estas posiciones dogmáticas han encontrado unas bases de apoyo por los factores ya explicados y sobre todo unos instrumentos para llegar con fuerza al Congreso en la misma Dirección del Partido (la Secretaría de Organización, una parte del Comité Ejecutivo y del Comité Central), en algunos Comités intermedios importantes (como el del Vallés Occidental) y algunos órganos dirigentes de CC.OO. (una parte de la CONC, la Unión Local de Barcelona). La ofensiva contra el eurocomunismo empezó después del IV Congreso, se aceleró a partir de 1979 y culminó en un trabajo fraccional abierto en los meses inmediatamente anteriores al V Congreso.

Frente a todo esto la Dirección, en nombre de un democratismo muy mal entendido no ha sido beligerante, no ha ejercido como Dirección.

En primer lugar, ha sido poco beligerante, en cuanto a *posiciones políticas*, aceptando ambigüedades con relación al PCE, haciendo declaraciones contradictorias en algunos casos (el mismo Secretario General respecto a los países socialistas), no asumiendo plenamente la política de la transición (en lo positivo y en lo negativo). Esta poca beligerancia culminó en las tesis: elaboradas por una comisión

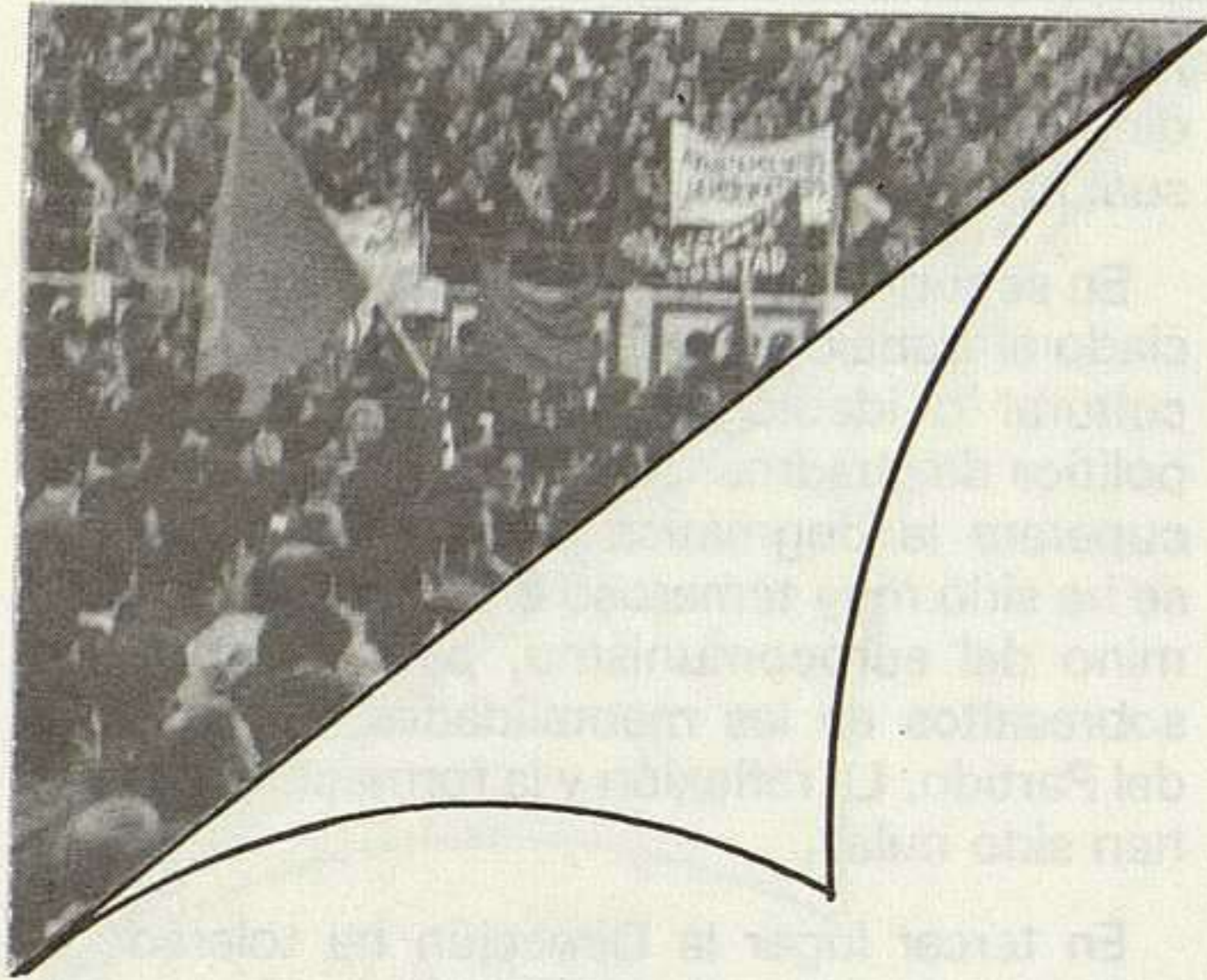
heterogénea, ambiguas en su contenido, no defendidas luego ni en el debate precongresual ni en el mismo Congreso.

En segundo lugar la Dirección ha menospreciado el trabajo de elaboración y de formación cultural o ideológica de los militantes y la política de cuadros. Se ha permitido que se recuperara la dogmática «marxista-leninista» y se ha sido muy temeroso en avanzar por el camino del eurocomunismo, para no provocar sobresaltos en las mentalidades tradicionales del Partido. La reflexión y la formación *teóricas* han sido nulas.

En tercer lugar la Dirección ha tolerado el trabajo abiertamente antieurocomunista y secretario de la Secretaría de Organización y de diversos comités del Partido. En vez de dar la batalla para cambiar las posiciones políticas y si no había otro remedio las personales de los Comités comarcales y locales opuestos a la política del PSUC y del PCE se les han hecho concesiones de todo tipo y se ha permitido que la Secretaría de Organización y algunos comités comarcales llevaran a cabo una tarea de división del Partido y de liquidación de los núcleos eurocomunistas de muchas localidades de Catalunya. De hecho la política llamada de «integración», al no hacerse sobre las bases de una clarificación política (que permitiría integrar personas pero no introducir contradicciones políticas) ha quedado en manos del sector dogmático e intolerante del Partido y ha significado todo lo contrario.

Y en cuarto lugar la Dirección no ha sido capaz de transmitir *su política* al conjunto del Partido, estimulando la iniciativa de éste y creando las ocasiones para que los debates ideologistas y los enfrentamientos personales se convirtieran en confrontaciones políticas concretas, con una Dirección homogénea y activa en el conjunto del Partido para hacer triunfar su política. Se ha producido la involución cultural y política del conjunto del Partido y el relativo aislamiento y dispersión de los núcleos eurocomunistas.

Así ha sido posible el V Congreso. En él se han enfrentado unas *posiciones eurocomunistas* dispersas, poco o nada dirigidas desde el Comité Ejecutivo, atacadas desde sectores de



la misma Dirección con argumentos poco políticos pero eficaces⁵ con unas *posiciones dogmáticas*, de exaltación religiosa del comunismo, teorizantes de la política de oposición testimonial y del partido contrasociedad, aparentemente radicales y obreristas, y prácticamente impotentes. En medio, las *corrientes críticas* hacia la política de la transición y hacia el PCE, personificadas en una generación de militantes en busca de rol político y organizativo, que de momento ha ocupado la Dirección Ejecutiva del Partido.

Esquematisando mucho resumiremos la situación de las corrientes del Partido diciendo que estas tres corrientes corresponden cada una a un tercio del actual Comité Central pero que solamente pueden cristalizar en dos posiciones políticas, lo cual conduce al sector intermedio a inclinarse en un sentido o en otro.

Dos proyectos: peligro de ruptura

La confrontación interna agudizada por el V Congreso, el enfrentamiento con el PCE, el carácter mutuamente excluyente de las posiciones ideológicas (eurocomunismo) y sobre política internacional (países socialistas y política de bloques), la concepción misma del Partido y de su relación con las instituciones y con la sociedad civil, la política de alianzas (unidad democrática, alianza preferencial con los socialistas o sectarismo y acuerdos con los extraparlamentarios), son expresiones de proyectos políticos (y personales) diferentes y opuestos. La actual situación política por otra parte nos obliga a definiciones más claras en un sentido o en otro y sería irresponsable mantener las ambigüedades y contradicciones paralizantes ahora existentes.

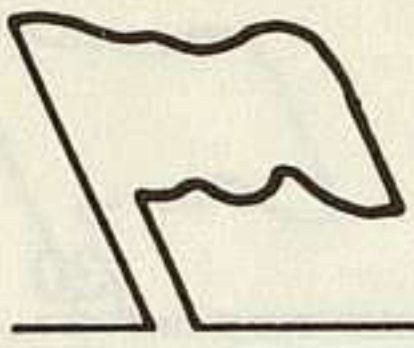
Los enfrentamientos en el PSUC corresponden a fracturas reales de la sociedad catalana y

⁵ Estableciendo falsas identificaciones como: eurocomunismo: los que quieren someter al PSUC al PCE, o los de procedencia Bandera Roja, o los que quieren suprimir las movilizaciones en beneficio de las Instituciones. También se ha utilizado el descrédito del adversario sin argumentación política: los eurocomunistas son socialdemócratas, quieren liquidar el Partido para integrarse en el Partido Socialista, están al servicio de la UCD y de Convergencia, prefieren el imperialismo al socialismo, etc.

a dualidades de su composición interna: por esto son especialmente peligrosas. Es decir, es posible un PSUC caricatura del PCF, que liquide su trayectoria histórica y que adopte posiciones abiertamente enfrentadas con el PCE. Pero al mismo tiempo el PSUC ha demostrado su capacidad de arraigo en la sociedad catalana y de convertir sus propias dualidades en un instrumento unificador de las fracturas objetivas existentes (por ejemplo, trabajadores inmigrados y catalanes).

Ahora bien, la superación de las contradicciones actuales no puede realizarse por la vía de los compromisos políticos y de la distribución de parcelas sino por el camino de la confrontación, la definición de unas posiciones políticas claras y mayoritarias y la elección de un equipo dirigente identificado con esta política y beligerante en su favor. Esto significa un peligro de ruptura, pero este peligro existe sea cual sea nuestra actitud de hoy y sea cual sea el resultado de la confrontación. El Comité Central está dividido, como lo está el conjunto del Partido. No hacer nada, intentar equilibrios organizativos desde la Dirección esperando que las aguas se tranquilicen, conduce solamente a cristalizar las divisiones, a personalizar los enfrentamientos y a degradar y paralizar la vida del Partido. La única vía para evitar la ruptura del PSUC es dar una batalla abierta en favor del *eurocomunismo*, del *partido de masas* y de la *identidad política con los comunistas de toda España*. De esta forma se unifican todos los sectores eurocomunistas y una parte, creemos mayoritaria, de los sectores intermedios, asumirán estas posiciones. Al mismo tiempo se recupera y revitaliza lo que son tradiciones propias de los comunistas catalanes, lo que permite a las organizaciones de base y al conjunto de los trabajadores, hacer política, con lo cual, en el curso de esta batalla es posible atraer a muchos militantes que en el último Congreso han adoptado posiciones dogmáticas. No se evitarán enfrentamientos y probablemente minorías radicalizadas y sectarias no aceptarán nuestra política. Pero creemos que una batalla decidida que obligue al PSUC a definirse claramente permitirá forjar una mayoría eurocomunista y evitará una ruptura en dos o en tres partes que sería una tragedia para todos los comunistas y para el conjunto de la izquierda.

partido



Un malestar en busca de coordenadas

Joaquím Sempere

Al valorar el 5.º Congreso del PSUC es fácil caer —como se ha caído ya repetidamente— en simplificaciones que oculten los temas reales presentes o subyacentes en sus debates.

Por de pronto, conviene puntualizar respecto a las etiquetas que han dado la imagen dominante: rechazo del «eurocomunismo» y «prosovietismo». ¿Puede decirse que el PSUC haya dejado de ser eurocomunista? ¿O que se ha convertido en prosoviético? Si por eurocomunismo entendemos vía democrática y pluripartidista al socialismo, lucha por la paz y contra la política de bloques e independencia dentro del movimiento comunista mundial, está claro que el PSUC no ha dejado de ser eurocomunista. En cuanto al «amortiguamiento», por llamarlo de algún modo, de las críticas a la URSS y otros países socialistas, no se puede interpretar en modo alguno como un retorno a adhesiones incondicionales respecto a ningún partido-guía ni estado-guía de la revolución mundial. Y no es azar ni consecuencia que el Congreso aprobara la crítica y condena de la intervención militar soviética en Afganistán.

Por lo demás, el Congreso planteó muchas más cuestiones que han sido relegadas al olvido. Al margen de la calidad política e intelectual de sus formulaciones concretas, las tesis aprobadas (y los propios estatutos) contienen avances interesantes y buceos en aspectos

poco explorados hasta ahora. Lo que llamamos «reconstrucción nacional» de Cataluña recibe precisiones, sobre todo en el campo institucional; se hacen formulaciones más audaces sobre la emancipación de la mujer y el problema ecológico; se lanza la propuesta de intensificar la batalla ideológica contra los valores del sistema capitalista con la perspectiva de una «cultura socialista de masas», etc. No es ésta la ocasión de examinar en detalle el contenido global de los debates y resoluciones, pero yo diría que, pese a la pobreza y polarización esterilizadora de los debates durante las sesiones congresuales propiamente dichas, el Congreso ha reflejado los esfuerzos —todavía en muchos casos voluntaristas y poco madurados— por dar respuestas a muchos problemas candentes de la crisis de civilización en que nos movemos. De algún modo, el Congreso ha sido un índice no desdeñable de la capacidad del PSUC por vibrar ante multitud de problemas.

Sin embargo, es evidente que el binomio eurocomunismo-prosovietismo se colocó en el centro de las discusiones, y que los resultados sobre este binomio tienen una significación trascendental y global, en torno a la cual me centraré en estas breves líneas.

Mi anterior afirmación de que el PSUC ni ha dejado de ser eurocomunista ni ha pasado a ser prosoviético no debe entenderse como un intento de minimizar las cosas ni de decir: «aquí no ha pasado nada». Porque en tal ca-

so, ¿a qué deberíamos atribuir la conmoción producida y las pasiones desatadas a su alrededor?

De hecho, por debajo de esa discusión alentaban varios grandes temas: la valoración de los tres años y pico de transición, las perspectivas del socialismo en España y Europa, y el papel de la izquierda y de los países socialistas en el actual recrudecimiento de las tensiones mundiales. Y por debajo de estos temas, y presente en todos ellos, otro más: la naturaleza y función de un partido comunista. El Congreso del PSUC está lejos de haber dado respuesta a estos temas, pero tiene el mérito de haberlos planteado, aunque a veces haya que «leer entre líneas» (y desde luego no los ha planteado, ni mucho menos, del mejor modo posible).

El malestar por la transición

Existía ya antes de reunirse el Congreso —patentizado en las resoluciones precongresuales, pero visible también en las reuniones del partido desde hacía muchos meses— un amplio malestar por la política anterior, considerada como excesivamente «pactista», indefinida y tendente a diluir el carácter de clase del partido y su capacidad para transformar la sociedad. Este malestar se traducía en una amplia, amplísima mayoría partidaria de una revisión autocrítica de la política anterior, revi-



sión que ya estaba contenida en las tesis y en el informe del Comité Central saliente. Este malestar obedece a causas objetivas, y especialmente al impacto psicológico de una crisis que tan duramente golpea los hogares obreros, afectados o amenazados por el paro y la erosión de su poder adquisitivo; y también a la política crecientemente agresiva y amenazadora del imperialismo en el escenario internacional. Pero obedece también al rechazo de la aquiescencia o, cuando menos, fatalista resignación que la izquierda ha mostrado en estos años ante el empeoramiento de las cosas.

Veamos un par de casos: los pactos de la Moncloa y la Constitución. Respecto a los pactos de la Moncloa —y aquí hablo a título personal, pues la actitud más generalizada es rechazarlos sin matices— cabe pensar que, incluso aceptándolos como ejemplo de iniciativa política creadora e imaginativa (que permitía a la izquierda salirse del ghetto de la mera oposición y dar imagen de responsabilidad nacional), no fueron instrumentados adecuadamente. Si en lugar de presentarlos a la opinión (y al propio partido) como una «conquista» ya lograda, se hubieran presentado como un interesante punto de partida que exigía una presión y una lucha de los trabajadores para hacer efectivas las promesas allí contenidas; y si una vez claramente violados por el gobierno, los comunistas hubieran condenado enérgicamente a éste y se hubieran proclamado desvinculados de los acuerdos, el impacto psicológico sobre los trabajadores y sobre al partido hubiera sido sin duda muy distinto (sin que por esto hubieran aumentado significativamente los peligros desestabilizadores de la democracia). No hacerlo así ha provocado que muchos comunistas, simpatizantes y otros ciudadanos hayan tenido la impresión de que se «vendía» a la clase obrera, apoyando a Suárez incondicionalmente en una operación destinada, sobre todo, a apaciguar y desarmar a los trabajadores. Que se lo digan, si no, a los militantes y dirigentes obreros que fueron a las fábricas a defender esa política.

El otro caso es el de la Constitución. Muchos no hemos entendido por qué se renunció a dar la batalla ideológica —aunque resultara meramente testimonial— en torno, por ejemplo, al derecho de autodeterminación

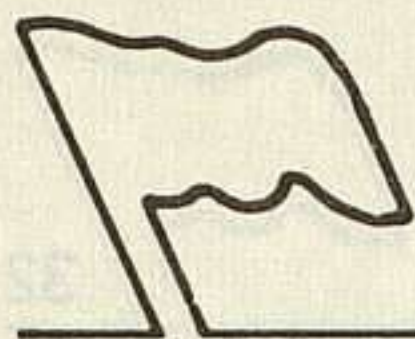
de las nacionalidades y a la «economía de mercado». Librar esta batalla no implicaba rechazar el conjunto del texto constitucional. Permitía, en cambio, dejar sentadas algunas cuestiones de principio.

Estos dos no han sido los únicos motivos de malestar, pero sí los más significativos. A ellos se han sumado otras muchas actuaciones que han ido ahondando la sensación de que se estaba sacrificando la identidad misma del partido.

Precisamente en una etapa tan difícil como la transición a la democracia, en que tan necesario era hacer una política moderada para poder intervenir políticamente sin desestabilizar la democracia, era más indispensable que nunca hacer de la política pedagogía. Un partido popular, y sobre todo un partido comunista, extrae su fuerza de la convicción de sus militantes y dirigentes, de su identificación con la política que estos defienden. Por esto, en cada formulación política hay que saber tener en cuenta no sólo la correlación de fuerzas en el país, sino también el impacto psicológico, pedagógico y moral que tendrá sobre los propios efectivos humanos. Y cuando los trabajadores se ven obligados a sufrir uno y otro ultraje, necesitan más que nunca aferrarse a su dignidad e identidad de clase, necesitan sentir que el partido —aunque pueda ser flexible— sigue siendo el depositario de su honor y de su fuerza moral. La dirección saliente —y en esto soy autocrítico, como miembro de la misma— no supo estar a la altura. El olvido sistemático de esa vertiente pedagógica y moral de la práctica política ha erosionado el nervio militante de muchos camaradas y ha sido un factor del desencanto dentro y fuera de nuestras filas (al observarse, aparentemente, que «todos los partidos dicen lo mismo», y que no hay una identidad comunista clara en el PSUC o en el PCE).

En el plano internacional, el malestar dentro del partido provenía en parte de la creciente agresividad de la derecha y el imperialismo; pero en parte provenía, también, de la manera precipitada y obsesiva en que se ha sometido a crítica a la URSS y otros países socialistas. Aquí el error ha sido el mismo: olvidar o menospreciar la componente pedagógica, pues en España el comunismo se ha formado y ha crecido con un peso moral muy fuerte de la

partido



Unión Soviética (en el que sin duda influye la memoria histórica del hecho de que fuera el único país, junto con México, que ayudó a la República). La necesaria independización política e intelectual del comunismo español respecto del soviético debía tener en cuenta esta sensibilidad y proceder con la debida cautela, procurando que la masa del partido fuera asumiendo este distanciamiento. La manera abrupta de proceder, en busca de impacto publicitario, en lugar de ayudar a esa asunción la ha dificultado. La resistencia atávica a abandonar viejas certezas, reforzada por la necesidad de puntos de referencia sólidos (y la URSS, por lo menos, existe, es una potencia económica, militar, etc.), se ha tomado la revancha.

En suma, muchos factores han convergido para convertir el Congreso del PSUC en algo explosivo. Al malestar por la derechización de la política anterior (que, según creo, era ampliamente mayoritario en el congreso y en el conjunto del partido), se ha juntado el rechazo de lo que pudiera significar pérdida de las señas de identidad del partido y de una crítica obsesiva a la URSS (que se podía interpretar también como un abandono de las señas de identidad). A todo esto hay que añadir una crisis de confianza, sin precedentes, entre la base y la dirección. Una parte sustancial de la base (sobre todo de la base obrera) no estaba ya dispuesta a hacer ninguna «concesión», ni siquiera en el lenguaje, y deseaba infligir a la dirección saliente una derrota capaz de lograr «garantías» de algún cambio. En ese clima, la palabra «eurocomunismo» se identificó con derechización, pérdida de sustancia comunista y política internacional «vacilante»: se convirtió en un símbolo.

El 5.º Congreso ha colocado al PSUC —y al PCE— en una posición difícil; ha puesto en evidencia una brecha peligrosa entre los equipos dirigentes y su base; y aunque ha planteado muchos problemas básicos, lo ha hecho de manera desviada y con apasionamientos insanos. Ojalá el intento de golpe de estado ayude a centrar más las cosas. Pero no debería tampoco servir para ofuscar una discusión necesaria con argumentos superficiales. Los comunistas catalanes y los de toda España nos jugamos mucho, a corto plazo y a largo plazo.





Reflexiones sobre el V Congreso del PSUC

Antoni Gutiérrez Díaz

LA celebración, el curso de las sesiones y el resultado del V Congreso del PSUC han sido, sin duda, un impacto global en la opinión pública catalana, española e internacional, que no pueden negar ni los más fervientes defensores de la «normalización» postcongresual.

El sensacionalismo, la instrumentalización intencionada de la interpretación del proceso y los resultados y las lecturas superficiales, no pueden argüirse como pretextos para minimizar la verdadera dimensión de las enseñanzas que se desprenden de este acontecimiento. Y eso porque la importancia del V Congreso del PSUC puede contrastarse a partir de elementos políticos reales y objetivos que autorizan, legítimamente, el intento de elaborar interpretaciones críticas que permitan comprender la exacta dimensión de lo sucedido.

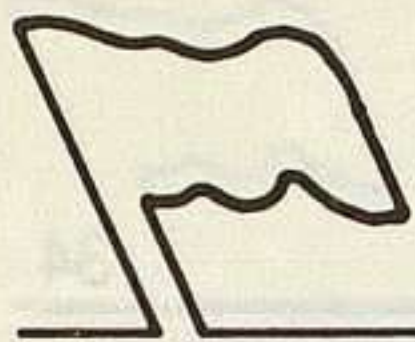
Cierto es que el proceso pre-congresual adquirió un carácter de debate pleno, abierto y democrático, en el que la dirección saliente no intervino con la beligerancia tradicional en la defensa de las posi-

ciones aprobadas en el Comité Central.

Cierto, también, que la situación política internacional, española y catalana, con la crisis de civilización como fondo y la ofensiva de la derecha, impregnó el clima del Congreso de una sensación de frustración que invitaba al desánimo o a la crispación. Ciertamente, también, que los errores políticos de la dirección saliente, las tendencias a moverse fundamentalmente en el terreno de la política sobreestructural y la falta de una comunicación suficiente con el conjunto del partido estimulaban en los delegados el deseo de imprimir una presión crítica que corrigiese estos defectos.

Pero estos elementos condicionantes, de importancia indudable, eran, a la vez, las vías de expresión de una confrontación de fondo que es preciso intentar valorar en su justa medida para comprender los resultados del Congreso, la significación de los contenidos contradictorios aprobados, y establecer una hipótesis prospectiva de superación.

partido



El V Congreso y las confrontaciones de fondo

El proceso de readaptación del PSUC a una estrategia eurocomunista ha de entenderse a partir de lo que es el propio partido, en función de su historia singularizada.

La reorientación estratégica y la readaptación organizativa se dan en un partido con 45 años de historia que, si bien arrancan inicialmente de una fundación que representaba la fusión de cuatro partidos políticos, no es menos cierto que la dinámica generada por la guerra civil española y los acontecimientos que caracterizan el período posterior al 39 conducen el partido a una rápida identificación con el proceso general de los partidos comunistas a nivel internacional, no sólo por la inmediata correspondencia que se establece con el PCE, sino también por el propio ingreso del PSUC en la III Internacional.

El primer Secretario General del PSUC, Joan Comorera, jugó un papel muy importante en lo que algún estudioso ha llamado el proceso de «bolchevización» del PSUC.

La participación del PSUC en la política de frente popular y los planteamientos unitarios inherentes a esta política, no escapan de las concepciones tácticas e instrumentales que la supeditación internacional imprimía a todos los partidos comunistas.

Los cambios iniciados en la política de los comunistas españoles a mediados de la década de los 50, pese a que condujeron al PSUC a la consecución de éxitos políticos que le llevaron a jugar un papel importante en la dirección de la lucha por las libertades nacionales y democráticas de Catalunya, no se acompañaron nunca de una

rigurosa asunción por el conjunto del partido e, incluso, por una parte del núcleo dirigente. La política de reconciliación, la condena de la invasión de Checoslovaquia por la URSS en el 68, o la más reciente entrada de las tropas soviéticas en Afganistán, para sólo utilizar tres ejemplos, representaron momentos de tensión que expresaba hasta qué punto el proceso de asunción global de la estrategia eurocomunista venía condicionado por la persistencia en el partido de una concepción que no había asumido los nuevos planteamientos revolucionarios.

En el terreno de la organización del partido, la concepción del partido de masas convivía con la concepción del partido de cuadros. La idea del partido-guía seguía viva, a pesar de la aceptación de la marcha al socialismo con pluralidad de partidos.

El nexo de unión sobre el que se mantenía viva esta confrontación solapada era la voluntad revolucionaria insobornable del partido. Este hecho y el planteamiento de actitudes superadoras en los momentos de conflicto, muchas veces por la vía de la ambigüedad, habían permitido abordar la situación como un proceso y mantener, a veces de forma muy precaria, el marco de una política de integración, tanto más cuanto que en el desarrollo concreto de la práctica política del partido —aún acepta la estrategia global eurocomunista— despuntaban confrontaciones importantes, en algunos casos tal vez fundamentales.

Ha sido en el curso de la preparación del V Congreso, en el marco de los acontecimientos más arriba señalados, que las concepciones dogmáticas, revitalizadas con sangre joven y elaboradas en una sistematización teórica, han salido

a la confrontación —legítima, todo hay que decirlo—, y en el debate democrático del V Congreso, utilizando, es cierto, procedimientos no siempre congruentes con su pretendida ortodoxia, consiguiendo aceptaciones con base organizativa que daba a ciertos sectores del Congreso una imagen de uniformidad disciplinada que llegó incluso a proyectarse sobre la decisión de voto en el momento de la elección del Comité Central.

No aceptar esta realidad evidente no sólo sería falsear la verdad, sino limitar las posibilidades de comprensión de los resultados e impedir plantearse con rigor y voluntad de superación la situación de excepcionalidad reconocida por el propio Comité Central salido del V Congreso.

Consecuencias generales y elementos contradictorios

El V Congreso ha aprobado, a través del informe político, las Tesis y los Estatutos, una orientación fundamentalmente eurocomunista. Pero, al mismo tiempo, ha introducido en el marco general de esta política elementos de la propuesta dogmática confrontada. Elementos que desbordan la ambigüedad para constituirse en puntos de referencia contradictorios y con voluntad de abrir un proceso que tiende a la desnaturalización de una estrategia y a la consolidación de posiciones desde las que anclar el partido en el pasado.

En realidad, el congreso ha roto los límites máximos de la política de integración. De ahí la justeza de calificar de excepcional la situación creada.

La identificación precisa de los elementos contradictorios introducidos en el Congreso en la política

del PSUC es fácil de hacer estudiando las enmiendas aprobadas. En resumen, pueden encuadrarse en cuatro puntos que, a su vez, representan una lógica contradicción con la política del PCE aprobada en el IX Congreso.

El primero de ellos se refiere a la supresión del término «eurocomunista» de las Tesis, término que empleado como concepción estratégica global constaba en el informe del Comité Central saliente y había sido defendido como cuestión política fundamental en el resumen de la discusión de dicho informe y aprobado en la votación subsiguiente.

La supresión del término *eurocomunista* se convirtió en un punto de referencia de la confrontación y los argumentos en favor de su supresión aducían una falta de rigor del término o una identificación con una pretendida derechización de la política del partido. Ambas cosas difícilmente podrían justificar una decisión política de tanta trascendencia si detrás de la eliminación de la palabra no se pretendiera atacar el concepto. Por una parte, la palabra «eurocomunista» se ha generalizado como signo de identidad, dentro y fuera del partido, de nuestra estrategia global. Ya el IX Congreso del PCE la utilizó, no sin discusión, en la resolución quinta. El PCI la ha incorporado plenamente en las tesis programáticas de su XV Congreso, y el propio PSUC la había legitimado en su III Conferencia con un solo voto en contra. (Aquí cabría añadir que el informe del Comité Central al Congreso fue aprobado por el Comité Central saliente sin ningún voto en contra y con sólo dos abstenciones).

Por otra parte, en el sector que había teorizado la confrontación a la estrategia eurocomunista, la supresión de la palabra se pretendía



partido

acompañar de la sustitución del concepto «socialismo en democracia» por el de «democracia socialista».

A nadie puede escapar la envergadura política que adquiere la supresión del término, la contradicción que establece entre informe y Tesis y la ambigüedad inaceptable en que sitúa nuestra concepción estratégica global.

El segundo punto incide frontalmente en nuestra concepción de *partido independiente* y, en consecuencia, en nuestras posiciones en política internacional. Tanto en el informe del Comité Central como en las Tesis se subraya enfáticamente esta independencia, acompañada de la propuesta concreta de impulsar la creación de un frente por la paz, mientras que en el plenario del congreso se aprobaba una enmienda que textualmente dice: «La confrontación entre los países socialistas y el imperialismo es una de las principales manifestaciones de la lucha de clases a nivel internacional»; formulación que no sólo lleva a aceptar la confrontación internacional como algo normal e inevitable, sino que, consecuentemente, ha de conducirnos a la alineación con el bloque encabezado por la URSS y, por tanto, a supeditar nuestra política, es decir, a abandonar nuestra independencia.

Parecidas consideraciones pueden hacerse a la enmienda aprobada sobre el carácter dado al desmantelamiento de las bases norteamericanas en España.

Un tercer punto hace referencia a la concepción del *partido nacional catalán*, como signo de identidad del PSUC, que se pone en cuestión al confrontar al planteamiento tradicional del PSUC de defensa de la cultura catalana, con pleno respeto a las expresiones culturales de inmigración, una en-

mienda desnaturalizadora que define la cultura catalana como suma de culturas.

El cuarto punto, que parte de la lógica tradicional de la concepción dogmática, afecta a la naturaleza del partido como *partido de masas*. Se ha tratado de introducir en los Estatutos una concepción restrictiva de la militancia, propia de un partido de cuadros, llegando a aprobarse una enmienda que exige, para conservar la condición de militante, la asistencia regular a las reuniones. Indudablemente, el conjunto de las enmiendas aprobadas, que se desprenden de una concepción global y articulada distinta a la que informó la elaboración del informe y de las Tesis, compromete cualitativamente el rigor de nuestras concepciones de fondo y permite comprender plenamente la trascendencia de los resultados del V Congreso.

Se comprende, por tanto, que desde la dirección del PCE se haya despertado una preocupación ante la posible vulneración de lo que establecen los compromisos estatutarios existentes entre los dos partidos, ratificados por una larga tradición de respeto mutuo.

La situación de excepcionalidad

Hay que aceptar, por tanto, la justeza de la afirmación que hace la declaración del Comité Central del PSUC, en su reunión de los días 10 y 11 de enero, al calificar la situación de excepcional. Tanto más cuanto que a las contradicciones señaladas y a la situación de conflicto que se ha abierto en las relaciones entre el PCE y el PSUC hay que añadir el dato significativo del resultado de algunas votaciones que se dieron en el pleno.

Un congreso requiere, para do-

tar de una estrategia y de una política a un partido, que las propuestas sean aprobadas por una amplia mayoría que exprese un nivel de homogeneización suficiente para garantizar la unidad del partido. Y esto no fue así en el V Congreso del PSUC. Valgan como ejemplo la votación del informe del Comité Central saliente y la de la propuesta de eliminación de la palabra «eurocomunismo» de las Tesis. En el primer caso, la suma de los votos negativos y las abstenciones dan una diferencia con los votos positivos de 59. En el segundo caso, la diferencia es de 44. No se trata de descalificar cuantitativamente los resultados, sino de valorarlos cualitativamente en función de la unidad y la homogeneidad del partido.

Este comentario no puede llevarnos a la simplificación mecánica de que los delegados del Congreso estaban divididos casi al cincuenta por ciento en relación a la confrontación de fondo. Esta es, sin duda, un punto de referencia fundamental, pero una lectura rigurosa de las votaciones exigiría una referencia a los condicionamientos generales en los que se ha dado el congreso y en medio de los cuales se desarrolló la acción organizada de las propuestas dogmáticas.

Debate y perspectivas de superación

La reunión del Comité Central del PSUC de los días 7 y 8 de febrero ha aprobado un informe del Comité Ejecutivo que intenta orientar el debate entre los militantes sobre los términos concretos de las enmiendas consideradas contradictorias. Se abre con ello para el PSUC un proceso que debiera llevarle a la plena *recuperación de la unidad en el marco in-*

El IV Congreso del PCE-EPK y el eurocomunismo

Roberto Lertxundi



A finales del mes de enero, tenía lugar en Bilbao el IV Congreso del PCE-EPK, el partido de los comunistas vascos.

Un congreso en torno al cual se concentraron muy diversas expectativas, derivadas tanto de los resultados del reciente 5º Congreso

del PSUC, como de la situación de la izquierda en Euskadi y en particular de los comunistas, con una progresiva pérdida de influencia en

nuestro país, pese a ser en número de afiliados y en capacidad organizada el segundo partido vasco.

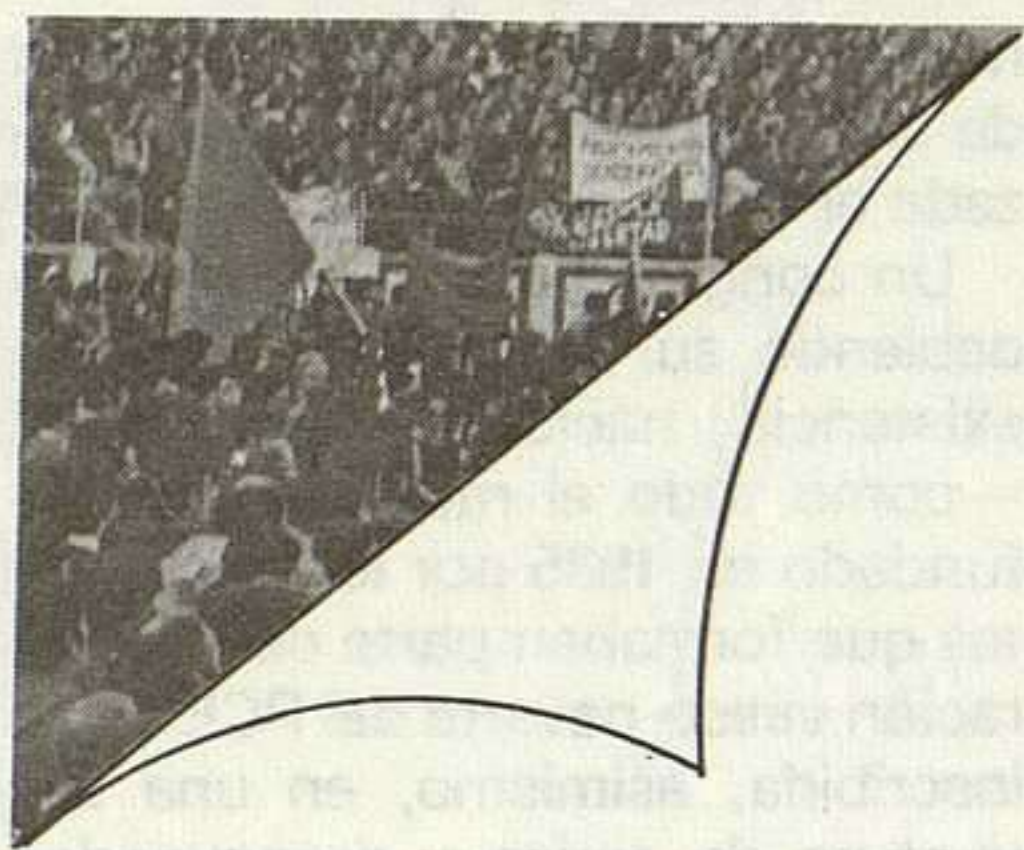
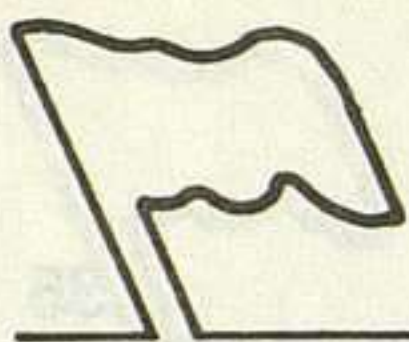
Un congreso de un partido que debiendo su origen y raíces a la existencia nacional de Euskadi —como todo el mundo sabe fue fundado en 1935 por los comunistas que formaban parte de la federación vasco-navarra del PCE—, se inscribiría, asimismo, en una coyuntura de serias y preocupadas reflexiones para el conjunto de los comunistas españoles.

Inquietudes comunistas

Porque lo cierto es que los comunistas estamos preocupados; tanto por la magnitud de los problemas que se entrelazan en el momento actual (aumentos de la tensión internacional, del militarismo agresivo, incapacidad de una respuesta desde la izquierda a la progresiva derechización de UCD en todos los terrenos, en el marco de una durísima crisis económica que descarga sus efectos fundamentalmente sobre los trabajadores), como por la convicción de que es preciso analizar críticamente la política que hemos realizado, la que venimos realizando, y el tipo de partido que tenemos y que necesitamos.

Toda una serie de reflexiones, que nos son comunes a todos los comunistas, que se concentran en esta coyuntura, y para cuyos desarrollos y profundizaciones hay que buscar los marcos más adecuados, que permitan, con plena libertad, canalizar y expresar los puntos de vista existentes al respecto.

Porque la coyuntura es complicada, con muchos matices que no permiten análisis esquemáticos. A lo largo de nuestras reflexiones, las de los vascos y las de los demás



comunistas españoles, nos hemos podido percatar de que es muy fácil equivocarse, de que la gravedad de la situación puede conducir a buscar refugios en los grandes principios —sean o no correctos— y en las autojustificaciones. Tendencia que corre el riesgo de agudizarse frente a evidentes intentos de desnaturalización de nuestra estrategia eurocomunista. «Refugios seguros» que, sin duda ninguna, al aceptarse de manera acrítica, contribuyen poderosamente a reforzar esa desnaturalización que tratamos de evitar.

Por eso el conjunto de nuestras reflexiones, discusiones y debates, no puede quedarse en el nivel de los principios: la mejor —y quizás la única— defensa del eurocomunismo consiste en no rehuir la permanente confrontación con la realidad en todos los terrenos, en nuestras concepciones, en la plasmación política de los mismos, en el tipo de relaciones que como partido establecemos con los trabajadores y el conjunto de la sociedad. Confrontación con la realidad, tanto en el reconocimiento de las insuficiencias y los errores cometidos en el período de la transición —derivados, en mi opinión, sustancialmente de la unilateralidad de la política dirigida al «Estado» y no a la sociedad civil—, como en el tipo de partido, en el tipo de PCE que hemos ido construyendo.

De ahí que la «reafirmación» del eurocomunismo puede convertirse, si no se abordan con todo rigor y seriedad estas cuestiones, en su propia «negación».

Un congreso autocrítico y renovador

El IV Congreso del PCE-EPK ha intentado colocarse, con la modes-

tia que le debe corresponder, en esta dimensión. Ha trabajado sobre estos temas, centrando sus análisis políticos en estas cuestiones.

Ha sido un congreso profundamente autocrítico —como no podía ser de otra manera en un país en el que la izquierda ha cedido progresivamente el terreno, tanto en relación con otros períodos históricos, como con el arranque mismo de la transición política— y profundamente renovador con la convicción de que la política y las formas de llevarlo a cabo, han de cambiar, adecuándose a la realidad y a las exigencias de nuestro pueblo.

Estos dos guiones básicos —autocrítica y renovación— han dado plena coherencia a las discusiones —apasionadas y polémicas en muchos casos— y acuerdos del congreso.

Y sobre esas bases, la estrategia eurocomunista (que es nuestra política, nuestro proyecto global y no el patrimonio de esta o aquella corriente) ha cobrado toda su validez al aparecer como un permanente acicate para seguir avanzando —en nuestro país pararse es retroceder— con la imprescindible convicción en los objetivos del socialismo en libertad, en la transformación democrática de la sociedad con el apoyo y el protagonismo de la mayoría.

El partido eurocomunista

Y también porque la reafirmación del eurocomunismo —que en mi opinión exige su reformulación política, (en la manera de realizar nuestra práctica, ante los cambios evidentes que se dan en nuestro país en la coyuntura actual si tenemos en cuenta la situación existen-

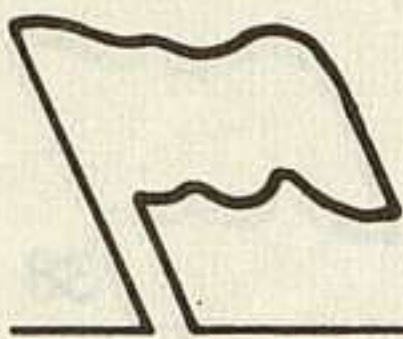
te cuando hace 6-7 años se empieza a formular con coherencia la estrategia eurocomunista)—, los comunistas vascos la hemos intentado llevar *al concepto mismo de partido*, al señalar que también el partido como organización debe de ser eurocomunista. En este terreno hay mucho que avanzar; porque estamos obligados, sin duda, a romper la inercia de una poderosa tradición que ha hecho de los partidos comunistas el objetivo final de su propia actividad.

Por ello resulta preciso recuperar el concepto y el carácter «instrumental» del partido; concepción que nos ha de llevar al establecimiento de unos sólidos vínculos con los movimientos sociales de carácter democrático y revolucionario y que da también pleno sentido a la estrategia de unidad de la izquierda, a nuestra propuesta de «nueva formación política» que supera con mucho los límites coyunturales de la política de alianzas. Si por el contrario, todo esto no avanzara en esta dirección, la propuesta de revolución de la mayoría puede quedar vacía de contenido.

Estos planteamientos, que no son originales, pero si necesarios, que ha realizado el IV Congreso del PCE-EPK, junto a las propuestas políticas que la realidad de Euskadi reclama, se inscriben en la perspectiva —no por abordada suficiente—, de democratización y renovación del PCE.

El funcionamiento de la dirección —autocríticamente analizado por el congreso—, la capacidad de expresión de las minorías y el conjunto de los afiliados y militantes, el impulso descentralizador con el correlato del aumento de capacidad e iniciativa por parte de las organizaciones locales y de empresa, la necesidad de organizar los sectores de profesionales e intelect-

partido



tuales, la vinculación de la dirección con el conjunto del partido, estableciendo los imprescindibles canales de comunicación y consulta, la propuesta de que no sea un tema cerrado la federalización del PCE (que entendemos imprescindible para responder correctamente a las demandas de la sociedad española, que ha experimentado profundos cambios), son también planteamientos que en la dimensión propia del partido, significan la afirmación, desarrollo y profundización del eurocomunismo.

Resulta claro que la estrategia política y los modos de llevarla a la práctica han de ser plenamente coincidentes. Y cuando somos capaces de colocar las cosas en este terreno, el eurocomunismo apare-

ce lleno de coherencia, capaz de despertar apoyo y entusiasmo, aparece como la única estrategia que puede abrir la perspectiva de un horizonte de cambio, de profunda transformación social.

El PCE-EPK ha tratado de colocarse en esa tesitura. Y ha centrado también sus reflexiones en la necesidad de abrir y desarrollar la estrategia de la unidad de la izquierda con todas sus consecuencias, tanto en el terreno político como en el orgánico, muy conscientes de que uno de los aspectos principales de fortalecimiento del partido —cuando menos en Euskadi—, consiste en abrir vías a su propia transformación.

De ahí que, al coincidir nuestras reflexiones con las del conjunto de

los comunistas españoles, al convertirse el IV Congreso en un punto de encuentro de las cosas que comúnmente nos preocupan, nos hemos situado en el campo de la aportación, desarrollo del X Congreso del PCE, que es muy importante para todos nosotros, para discutir colectivamente y de la misma manera decidir, sobre nuestra política y nuestro funcionamiento. Un congreso que habrá de buscar el fortalecimiento del partido a través de propuestas de profundización y de cambio. Hemos de conseguir, como se ha comentado en nuestro congreso, colocarnos en la dimensión necesaria de «fortalecernos para cambiar, cambiar para ser fuertes». □

tpc

La revista **bimensual** de los Técnicos, Profesionales y Cuadros en COMISIONES OBRERAS

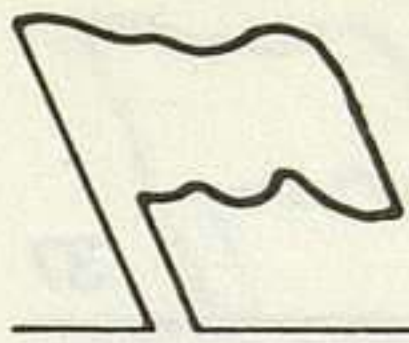
En su número de febrero-marzo

- José María Ryan.
- Reestructuración de la siderurgia integral.
- Calvo Sotelo y Mercado.
- El país no es la prensa de la calle.
- La subida de las tarifas eléctricas.

- Problemática actual de la ingeniería biomédica en España.
- La crisis cultural de nuestro tiempo.
- Consecuencia de las nuevas técnicas de informática en los trabajadores de banca y seguros.

renueva tu suscripción (1 año: 500 ptas.)

Secretaría de Técnicos y Profesionales de CC.OO.
Fernández de la Hoz, 12, planta 6.ª, Madrid-4



Sobre «La España que bosteza»,
De J. L. Cebrián

Del entusiasmo hacia la confianza, pasando por el mundo

Para Juan Luis Cebrián la transición sigue una secuencia que se inicia con la expectación, pasa por el entusiasmo, cansancio, decepción, y llega al miedo en nuestros días. Afirma que ante este estado de cosas es necesario devolverla ilusión y la confianza a los españoles.

Y para ello, ofrece una reflexión crítica sobre las carencias y frustraciones de la transición, a lo largo de un centenar y medio de páginas. El libro concluye con un llamamiento a que se haga lo que no se hizo, so pena de que, o no se haga nunca o lo hagan otros.

Carlos Alonso ZALDIVAR

Se ha dicho del libro que es «elitista», punto de vista que no comparto. Creo que sintoniza con el estado de ánimo de sectores amplios de la opinión pública. Por la selección de temas, por la manera que se tratan y por las críticas abundantes hacia la «clase política». Críticas que también valen en algunos casos al propio texto. Pero vayamos por partes.

Muchas cosas para estar de acuerdo

Así ocurre con lo que se dice sobre *la enseñanza*, reivindicando puestos escolares públi-

cos y gratuitos para todos, criticando las subvenciones selectivas a la enseñanza privada y el papel de la Iglesia en todo esto. Lo mismo al denunciar *la corrupción* en RTVE, en la Seguridad Social o en la Administración Pública; los atentados a la *libertad de expresión* y el resurgimiento de formas de *censura*. Y cuando se habla claro del *poder judicial* —los jueces de la democracia no pueden ser los mismos que los de la dictadura—, la *policía* —los policías franquistas son potenciados y los demócratas reprimidos, mientras miembros de las FOP pagan con su vida la extensión del terrorismo— la insensibilidad ante las denuncias de *torturas*, la *lenidad del poder civil ante extralimitaciones de algunos militares*. Con temas, no

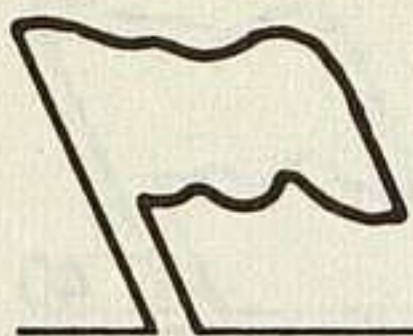


menos importantes o populares, ante los que se pronuncia positivamente, como el divorcio, la legalización del *porro*, o la necesidad de un debate nacional sobre el *aborto*.

Muchas de estas consideraciones están acompañadas de críticas a la riqueza, pero no creo que la respuesta desde este campo deba ser la susceptibilidad o el defensismo, sino el estímulo para que se promuevan más esos puntos de vista.

Otras en que el acuerdo es menor: las autonomías

Se destacan los peligros que acechan y los errores cometidos. Nada que objetar a esto. Pero sí, a la ausencia de un pronunciamiento de fondo sobre la conveniencia o no de lanzarse a la gran tarea de construir el Estado de las



Autonomías. Aún dándola por buena, no vale la respuesta de que todavía nadie ha explicado claramente qué es esto. La cuestión subsiste: ¿se reclama esa respuesta o se descalifica la idea?

Teme Cebrián que las autonomías traigan viejos caciquismos y nueva burocracia. Temor fundado. Pero conservador si no se aprecia también que las autonomías pueden abrir paso a gobiernos locales de las fuerzas populares y abrir vías para transformar a mejor la Administración Pública.

La opción es: promover las autonomías con la perspectiva —difícil, sí, pero posible—, de transformar el Estado y fundamentar una nueva y más sólida unidad de España, o encarlarlas como un mal menor inexorable.

Reconocer el *derecho* de *todos* los pueblos a autogobernarse o ceder cuando *algún* pueblo demuestra *poder* suficiente para impo-

ner su autogobierno. *Todos*, porque es un problema de historia, pero puede serlo de subdesarrollo también. Quizá es mejor corregir diferencias de renta antes de hablar de autogobierno. Pero en la realidad, Andalucía y Asturias, por citar dos ejemplos, están dando sus mejores batallas contra el paro y por el desarrollo bajo banderas autonómicas.

La política exterior española

Aquí cabe hacerle al libro de Cebrián una crítica que él dirige a los partidos de izquierda: jugar a los silencios, no resistir a los poderes fácticos, no tomar más en consideración las aspiraciones del pueblo.

Así, por ejemplo, en los temas *africanos*: está mucho más claro su silencio sobre el Polisa-

rio y sobre la RASD, que los equilibrios que recomienda entre Rabat y Argel. Y lo mismo pasa con su silencio sobre Palestina y la OLP frente a la reclamación de restablecimiento de relaciones con Israel.

Para Europa define el horizonte de «no tener en todo y para todo una política exterior subsidiaria de USA». Propuesta tan estrecha que no se sabe qué horizonte le deja a España. Las posibilidades internacionales de nuestro país por una vía de no alineamiento a partir de nuestros lazos con los pueblos árabes y sudamericanos, quedan veladas por otro transparente silencio. Y tras una impecable argumentación sobre los problemas que acarrearía a España y a la paz mundial nuestro ingreso en la OTAN, se afirma que «todo lo anterior no quiere decir necesariamente que España no deba entrar en la OTAN».

Algo que parece inspirar partes del libro de Cebrián es la idea de que para construir algo nuevo, la política no puede limitarse a estar eligiendo siempre «el mal menor»; aspirar al «bien mayor» es necesario. Si es así, comparto plenamente esta idea que también es aplicable a la política internacional.

El meollo de la transición

Al llegar al meollo de la transición se imponen una serie de clarificaciones. En tres páginas densas, Cebrián dice cosas como las siguientes (refiriéndose a la situación tras las elecciones del 77):

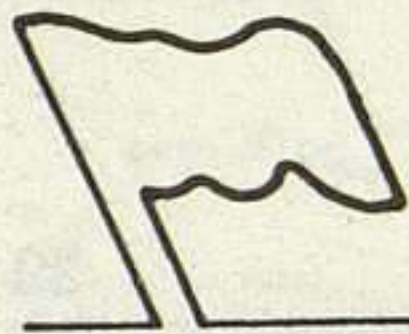
«Adolfo Suárez tenía un partido lleno de tensiones y no contaba con la mayoría parlamentaria... pero su resistencia a crear, como hubiera sido preciso y razonable, un gobierno provisional de concentración o al menos una coalición con el Partido Socialista, le llevó a la utilización del aparato del Estado como soporte de su partido...»

Un poco más adelante continúa:

«Tras las elecciones el PSOE tenía fuerza, y la UCD debilidad suficientes como para que los socialistas, hubieran exigido formar parte de un gobierno...»

Y casi a renglón seguido:

«Fue entonces..., cuando Carrillo y Suárez se inventaron los pactos de la Moncloa... que



constituyeron a corto plazo un verdadero suicidio político de la oposición».

En estos párrafos se tratan cuestiones que se discuten todavía muy vivamente en la izquierda española. En muchos casos estas discusiones se dirigen más a descalificar o ensalzar personas que a sacar criterios políticos para el futuro. El texto de Cebrián no escapa a este estado de cosas y lo resuelve por la vía de la ambivalencia.

Suárez

La crítica a Suárez lo exculpa ante los ataques de su derecha que son los que teme. La crítica implícita al PSOE por no haber reclamado su presencia en el gobierno, queda clara, pero implícita. Y el PCE parece estar frustrando la oportunidad de acceso al poder de la oposición; al menos para quien no recuerde que fue el PCE quien primero reclamó la presencia del PSOE en el gobierno y después la formación de un gobierno de concentración. Clarifiquemos.

¿Cuál fue el papel de Suárez? Suárez encabezó la operación de trasplantar la hegemonía de la burguesía española a un contexto democrático. Algo antiguo en Europa pero irresuelto en España. Arriesgó y ganó la primera fase — hasta las elecciones del 77 —, pero no se atrevió con la segunda. Esta implicaba meter al PSOE en el gobierno durante el período constituyente, para desembarazarse posteriormente de él. Tuvo más medios por la izquierda que por la derecha, y a la postre fue la derecha de siempre quien le trasplantó a él. Así paga, de momento, su error personal. Y así, sigue abierto el drama de España con una burguesía incapaz de gobernar democráticamente.

¿Gobierno o pactos?

¿Cuál fue el error del PSOE? Claro y grave: no intentar a fondo, en aquella coyuntura, entrar al gobierno. Mucho más tarde lo ha intentado, pero entonces se equivocó: otro gallo cantaría hoy a la democracia española y al propio PSOE si en el 77 hubiera entrado al gobierno (y ese gallo no hubiera puesto las cosas más fáciles a los comunistas). Ese mismo error se prolongó en la pasividad del PSOE en los

Pactos de la Moncloa y en su desinterés por reclamar fórmulas ejecutivas para el control de su aplicación.

¿Qué responsabilidades tiene el PCE? Salvó la suya en la cuestión del gobierno que debía formarse y comparte las derivadas de los Pactos de la Moncloa. Estos Pactos, como todos, produjeron beneficios y costes para cada uno de los pactantes. ¿Quién puede hacer las cuentas detalladas? Sólo el pueblo a través de los votos y así lo hizo en las elecciones del 79 de resultados conocidos.

De todas formas permanece una pregunta: «¿Debieron firmarse?». En el propio seno del PCE hay una opinión negativa basada en que «no había condiciones objetivas». Este término significa en marxismo, lo que trasciende de las actitudes y voluntades personales o colectivas. Las «condiciones objetivas» en la firma de los Pactos de la Moncloa eran los hechos derivados de la crisis económica (inflación, paro, etc...) y los hechos derivados del cambio político (inadecuación de leyes, instituciones y aparatos del viejo régimen). Esos hechos no los podía superar la izquierda sin estar en el poder y, por tanto, tenía que pactar con quien lo tenía si quería hacerles frente. Esos hechos se siguen dando ahora y por eso sigue vigente la necesidad de acuerdos para hacer frente a la crisis y consolidar la democracia.

¿Otros aspectos iguales?

Aquí es donde entran en juego otras condiciones, en este caso «subjetivas». El incumplimiento gubernamental de los Pactos de la Moncloa, puso de manifiesto que la izquierda no puede pactar con la derecha en el poder sin lograr previamente un nivel de colaboración en su seno, que impida a la derecha explotar en su favor las diferencias entre las fuerzas de izquierda. Como pudo hacer e hizo la derecha para no pagar su parte de la factura de la Moncloa. Esta es, pues, una piedra en la que no se puede tropezar dos veces.

Y otra es que cualquier pacto no puede hipotecar — ni expresa ni tácitamente —, el derecho de los pactantes a intervenir democráticamente, a presionar y movilizarse, para lograr el cumplimiento de lo pactado. Ni su plena libertad de actuación ante todo lo que no sea materia expresa del pacto.

Cuando Cebrián dice que los Pactos de la Moncloa constituyen un suicidio político, añade «y no porque no fueran útiles o necesarios, sino porque el PSOE dio en ellos mucho a cambio de nada...»

Si los pactos fueron útiles y necesarios, no podían suponer un suicidio de la oposición (que, por otra parte, sigue viva). Y si los pactos tuvieron costos importantes para la oposición (lo cual es muy cierto) no fue porque el PSOE diera mucho o poco, sino porque PSOE y PCE no lograron la colaboración necesaria entre ellos para presionar conjuntamente hasta que UCD diera todo, absolutamente todo, lo que había pactado.

Si lo anterior no da cuenta de todos los costes que pagó la oposición, el resto no se debe a los Pactos de la Moncloa, sino que la oposición acertó a actuar de la mejor manera en tantas otras cosas que no se habían pactado.

Lo que sí puede representar un suicidio político de la oposición en este país es negarse por principio a pactos para hacer frente a la crisis y transformar el Estado. Por ese camino, la oposición se iría debilitando y retrocediendo paso a paso. Lo que necesita es aunar fuerzas tras una perspectiva unitaria de avance para resistir y lograr que el adversario tenga que caminar por ella.

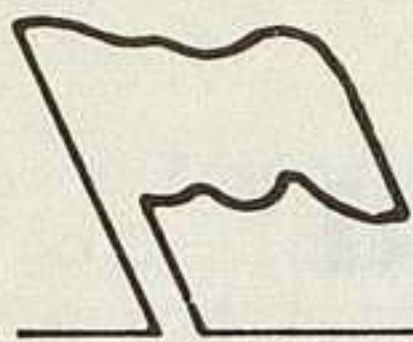
El terrorismo

La condena de Cebrián es clara y expresa para todos los terrorismos. Las diferencias entre una ETA con respaldo electoral y unos grupos «negros» con puntos de complicidad en el aparato represivo, no alteran la condena.

Señala cómo los terroristas aprovechan los residuos franquistas en las fuerzas de seguridad para enervarlas y que las torpezas en la represión del terrorismo provocan apoyos a éste. Deja bien claro que cualquier crítica a la policía debe hacerse desde el reconocimiento del alto precio en vidas que está pagando.

Sobre las soluciones dice que no pueden ser estrictamente policiales y que las leyes anti-terroristas no resultan hasta el momento eficaces. Prevé que las solidaridades y apoyos que todavía tiene el terrorismo disminuirán. Una vez más prevalece el acuerdo.

De todas formas hay algo que añadir. Atajar



democráticamente el terrorismo es difícil. Incluso es difícil decir lo que hay que hacer para ello. Pero resulta imprescindible, pues de otra forma se da una sensación de impotencia de la democracia; lo que buscan quienes predicán el terrorismo de Estado como remedio al terrorismo existente.

Al terrorismo fascista se le hace frente como en Italia, con una depuración de los elementos que lo amparan en los aparatos represivos y de justicia. O se hace eso o la alternativa puede ser un Príncipe Borghese. Esas medidas están facilitando también los resultados contra el terrorismo de las Brigadas Rojas.

La lucha democrática contra el terrorismo de ETA exige lo anterior, pero no basta. Sus raíces arrancan de la siembra de violencia que hizo en Euskadi el franquismo. Ha crecido como una planta degenerada del nacionalismo tradicional. Y tiene el abono de un capitalismo en crisis que esparce paro y violencia.

Hay que combatir todo esto. Con medidas políticas e iniciativas ideológicas que aislen a los terroristas. Con medidas sociales para que los jóvenes tengan otra alternativa, entre el paro que les ofrece el sistema y las pistolas que les regalan los terroristas. Con medidas policiales que prevengan y contesten la acción terrorista. Con medidas diplomáticas que dificulten el suministro de armas y dinero.

Pero también en este tema hay que decir que la política es algo más que leyes y aparatos y que la intervención popular directa es imprescindible para derrotar democráticamente al terrorismo.

Una ausencia notable: la cultura

Se trata de una ausencia relativa, pues el texto tiene párrafos brillantes en que se describe «la sociedad permisiva», la «democracia vital», la «revolución de las costumbres», que apuntaban en los primeros tiempos de la transición. Luego se dice que esta ilusión no duró mucho. Pero se echa en falta una reflexión crítica más a fondo sobre la gran carencia y frustración que ha producido la transición en el terreno de la cultura.

La ausencia de esta reflexión seria y serena está produciendo un peloteo de críticas parciales y crispadas entre diversos sujetos so-

ciales —intelectuales, profesionales, artistas, partidos de izquierda, algunos movimientos—, todos los cuales resultarían autocriticados en alguna medida si se hiciera. Parece que se teme más el aceptar la parte de crítica que toca a cada uno, que el peligro de que se imponga una hegemonía cultural conservadora, con lo cual sí terminaríamos volviendo a leer a escondidas y haciendo el amor a oscuras.

Es necesario que los hombres y mujeres del campo de la cultura presentes en los partidos de izquierda, incidan sobre ellos para acercarlos más a los problemas de la cultura. Que los partidos abran propuestas e iniciativas ante el conjunto de las fuerzas de la cultura. Que éstas reaccionen rechazando las trampas conservadoras y acometan proyectos culturales contando con el pueblo.

Todo esto puede resultar en algún momento agrio y tenso para los partidos, como ocurre con el propio libro de Cebrián, pero será, igual que él, positivo.

Los partidos

Como introducción al tema, Cebrián se refiere a las difíciles condiciones en que surgen a la legalidad los partidos en España: tras una campaña en contra de cuarenta años, con una tradición problemática en nuestro país y en un contexto europeo en que reciben durísimas críticas. Se distancian de las actitudes antipartidos de carácter no democrático y manifiesta que los partidos son esenciales para un régimen pluralista y de libertades.

Pero dicho lo anterior, el varapalo es rotundo. Para Cebrián las deformaciones de que adolecen los partidos en nuestro país son una de las causas del desencanto y más aún, pueden suponer un cáncer para las libertades públicas.

¿Cuáles son estas deformaciones? Un comportamiento socialmente excluyente, una falta de democracia interna y una actitud básicamente electoralista.

Evidentemente, surge una pregunta: ¿Se puede leer todo esto, desde dentro de un partido, sin irritarse?

La crisis de las relaciones entre partidos y sociedad, es decir, con los ciudadanos, electores, movimientos de masas, etc., no puede ser negada, ni afrontada desde los partidos en tér-

minos de autodefensa. Es cierto que existe una campaña contra los partidos que les atribuye todos los males y de forma indiscriminada. A este fin sirven conceptos imprecisos como «clase política», «profesionales del poder» y otros que Cebrián utiliza. Pero esta campaña toma pie, o se ve favorecida, por hechos reales. El ejemplo más claro y el más visible es una UCD que aparece como el contraejemplo de un instrumento de participación del pueblo en la vida política. La denuncia de esto es imprescindible, pero de por sí, no excluye a los restantes partidos.

Hay que llegar, pues, a la conclusión de que la única respuesta efectiva a la campaña contra los partidos consiste en lograr que éstos jueguen mejor su función en la sociedad actual para que se fortalezcan y prestigien, pues son elementos esenciales del sistema democrático. Y este trabajo cada uno debe empezar en su casa.

¿Qué reclama Cebrián? Que los partidos coexistan constructivamente con un movimiento asociativo plural y dinámico, autónomo y no necesariamente con vocación legisladora o de actuación política inmediata. De acuerdo.

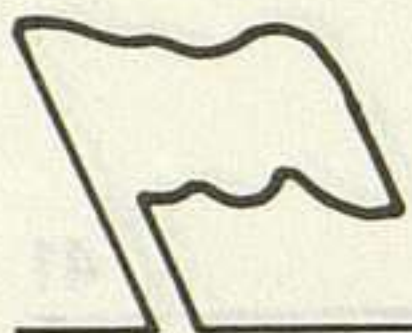
Que las cúpulas de los partidos faciliten la participación de toda la organización en la toma de decisiones, que respeten los criterios minoritarios, que compatibilicen la profesionalización política con la aportación de cuadros voluntarios. De acuerdo.

Que la búsqueda del voto se haga por la vía de acercar a los ciudadanos a los principios y objetivos que dan razón de ser a los partidos y no por la vía de pervertir estos principios con lo que se pone en precario el propio partido. De acuerdo.

¿Cómo no manifestar acuerdo con estas cosas, si parece que Cebrián repite lugares comunes de la concepción eurocomunista de partido? Quien quiera apreciarlo que lea el informe de Napolitano al CC del PCI («L'Unita», 8 enero de 1981).

Sinceramente, creo que los partidos necesitamos una cura de modestia para progresar en este país y hacer que el país progrese. Y también, que la opinión pública, y en particular la prensa, deben tener cuidado cuando critican a los partidos de «no tirar el niño con el agua sucia».

Madrid, 10 de febrero de 1980.



Encuentro Europeo sobre Seguridad, Cooperación y Derechos Humanos

Fernando Zaba

LOS días 13, 14 y 15 del pasado mes de febrero se celebró en Madrid el Encuentro Europeo sobre Seguridad, Cooperación y Derechos Humanos, convocado por Fundaciones y Centros de Investigación comunistas y socialistas de Alemania Occidental, Francia, Grecia, Holanda, Inglaterra y España.

El momento y el lugar del Encuentro no fueron escogidos al azar: coincidían con las sesiones de la Conferencia para la Seguridad y la Cooperación en Europa que se desarrollaba en

Madrid (y que aún prosigue sin la adopción de acuerdos sustanciales).

Con la ausencia de los comunistas franceses, únicos que rehusaron asistir, el Encuentro tuvo una especial trascendencia en un doble sentido.

Progresistas europeos unidos...

Ante todo resalta el hecho de la celebración en sí misma del Encuentro. Por vez primera ha



Participaron

Bélgica

Oscar Debunne, *Director, Studie en Documentatiecentrum, Emile Vandervelde Instit.*

Etienne Godin, *Centre Européen Fernand Jacobs.*

Viviane Jacobs, *Institut Emile Vandervelde.*

Paul van Praag, *Fondation Jacquemotte.*

Bernard Tuyttens, *Studie en Documentatiecentrum, Emile Vandervelde Instituut.*

Finlandia

Tapio Varis, *Director, Tampere Peace Research Institute.*

Francia:

Claude Bourdet, *Escritor, dirigente del P.S.U.*

Jacques Huyzinger, *Vice-director, Institut de Relations Politiques.*

Yves Lebas, *Institut Socialiste d'Etudes et de Recherche.*

Jean Pronteau, *Director, Institut Socialiste d'Etudes et de Recherches.*

España

Serafín Aliaga, *Responsable relaciones Internacionales, Comisiones Obreras.*

Manuel Azcárate, *Responsable Política Internacional del PCE.*

Jaime Ballesteros, *Diputado, Miembro Comisión Asuntos Exteriores del Congreso.*

José Miguel Bueno, *Diputado PSOE, Miembro Comisión Defensa del Congreso.*

Fernando Claudín, *Director, Fundación Pablo Iglesias.*

Elena Flores, *Coordinadora Departamento Internacional PSOE.*

Enrique Gimbernat, *Asociación Pro-derechos Humanos.*

Julio González Campos, *Catedrático de Derecho Internacional, Universidad Complutense.*

José Luis López Malo, *Profesor de la Universidad Complutense.*

Gregorio López Raimundo, *Diputado Miembro Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso.*

Roberto Mesa, *Vice-rector Universidad Complutense.*

José María Mohedano, *Asociación Pro-derechos Humanos.*

Fernando Morán, *Senador, Portavoz Grupo Socialista, Comisión de Exteriores.*

Joquín Ruiz Jiménez, *Presidente, Asociación Amigos de la UNESCO.*

José Sandoval, *Director Fundación de Investigaciones Marxistas.*

Luis Solana, *Diputado PSOE, Miembro Comisión Defensa.*

Luis Yáñez, *Diputado PSOE, Portavoz Grupo Socialista, Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso.*

Fernando Zaba, *Responsable Comisión Defensa PCE.*

José M. Zufiaur, *Miembro Ejecutiva Unión General de Trabajadores.*

Grecia

Pericles Nearkou, *Center for Mediterranean Studies.*

Georg Papandreu, *Center for Mediterranean Studies.*

Holanda

Relus ter Beek, *Presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Parlamento.*

Marnix Krop, *Vice-director, Wiardi Beckman Stichting.*

A. M. Oostlander, *Director, Wetenschapelij Instituut.*

Pauline van Test, *Responsable de Relaciones Internacionales del Partido Demócrata '66.*

Maarten Van Traa, *Responsable Internacional, Partij van der Arbeid.*

Jaap Wolff, *Director, Instituut voor Politiek en Sociaal Onderzoek.*

Italia

Michele Achilli, *Presidente del FORUM Italiano per la Sicurezza e la Cooperazione en Europa e nel Mediterraneo.*

Piero Basso, *Director Fondazione Lelio Basso.*

Maria Boniver, *Comision relac. exteriores Senado P.S.I.*

Luciana Castellina, *Diputada, Parlamento Europeo. Dirigente PAUP.*

Emilio Gabaglio, *Responsable Departamento Internacional C.I.S.L.*

Romano Ledda, *Director, Centro di Studi della Politica Internazionale.*

Gian Carlo Meroni, *Responsable C.G.I.L.*

Ruggero Orfei, *Asociación Católica Trabajadores Italianos A.C.L.I.*

Gian Carlo Pajetta, *Responsable relaciones internacionales del P.C.I.*

Piero Pieralli, *Vice-presidente, Comisión Exteriores del Senado, P.C.I.*

Giorgio Ruffolo, *Diputado, Parlamento Europeo, P.S.I.*

Giuseppe Santoro, *Secretario, Instituto della Cooperazione Internazionale, I.C.I.P.E.*

René Schutter, *Fondazione Lelio Basso.*

Paolo Sestan, *CESPI.*

Claudio Signorile, *Miembro Ejecutiva P.S.I.*

Portugal

Bernaldino Gómez, *Fundación de Relaciones Internacionales.*

Col. Ernesto Melo Antunes, *Miembro Consejo de la Revolución.*

Noruega

Reiulf Steen, *Ministro de Comercio-Presidente Partido Socialdemócrata Noruego.*

Reino Unido

Ken Coates, *Director, Bertrand Russell Peace Foundation.*

Stuart Holland, *Parlamento, Partido Laborista (con un mensaje de Michael Foot).*

Mary Kaldor, *Profesora de la Universidad de Sussex.*

R.F.A.

Veronika Isenberg, *Vice-secretaria de relaciones internacionales, S.P.D.*

Harald Jung, *Friederich Ebert Stiftung.*

Dieter Konieski, *Friedrich Ebert Stiftung.*

Karsten Voigt, *Diputado del S.P.D. y miembro de la Comisión de Exteriores del Parlamento.*

Suecia

Sture Erikson, *Diputado, Partido Socialdemócrata Sueco.*

Sven-Eric Liedman, *Centro de Estudio Sociales Marxistas, C.M.S.*

Yugoslavia

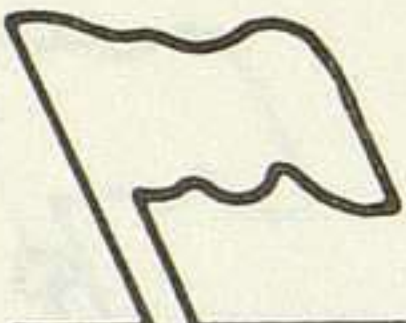
Zuonco Grahec, *Vice-presidente de la Comisión Internacional de la Presidencia del C.C. de la Liga de los Comunistas.*

sido posible reunir a una gran mayoría de representantes de las fuerzas progresistas y de izquierda europeas. Junto a personalidades independientes, allí estaban presentes miembros del Partido Socialdemócrata Alemán, Partido Laborista Inglés, Partido Socialista Francés, Democracia 66 (Liberales Holandeses), Liga de los Comunistas de Yugoslavia, Partido Comunista Italiano, Partido Comunista Belga, Partido Comunista Holandés, Partido Socialdemócrata Sueco, Partido Socialista Belga, Partido de los Trabajadores de Holanda, etc. Y, por supuesto, Partido Socialista Obrero Español y Partido Comunista de España.

Unos en el poder, otros en la oposición pero con una amplia experiencia de gobierno. Algunos aún esforzándose por abrir en sus países vías de avance que les permitan acceder a su dirección.

En general dispuestos a iniciar un diálogo abierto y sincero, que restañe viejas heridas, en la perspectiva de hacer el camino que conduce a la elaboración de una alternativa de paz y de progreso en Europa. En la medida en que se den ulteriores pasos por esa senda, la





reunión habida en Madrid puede llegar a constituir un auténtico hito en la formación de la así llamada «euroizquierda».

El segundo rasgo a destacar es el contenido del Encuentro, reflejado en su propia denominación: la seguridad, la cooperación y los derechos humanos. Los organismos convocantes conscientes de «la inquietante situación por la que atravesamos», planteaban que «los problemas que están a la orden del día de la Conferencia de Madrid no deben ser debatidos únicamente por los gobiernos», exhortando a que diversas instituciones y sectores políticos, culturales y sociales «intervengan en el debate y contribuyan así a una sensibilización popular».

... para impedir el holocausto nuclear

Ante la gravedad de las tensiones mundiales, la vuelta a las posiciones de fuerza, el afianzamiento del militarismo en las relaciones internacionales, la obstrucción de los cauces del diálogo o su esterilidad, etc., se imponía, se impone ahora más que nunca, la puesta en marcha de un esfuerzo mancomunado lo más plural posible, que lleve a la conciencia popular

en todo el globo, y de manera especial en el viejo continente, la necesidad de imprimir un cambio de rumbo en el Este y el Oeste, que aleje a la humanidad del riesgo de la conflagración total, del holocausto nuclear.

Las escalofriantes cifras reflejadas a continuación (tomadas de una de las ponencias presentadas), ilustran suficientemente lo imperioso del esfuerzo a realizar en pro de la confianza mutua, la distensión, el control y la limitación de armamentos, la paz: existen en el planeta aproximadamente 125.000 carros de combate, 10.000 buques de guerra y 30.000 aviones de combate; EE.UU. puede colocar en sus objetivos unas 9.970 cabezas nucleares, y la URSS unas 9.000, lo que equivale a cerca de un millón de Hiroshimas (sin incluir las armas nucleares tácticas en Europa, ni las mantenidas en reserva por americanos y soviéticos).

España se integra en el mundo

Pues bien, si resulta imprescindible la movilización cívica en Europa para acabar con tan aberrante y peligrosa situación (que además empeora paulatinamente), aún más lo es en España tras cuarenta años de mantenernos al margen de la escena internacional. Ciertamente pesa sobre nosotros una considerable dificultad añadida: la debilidad de nuestro sistema de libertades que pretenden liquidar golpistas añorantes de la dictadura. Y resulta arduo pensar en términos globales cuando agobian los problemas caseros. Pero también es verdad que una mayor vinculación e integración española en afanes más amplios, hará que estemos en mejores condiciones para afrontar el futuro. Como se afirmó en el curso de los debates, es preciso invertir la lógica que congela todo cambio en el orden internacional, y que en el interior de cada país atiende primordial y casi exclusivamente al alineamiento indiscutido con los intereses de una u otra de las superpotencias, pasando para ello por encima de la democracia y los derechos humanos. Al fin y a la postre, la distensión no sirve sólo para evitar

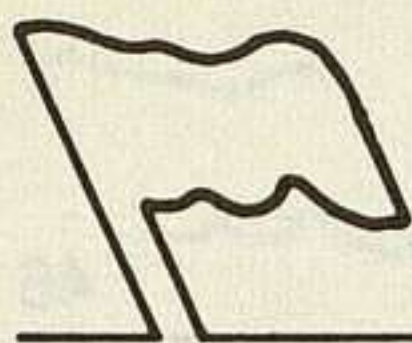
los riesgos de conflicto, sino que es un escollo para la involución (de ahí que también le acabe interesando a la derecha democrática). El curso de los acontecimientos mundiales no debe, por tanto resultarnos ajeno.

Por lo mismo, el ingreso de España en la OTAN tendría, como se sostuvo en el Encuentro, consecuencias negativas en distintos ámbitos. Internacionalmente por romper el equilibrio, acentuar la dialéctica de bloques, reforzar las tendencias a extender el radio de acción de la OTAN particularmente hacia África y aumentar la subordinación europea a la política hegemónica norteamericana entre otras razones. En lo nacional por hacer de nosotros el epicentro de un proceso renovado de tensiones, empujarnos hacia la confrontación con nuestros suministradores de recursos energéticos y materias primas, dividir a los españoles cuando más imprescindible es la unidad en defensa de las libertades, disminuir la seguridad nacional, etc.

Era esperanzador escuchar a este respecto pronunciamientos similares, provenientes de diversas posiciones políticas. Incluso quienes apoyaban, en contra de lo expresado por la delegación española, nuestro ingreso en la OTAN, lo argumentaban desde la pretensión de alcanzar un superior peso europeo ante EE.UU. Quedó así abierto el diálogo con ellos, con la expectativa de que la totalidad del abanico de fuerzas participantes atienda las ideas expuestas por socialistas y comunistas españoles.

En el Encuentro, del que no salió ningún documento conjunto por haberse acordado así previamente, se constataron —no podía ser de otra forma— coincidencias y discrepancias, a la par que una común preocupación por hallar vías de salida a los peligros que se ciernen sobre Europa y sobre el planeta. Proseguir sin maniqueísmos el franco intercambio de opiniones hasta asumir propuestas concretas para paliar y superar la presente crisis mostraría la operatividad real de la «euroizquierda», su capacidad para afrontar el reto del actual momento histórico.





De las ponencias que sirvieron de base de discusión en el Encuentro Europeo sobre Seguridad, Cooperación y Derechos Humanos reproducimos un amplio extracto de la presentada por Jaime Ballesteros. De las otras fueron autores Fernando Morán y Romano Ledda.

Política de paz desde Europa

Jaime Ballesteros

SI existe la posibilidad de una política de racionalidad y humanismo en el mundo tenso en que vivimos, y en Europa una política de paz y distensión, es la izquierda quien puede elaborarla.

Precisamente porque somos representantes de la izquierda europea debemos hablar desde las angustias y esperanzas del hombre europeo, desde la perspectiva de una Europa que si es verdad que está cargada de historia, nosotros, la izquierda, sabemos también que está preñada de futuro si es capaz de conjurar los peligros bélicos y armamentistas, si es capaz de abrir una perspectiva de democracia y progreso, y si es capaz, finalmente, de cooperar a un nuevo orden internacional.

Bipolaridad, soberanía limitada

No es preciso emplear mucho tiempo en recordar aquí la situación del mundo que habitamos. Un mundo caracterizado por la tensión bipolar que se adentra en

una nueva etapa de guerra fría y que comporta unos riesgos en los que estremece pensar, pero en los que no podemos dejar de pensar. Un mundo al que se le van agregando factores de inestabilidad y peligro: decisión de establecer misiles nucleares tácticos en Europa, intervención soviética en Afganistán, conflicto entre Irán e Irak, oposición a que el pueblo palestino sea dueño de su patria, contencioso árabe-israelí, lucha saharauí por completar el proceso de su independencia, nombramiento de Reagan al frente de Estados Unidos, consecuente agravación de la lucha liberadora del pueblo de El Salvador, nuevos peligros para América Central, problemas del Chad, tensiones en Polonia, etc.

La extremada gravedad de esta acumulación de conflictos y tensiones nace fundamentalmente no de cada uno de los casos en sí mismo, pese al elevado precio de vidas y destrucciones que comporta, sino del hecho de que tienen lugar en un escenario mundial bipolar y nuclear, en que dos grandes bloques con capacidad aniquiladora definitiva pugnan por zonas de influencia en todas las áreas del planeta. Es esta

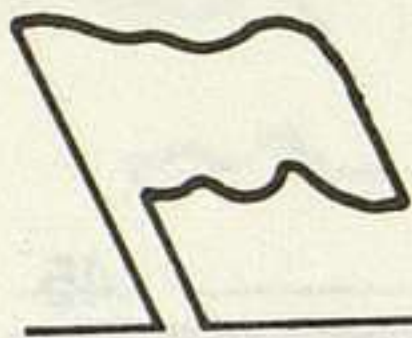


tensión bipolar la que da una dimensión gravísima a la acumulación actual de conflictos en el área internacional...

División del mundo en dos bloques que, además de cargar de una especial gravedad de alcance mundial a cada uno de los conflictos, tiene otra consecuencia que no podemos desconocer: la tendencia a reducir la soberanía de todos los países bajo la presión de ambos jefes de bloque en cada una de sus zonas de influencia. El sistema actual del mundo, basado en el bipolarismo, origina, como consecuen-

cia, la práctica de la *soberanía limitada en unos y en otros meridianos*. Tendencia ésta que conduce a poner a todos los Estados y a todos los pueblos al servicio de la tensión bipolar, tensión que, no lo olvidemos, es hoy una tensión nuclear.

La tendencia bipolar, y la doble dinámica que engendra la lucha por incluir a nuevos Estados en las zonas de influencia, por un lado, y de desarrollo incensante de la carrera armamentista nuclear, por otro, lleva en sí mismo el signo de la destrucción y de la opresión.



Una alternativa desde la izquierda europea

Ante ese peligro a las fuerzas democráticas se nos plantea un triple objetivo:

Primero, mantenimiento del actual equilibrio de fuerzas entre los dos bloques. Ahí está una de las razones —no la única, la otra afecta a los intereses de España y de su papel internacional— de nuestra firme oposición a la entrada de España en la NATO...

Segundo, la necesidad de iniciativas que se orienten en el sentido de superar el bipolarismo en el mundo. Por ello, nosotros nos pronunciamos por una Europa con voz propia en la arena internacional, que sea un elemento autónomo de paz y distensión.

Por esta razón, apoyamos el papel del movimiento de los países no alineados, como otro factor de independencia y equilibrio mundial y estamos en contra de cualquier acto que perjudique su auténtico carácter de no alineamiento.

Tercero, una política de desarme, controlada internacionalmente. Tema con el que entramos directamente en la problemática de la «Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea» que se celebra actualmente en Madrid...

El tema del desarme es esencial para la distensión y el futuro de Europa.

Si en la Conferencia de Madrid, los gobiernos allí representados no son capaces de abrir la posibilidad de ir a una Conferencia de Desarme, el espíritu alzado en Helsinki habrá sido derrotado...

Conferencia de Seguridad

Las Conferencias de Seguridad, ¿deben ser una plataforma que fa-

vorezca el diálogo, en la que impere el principio de la concesión mutua para lograr que avance la seguridad y la cooperación, o, por el contrario, serán plataformas utilizadas por unos y otros para aumentar la tensión, el ambiente de guerra fría, precisamente para lo contrario de lo que fueron instituidas?

Esta es la gran pregunta que se hace hoy el hombre europeo, por encima de clases sociales y de ideologías. Pregunta legítima porque en ella está encerrada, como señalé al comienzo, el que haya o no posibilidades de futuro.

Cuando insistimos en la necesidad de una Conferencia de Desarme, lo hacemos sabiendo que sólo podrá ser viable si se encuentra el camino de equilibrio que pueda satisfacer a todas las partes; que exige establecer un clima de confianza para que la Conferencia sea una realidad y no una simple ilusión, o aún menos, una simple palabra propagandística.

Clima de confianza que, desde nuestra opinión, es de desear que logre la mayor extensión geográfica posible y el mayor alcance de información y control sobre el mayor número de movimientos y presencias militares posibles. Las medidas de confianza, en su extensión geográfica y alcance de contenido, pueden tener también, en nuestra opinión, una gradualidad conforme se vaya afianzando, precisamente, la confianza misma.

Todo ello de tal forma que las medidas de confianza —y la discusión y posible aplicación de su alcance— sean el camino que facilite y garantice la realización de una Conferencia de Desarme con posibilidades de algunos éxitos. Y no, al contrario, que la fase de confianza, y la discusión de las medidas, pueda ser motivo constante de retrasar o impedir la celebración

de la citada Conferencia de Desarme...

Es claro que para nosotros es fundamental que la Conferencia de Desarme trate también del arma nuclear. La teoría, pretendidamente realista y que a veces se escucha, de que las negociaciones sobre el arma nuclear deben limitarse a los dos grandes porque la decisión depende de ellos, es una teoría que, de ser admitida, reduciría a las naciones europeas a ser escenario de una posible guerra nuclear y víctimas de ella, negándoles el derecho a intervenir en negociaciones destinadas a borrar este peligro.

La Conferencia de Madrid, en suma, fracasará o no en dependencia de que se llegue a acuerdos conducentes a la celebración de una Conferencia de Desarme, por muy importantes que puedan ser otras resoluciones sobre las que pueden lograrse acuerdos generales...

Europa y el Mediterráneo

Quiero finalmente referirme, a una dimensión de la seguridad europea que no puede ser marginada. Me refiero a la dimensión mediterránea.

Un sistema de seguridad y cooperación en Europa es inseparable de la seguridad y cooperación mediterránea. Una hipotética guerra en cualquiera de ambas áreas —la europea o la mediterránea— incendiaría irremediablemente a la otra. Avanzar en la seguridad y cooperación de una de ellas repercute en la otra. Son dos áreas ligadas entre sí y sus intereses de paz nos afectan a todos.

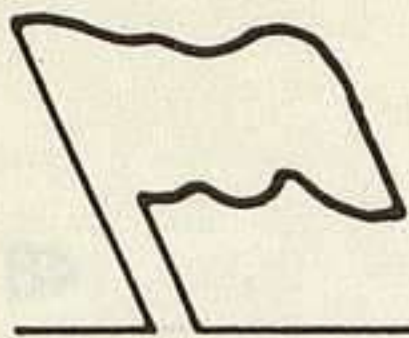
Nosotros los españoles, como ciudadanos de un país europeo y mediterráneo somos lógicamente, sensibles a este doble enfoque de la

seguridad. Por eso tenemos la opinión de que los países mediterráneos de la ribera sur no pueden ser marginados de las negociaciones de un sistema de seguridad y cooperación en Europa. Y que éste requiere avanzar, entre todos los países ribereños mediterráneos, hacia un sistema complementario de seguridad orientado a que el Mediterráneo sea un mar de paz y cooperación...

En la Conferencia de Madrid, en su preparación, ha habido continuos intentos de impedir la presencia de representantes de los países mediterráneos de la ribera sur. Creemos que esos intentos, que sin duda no serán los últimos, son altamente negativos. En este tema está implicado el tipo de relaciones que Europa tenga con los países árabes. Está implicada la relación Norte-Sur y el que Europa tenga una voz y una reflexión autónoma abierta a la perspectiva de un nuevo orden internacional, en el que la dimensión económica es fundamental, pero no es la única.

Por un nuevo sistema de relación entre Europa y aquellos países que fueron en otros tiempos colonias y que hoy son una fuerza independiente que emerge en el mundo con gran empuje, pasa también el problema de la seguridad. Hay que conseguir unos sistemas de seguridad y cooperación complementarios en Europa y en el Mediterráneo, desde la igualdad entre todos los pueblos.

La izquierda europea, desde nuestro punto de vista, debe estar abierta a estos problemas. Una Europa de paz y progreso, con voz autónoma en el área internacional, debe ser tan sensible al respeto de los derechos humanos como al derecho de los pueblos a su independencia y a su dignidad. Si no, otras áreas del mundo no nos comprenderían.



Interrupción voluntaria del embarazo y Constitución

Luis Arroyo

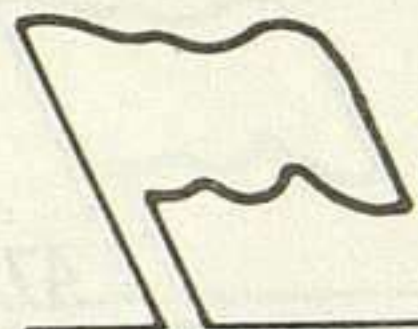


La aprobación por las Cortes de una ley que despenalice y regule la interrupción voluntaria del embarazo en los tres primeros meses del mismo, constituye por su trascendencia social e ideológica, uno de los objetivos del Grupo Parlamentario Comunista.

La proposición de ley se enmarca en una concepción global de los comunistas sobre política jurídica: el Derecho, en el Estado social y democrático que hemos consagrado en la Constitución, no debe ser más un instrumento de imposición y protección de ideologías o de conceptos morales. El Derecho no debe ser más que un instrumento para resolver racionalmente los problemas sociales, garantizando un ámbito cada vez más amplio de libertad real, individual y colectiva. Sobre estas bases es como se ha abordado el problema del aborto.

Una tragedia personal

La cuestión del aborto, surge como problema al producirse un embarazo no deseado, cuya interrupción es querida por la mujer. En estos casos, el embarazo puede convertirse en lo contrario de una experiencia positiva: en una desesperada



tragedia personal. Tragedia, tanto si, como por miedo a la amenaza penal, la mujer acepta —acata— la continuación del embarazo en condiciones que afectan negativamente al desarrollo de su vida personal, como si, a pesar de la amenaza de la pena, se decide a interrumpir el embarazo de forma clandestina, con los que esto tiene de forma traumatizante y de elevado riesgo para la salud e, inclusive para la vida.

Un partido que persigue la emancipación global de los individuos y de la sociedad y, en consecuencia, la liberación de la mujer, no se ha de preocupar, tan solo de los efectos dañosos que se derivan de la prohibición total del aborto voluntario que realiza el Código Penal vigente (y el proyecto gubernamental del nuevo Código): los peligros para la salud de las mujeres impelidas al aborto clandestino, la desigualdad social que dicha prohibición refuerza y profundiza entre las mujeres que poseen y las que no poseen recursos económicos y culturales, lo que prohibición representa de recurso eficaz y por ello de recurso arbitrario al derecho penal, etcétera. Lo que más ha de importar al «partido de la liberación de la mujer» es la consecuencia fundamental de la prohibición absoluta del aborto: al prohibir y castigar a quienes deciden poner término a un embarazo no deseado, el Estado está imponiendo a la mujer la maternidad, quiebra su intimidad y la conmina a configurar su vida futura en las condiciones, cargas y responsabilidades que acompañan a la maternidad en lo físico, en lo económico y en lo social.

La consideración del problema del aborto voluntario desde esta perspectiva obliga a prestar una cuidadosa atención a la argumentación que motiva la propuesta de reforma legislativa, y que ha de tener como norte primordial el obtener el más amplio desarrollo de la libertad de la mujer y del libre desarrollo de su personalidad.

Constituciones y regulación del aborto

En este sentido cobra especial importancia la toma de posición acerca del problema de la posible contradicción de la Constitución con la despenalización y regulación del aborto voluntario en los tres primeros meses del embarazo.

La exposición en esta revista, siquiera de forma esquemática, de la argumentación acerca del conflicto entre el derecho de la mujer a la intimidad y al libre desarrollo de la personalidad y a la tesis del «derecho a la vida», viene justificada por que representa, hoy por hoy, el mayor obstáculo para la comprensión del problema de la despenalización del aborto, y no sólo por que la tesis del «derecho a la vida» sea la defendida por el adversario político, sino también, porque encuentra no poca acogida en sectores progresistas.

Por otra parte, también depende de esta argumentación el sistema de despenalización a seguir: sistema de plazo o de las indicaciones, mayor o menor amplitud de las indicaciones, gratuidad o no de la intervención, etcétera.

Ninguno de los tribunales que se ha pronunciado sobre las leyes despenalizadoras del aborto —Estados Unidos, República Federal Alemana, Austria y Francia— las ha considerado incompatibles con las respectivas Constituciones o con las Declaraciones internacionales de los derechos humanos.

El Tribunal austriaco no reconoce a la vida humana en formación, el derecho fundamental a la vida, que atribuye en exclusiva a los nacidos, y a declarado la constitucionalidad de la ley que establece un sistema de plazos, en el cual se garantiza la plena eficacia de la libertad de autodeterminación de la mujer durante los tres primeros meses de embarazo.

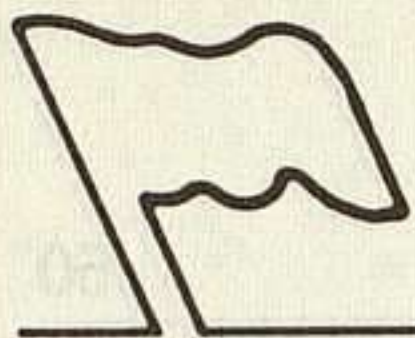
En el tribunal alemán parte, por el

contrario, de reconocer ya al embrión el derecho a la vida, lo que le lleva a rechazar el sistema del plazo. Acepta, sin embargo, como conforme a la Constitución la autorización legal de la interrupción del embarazo en determinados supuestos (indicaciones), en los cuales no puede considerarse exigible a la mujer la continuación del embarazo. El declarar como regla general la prohibición del aborto en cualquier momento del embarazo, y la autorización del mismo sólo como excepción, lleva al Tribunal a rechazar el que la mujer tenga la plena capacidad de decisión, atribuyendo a los médicos la decisión última. Por lo mismo, reconoce al personal sanitario y a las instituciones hospitalarias —públicas y privadas— el derecho, en todo caso, a no practicar interrupciones del embarazo (objección de conciencia), y niega que los costos de la intervención puedan financiarse con fondos públicos o de la seguridad social.

En el Tribunal Supremo de los EE.UU. el problema se planteó de forma distinta: declaró inconstitucional el que las leyes prohiban el aborto voluntario, por considerar a la prohibición como una violación del derecho constitucional de la mujer a su intimidad y a libre desarrollo de su personalidad. Reconoce, en consecuencia, que la Constitución «exige» la autorización de la libre interrupción del embarazo al menos en los tres primeros meses.

Como puede deducirse de lo expuesto, lo que se plantea en el plano constitucional es un conflicto entre dos sistemas o valores distintos, por una parte, la vida humana en formación, y por otra, la intimidad y libre desarrollo de la personalidad de la mujer.

La posición de los que rechazan toda despenalización se fundamenta en que atribuyen al no nacido un derecho fundamental, el derecho subjetivo a la vida, no sólo como derecho frente al Estado, sino también frente a la propia mujer embara-



Día de la mujer trabajadora 8 de Marzo

**DERECHO
AL
TRABAJO**



zada. La atribución de este derecho pretenden derivarla del artículo 15 de la Constitución: «**Todos** tienen derecho a la vida...»

Frente a esta afirmación es preciso poner de manifiesto que el tema del aborto no quedó resuelto en la Constitución. Un principio básico de interpretación constitucional es el siguiente: una cuestión que ha sido discutida por los constituyentes debe considerarse abierta, es decir, relegada a posterior decisión del legislador ordinario, cuando no se adoptó resolución expresa o no se alcanzó consenso sobre ella. Esto es precisamente lo que ocurrió con el artículo 15. La razón de consagrar el derecho a la vida en la Constitución se encuentra en la voluntad de erradicar la pena de muerte. La propuesta de ampliar el sentido de la declaración a la vida prenatal surgió marginalmente y, a diferencia de la pena de muerte, no se llegó a acuerdo alguno, como se pone de manifiesto en la polémica acerca del empleo de los términos «**todos**» o «**personas**». El tema del aborto no está resuelto, pues, con el artículo 15, sino que **puede** y **debe** ser resuelto ahora.

Ahora bien, más allá del argumento expuesto sobre la génesis del precepto constitucional, es preciso examinar el tema de fondo: ¿abarca el artículo 15, en su proclamación del derecho a la vida, a los nacidos, a la vida humana en formación?

Un conflicto entre dos valores

La respuesta ha de ser negativa. La atribución al feto del derecho fundamental a la vida, que se reconoce sin discusión en los nacidos, presupone que se da una equiparación, una valoración como cosas iguales, de la vida de los nacidos y de la de los concebidos y no nacidos.

Si la vida embrionaria y fetal hubiera sido considerada igual a la de los nacidos, el aborto voluntario no habría sido casti-

gado de modo distinto al homicidio (= muerte de un hombre). Esa valoración diferenciada de la vida en formación y de la de los nacidos es también una constante en la historia de las ideas, inclusive de las ideas religiosas.

La historia de las legislaciones pone de manifiesto que los criterios decisivos para castigar o no el aborto no han sido consideraciones relativas al valor de la vida del no nacido como vida plenamente humana, sino consideraciones de política demográfica del Estado, de protección de la salud de la mujer, los derechos del «pater familiae» etcétera. El incremento de la penalidad del aborto en España se produjo precisamente, por una ley franquista, de 1941, que tenía como objetivo el impedir que se perdieran brazos para las tareas del Imperio, y que con lógica implacable llegó a castigar como delito la venta de medios anticonceptivos.

El argumento fundamental esgrimido por los defensores de las tesis del derecho a la vida es de carácter biológico: el proceso de desarrollo de la vida humana es continuado e indiferenciado desde el momento de la concepción; con la unión de las células masculinas y femeninas queda establecido el programa genético de la personalidad individual. En consecuencia, estiman arbitrario establecer fases intermedias.

Contra esta opinión se ha de afirmar, por una parte, que la biología sí distingue entre diversos periodos de desarrollo de la vida en formación: concepción, implantación, transición del período embrionario al fetal, momento de la viabilidad, etcétera.

Por otra parte, la biología es sólo una definición de vida humana, y parece igualmente legítimo recurrir a otras definiciones, también científicas, como la de la ciencia social, que atiende al momento en que se producen los primeros movimientos del feto y se hace así presente a la mujer la existencia de otra vida. Particular-

mente importante es el último período, pues hasta la 26 a 28 semana del embarazo la vinculación y dependencia biológica del feto respecto de la mujer es total, hasta el punto de sólo a partir de ese momento el feto adquiere la capacidad para sobrevivir fuera del claustro materno.

Lo que hay que concluir de lo expuesto es que aquello a que se refiere el artículo 15 con el «todos» es a la vida humana plena, a la vida de las personas, de los nacidos. La vida de los no nacidos no ha sido ni es «lo mismo» que la de los nacidos. El «todos» no puede referirse a valores distintos, pues, supondría que la constitución trata de igual forma a los valores desiguales, y esto está en contradicción con los principios de racionalidad, de igualdad y de no arbitrariedad que inspiran la propia Constitución. Si quienes defienden «el derecho a la vida del feto» fueran en verdad consecuentes, habrían de reclamar una protección igual que la que se da a los nacidos, es decir, la supresión de la figura del delito del aborto y su castigo como homicidio o asesinato.

Ahora bien, el rechazo de la idea de que los no nacidos tengan el derecho fundamental a la vida que establece el artículo 15 no significa que la vida humana en formación carezca de valor alguno para el derecho y pueda ser dañada o destruida por el Estado, por los particulares o por la propia embarazada. Por el contrario, la vida humana en formación es un bien merecedor de protección jurídica (bien jurídico), y así se deriva de la propia Constitución, pero con fundamento distinto del artículo 15.

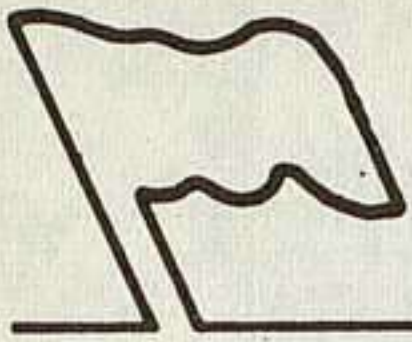
La necesidad de protección jurídica deriva, por una parte, de la idea de la dignidad de la persona (artículo 10) que impide que se trate a la vida humana en formación de igual forma que a la de los animales o de las plantas. Por otra parte, la vida prenatal merece la protección —frente al Estado y los particulares— que indirecta-

mente se deriva de la que la Constitución garantiza a la mujer como persona, en general (derecho a la vida, integridad corporal, libertad, etcétera), y como madre, como portadora de vida en formación (artículo 39,2).

Sobre estas bases se pueden establecer correctamente los términos en que se plantea al legislador el problema de la interrupción voluntaria del embarazo. No se trata de un conflicto entre el derecho a la vida del feto y el derecho de la mujer a la intimidad y a la libertad, que tiende a resolverse a costa de este último, por el carácter primordial del valor de la vida sobre los demás valores. El conflicto se da, por el contrario, entre el **bien jurídico**, vida humana en formación y el **derecho fundamental** de la mujer a su intimidad y libre desarrollo de la personalidad. El conflicto es, pues, entre dos intereses o valores no absolutos y, por tanto, mensurables y susceptibles de sacrificarse uno por el otro, respectivamente, en base a una consideración del conjunto de problemas e intereses que entran en juego en un embarazo no deseado.

La decisión corresponde al legislador. La Constitución no le impone una solución concreta, sino sólo la de decidir racionalmente, y quizá por ello, solamente queda excluida la de mantener la prohibición absoluta del aborto que existe en la actualidad, y ello porque anula radicalmente el derecho fundamental de la mujer a su intimidad y al libre desarrollo de la personalidad, porque no consigue alcanzar el fin que se propone, porque genera desigualdad y discriminación, y porque, en definitiva, es arbitraria e injusta.

De las diversas soluciones posibles nosotros estimamos que la más correcta es la que se propone: en los tres primeros meses del embarazo la decisión acerca de la continuación o interrupción de un embarazo corresponde a la responsabilidad, a la conciencia y a la libertad de la mujer.



Los intelectuales españoles: su historia y sus actividades

Juan-Sisino PEREZ GARZON

Nos encontramos en el Instituto de Historia del C.S.I.C., donde trabaja Francisco Villacorta, para entrevistarle con motivo de la aparición de su obra en la editorial Siglo XXI, Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal (1808-1931). Hasta ahora existían monografías de algunos aspectos de nuestra historia intelectual. Por ejemplo, sobre los institucionistas como grupo, o sobre personalidades como Giner de los Ríos, Azcárate, Costa, o las más recientes sobre Azaña. Faltaba esa visión de conjunto que nos aproximara de manera rigurosa al proceso de configuración del grupo social conocido como intelligentsia y a sus diversificaciones históricas en el caso español.

—La primera cuestión que se nos plantea es la propia definición del intelectual o del grupo social de los intelectuales, como punto de partida metodológico. Exactamente, ¿cómo defines a este grupo social y cómo lo insertas en la estructuras del régimen burgués?

—En principio, defino al intelectual con un criterio bastante empírico: por lo que hace; o se podría decir, siguiendo a Gramsci, por el tipo de energía que utiliza en su trabajo. El intelectual es creador y difusor de la cultura, es administrador y organizador de técnicas que transmiten los progresos de la civilización material y que permiten el funcionamiento de las instituciones del cuerpo social. Todo ello en virtud de unos conocimientos especializados, legalizados mediante un título oficial, o de

unas específicas cualidades creadoras. Tal vez, la primera novedad del libro consiste en haber roto las limitaciones en que se venían desarrollando los estudios sobre los intelectuales españoles, reducidos generalmente a los escritores, o, todo lo más, a un pequeño núcleo de profesionales «pensadores». El intelectual, tal y como definimos antes, abarca tanto a artistas, como a profesionales y funcionarios: escritores, médicos, ingenieros, abogados, jueces, periodistas, enseñantes en general, políticos, clero, etc., etc. Pero a continuación los sitúo históricamente, porque, si para la definición es suficiente observarlos en sus funciones sociales, para conocerlos como grupo social es preciso situarlos en el conjunto de la estratificación social que el régimen dominante gene-

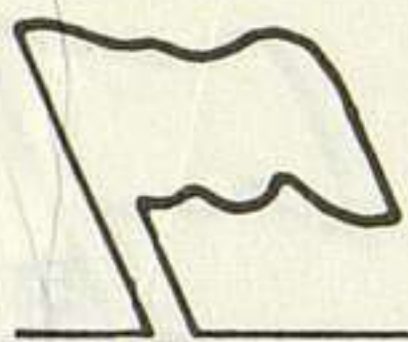
ra, y, sobre todo, en la forma en que este régimen organiza su trabajo en el cumplimiento de aquellas funciones sociales.

—Has optado, entonces, en este encuadre general y sociológico, por el análisis histórico como instrumento de clarificación. Las ventajas de este método consisten para ti en...

—Hay una inmediata: que es la de huir de sociologismos fáciles, al estilo de la obra sobre los «intelectuales bonitos», pretexto, más que otra cosa, para hablar de los amigos con los que se toma una copa. Pero es que, además, sólo el análisis histórico del origen y desenvolvimiento de los diferentes tipos de trabajo intelectual, de la multiplicación de las carreras facultativas, de sus distintas opciones profesionales, del desarrollo de los medios editoriales y de las instituciones de difusión artística, etc., permiten unificar los rasgos que les definen como grupo de la organización social burguesa. De ésta surgen, y en consecuencia en ella hay que situarlos, como fórmulas tal vez transitorias, en la naturaleza cambiante de las relaciones con su medio económico y social. Pongamos el caso de esas formas tan peculiares de organización de trabajo intelectual, como son el profesionalismo liberal y los cuerpos técnicos estatales, que van a tener una rica problemática a lo largo de este siglo conforme se modifican las condiciones originales de funcionamiento. O esas profesiones tan específicamente ambientadas en un régimen de propiedad como son los notarios o los registradores de la propiedad.

—De la lectura de tu libro se observa que el intelectual español en los orígenes de la sociedad burguesa tiene un carácter polifacético, que posteriormente se va especializando e incluso *funcionarizando*, pudiendo calificarse con términos de Gramsci «funcionarios de la superestructura». Para la historia de España, ¿por qué etapas se atravesó en este proceso y cuáles son las características de cada momento?

—La especialización propiamente dicha es una categoría que responde a la división social del trabajo, y, sin duda, nunca dejó de existir. Ahora bien, en términos estrictos ese carácter polifacético de que hablas es un signo muy marcado de los nuevos grupos dirigentes en los inicios del régimen liberal. Hay en ellos ciertamente la pretensión de definir este régimen en



todas sus dimensiones y de apuntarlo por medio de conocimientos especializados. Azaña lo definiría posteriormente como la pretensión de hacer del nuevo Estado liberal la «proyección moral de sus personas». Puede ponerse como límite cronológico 1868 o, mejor, 1874. Paralelamente, como resultado precisamente del desenvolvimiento del orden y de los aparatos del Estado burgués, se han ido desarrollando las formas tradicionales de organización del trabajo intelectual, de que antes hablaba. Lo que define esta segunda etapa —desde 1874— no es sólo la creciente especialización y profesionalización sino también una pretendida autonomía de estos tipos de trabajo intelectual, olvidando sus orígenes históricos (la política y el orden liberal), y una búsqueda de legitimidad en la sociedad, en el concepto de función social, identificándola absolutamente con el tipo de organización vigente. Por último, ya avanzado el presente siglo, la crisis de estos tipos de organización del trabajo intelectual, en parte por la creciente competencia profesional, en parte por la carestía de la vida, en parte por la contradicción entre esa función social que decían cumplir y las formas lucrativas en que la realizaban, que tarde o temprano se revelaban como antisociales, esta crisis, decía, da lugar a una etapa de amplio movimiento corporativo, con sugerentes implicaciones para la historia social contemporánea y para sus manifestaciones políticas.

—Entonces, a tenor de lo que dices, hay un momento en que los intelectuales son definitivos en la actuación política. Primero como ariete contra la sociedad feudal absolutista, más tardíamente como integrantes y mantenedores de la cohesión ideológica del régimen liberal burgués. Pero, justo entonces, ya aparecen distintas funciones y distintos papeles cuando parte de los intelectuales tratan de minar la hegemonía burguesa mediante su militancia en partidos obreros.

—Son la antítesis precisamente de esos intelectuales o esos grupos profesionales que no se reconocen en sus orígenes. Frente a ellos, definen quizá más certeramente la tarea del intelectual; y esto en dos sentidos: en la lucha por el socialismo, frente al régimen burgués en el que aquellos no quieren reconocerse; y en la militancia organizativa, frente al concepto idealista de libertad intelectual. La verdad es que, vis-

to globalmente, la adhesión intelectual al socialismo fue muy minoritaria, tardía y problemática, en parte por la propia desconfianza de los partidos obreros hacia los intelectuales. La guerra civil, por otra parte, vino a cortar el cambio profundo que se estaba produciendo en este panorama.

—Ahora continúas tus investigaciones sobre los grupos profesionales en la España del primer tercio del siglo XX. ¿Podrías avanzar parte de tus primeras hipótesis de trabajo sobre la inserción de estos grupos en el entramado social de aquellos años y sus consecuencias posteriores?

—Trabajo precisamente sobre la crisis de las formas tradicionales del trabajo intelectual en el primer tercio de este siglo: sus causas, sus factores y la respuesta de estos intelectuales. Ya hablé antes de algunos de estos factores. Otros no menos importantes fueron la creciente utilización de procedimientos capitalistas en aquellas funciones a las que atendían profesionalmente; ejemplo, las sociedades médicas, que convertían a los entes profesionales liberales en simples asalariados, o las sociedades farmacéuticas, que con la llegada de los específicos acabaron prácticamente con la fórmula magistral, razón de ser de la profesión farmacéutica. También, la desorganización y precariedad del trabajo profesional en los ámbitos rurales, el caciquismo y favoritismo en los ascensos en las escalas de los cuerpos funcionariales, la competencia desleal de los altos cargos políticos, la quiebra de las tradicionales normas deontológicas de las profesiones, ante el crecimiento de la competencia, etc. Es una problemática muy interesante, porque permite conocer los datos de la crisis de una parte de las capas medias, las más frágiles precisamente, las más sensibles a las crisis y a las modificaciones del medio social y económico, y su difícil adaptación al entendimiento con la clase social más próxima, la clase obrera. Precisamente sus órganos de asociación, extraordinariamente difundidos desde comienzos de siglo, y no digamos con posterioridad a 1917, a ejemplo de las Juntas de Defensa, órganos divididos entre el sindicalismo patronal, el corporativismo y el sindicalismo socialista, son el exponente más visible de esta problemática adaptación.

—Por lo que se ve, este tipo de investigación



tiene claras connotaciones con el presente. En concreto, con el problema de la sindicación de las tan debatidas *clases medias*. Recordarás que el año pasado la prensa difundió unas declaraciones del decano del Colegio de Abogados de Madrid en las que se autodefinían como una «galaxia brillante». Pero es que, además, en el PCE han existido posturas encontradas sobre el tema de la sindicación de los profesionales. ¿Cómo ves el comportamiento sindical de estas capas sociales y sus consecuencias para el movimiento reivindicativo obrero?

—Si nos atenemos al dato puramente histórico, los grupos adheridos a sindicatos de clase fueron minoritarios entre los profesionales. Predominó el sindicalismo patronal y, sobre todo, el corporativismo, que, aún utilizando procedimientos calcados del sindicalismo obrero, marcó siempre sus distancias con respecto a él. En pocas palabras, se podría definir la actuación del corporativismo en torno a los años veinte como un auténtico cerco sobre el presupuesto nacional y sobre los órganos legislativos para conseguir mejoras económicas y normativas ventajosas para la respectiva profesión.

Profesionales, intelectuales y artistas: dos asambleas

Miguel Bilbatúa

El papel de los profesionales, intelectuales y artistas del PCE, tanto en el interior del partido como en su relación con la transformación de la sociedad han sido los temas claves de la Conferencia de Sevilla, diciembre del pasado año, y de la I Asamblea de Intelectuales, Profesionales y Artistas, celebrada en Madrid en enero del 81. Ambas reuniones suponen los primeros pasos hacia la resolución de la grave crisis por la que atraviesa el trabajo en estos sectores, tal como se reconocía ya en el Pleno del C.C. que tuvo lugar en Córdoba el pasado año.

TRES puntos han destacado en ambas reuniones: la autocrítica del período de transición, el análisis de la debilidad y pérdida de incidencia del PCE en el campo de la lucha ideológica, así como un replanteamiento organizativo que posibilite recuperar la incidencia en estos terrenos.

La situación se ha descrito con las siguientes palabras: «A raíz del proceso de territorialización, los movimientos de profesionales, intelectuales y artistas, que, como es sabido, jugaron junto a la clase obrera, un papel decisivo en la lucha por la democracia, y en los que los comunistas tuvimos una presencia protagonista indudable, con sólidas organizaciones caracterizadas por su gran actividad política, por su inserción en el tejido social y por una concepción de la vida interna del Partido claramente democrática, han sufrido una casi total desaparición, tanto en su incidencia en la sociedad española como en lo que se refiere a la permanencia de los militantes de estos sectores en las organizaciones del Partido. Sin embargo, no sería justo afirmar que la causa de la descapitalización de nuestras organizaciones profesionales se deba exclusivamente a un problema organizativo, sino que tiene un fuerte componente político».

Es este componente político lo que se ha pretendido desentrañar en ambas reuniones, aunque pudiera parecer, en una primera impresión, que las formas organizativas eran el eje de las discusiones.

El descenso de la incidencia de los profesionales, intelectuales y artistas no se deriva únicamente del proceso de territorialización,

llevado a cabo por la «vía prusiana» y sin que se crearan simultáneamente las estructuras sectoriales previstas en el período de discusión acerca de la territorialización, aunque evidentemente este proceso ha agravado la situación. La territorialización, tal como se llevó a cabo, fue —la práctica lo ha demostrado— un grave error político, pues, si bien su principio teórico era correcto: homogeneizar el Partido, resultó una medicina que, en vez de sanar la enfermedad, liquidó al enfermo.

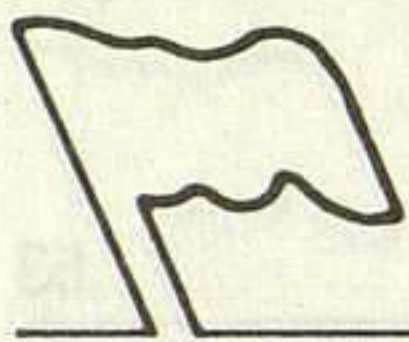
Causas políticas, no sólo organizativas

¿Cuáles son las causas políticas de este descenso de la incidencia de los comunistas, tanto en los sectores de profesionales e intelectuales y artistas como en el conjunto de la lucha ideológica? Los análisis realizados se centran tanto en la situación política y económica internacional y nacional, como a las deficiencias de la política llevada a cabo por el PCE durante el período de transición. A ello habría que añadir una cierta corrección de la óptica con que tantas veces se ha visto, subjetivamente, la lucha de estos sectores durante la dictadura.

Como factores externos que inciden en la crisis del trabajo de los propios profesionales, intelectuales y artistas del PCE, y del propio partido como tal, no se puede olvidar, en primer lugar, la crisis económica actual que influye en un doble sentido. Por una parte porque la situación de crisis económica internacional refuerza la política de guerra fría, que no



Por supuesto, al leer lo del proyecto de una Unión Profesional de Abogados, lanzado el pasado año por el decano del Colegio de Abogados de Madrid, y lo de la «galaxia brillante», me producía la impresión de tener enfrente una revista profesional de aquellos años. Hasta en el nombre coincidían. Hubo Uniones de casi todos los profesionales. No estoy seguro de que el proceso de sindicación de la clase media, fenómeno universal, por otra parte, haya influido y deformado en cierto sentido el concepto genuino de asociación sindical de clase; pero es indudable que esta deformación se produce, se trate del sindicato que se trate, cuando el sindicato se limita a ser un mero instrumento de reivindicación económica. En principio, sin embargo, no veo excesivas objeciones a la formación de agrupaciones sindicales de profesionales, siempre que se encuentren integradas organizativamente en el ámbito de un sindicato de clase, de forma que nunca se pierda esa perspectiva de transformación social unificada y coherente, y siempre que no pretendan basar en su cultura facultativa una especial cualificación y protagonismo para definir la estrategia sindical más allá de su importancia numérica.



puede centrarse únicamente en los aspectos políticos y militares, sino que repercute también, y de un modo fundamental, en los aspectos ideológicos. En primer lugar en medidas de carácter jurídico, como en las limitaciones que aparecen cada vez en mayor grado a la libertad de expresión. Pero, con ser este aspecto importante, quizá lo sea aún más la censura que el poder económico impone a través de sus órganos expresivos, así como el relanzamiento desde estos órganos de ideologías reaccionarias y de un ataque desenfrenado al pensamiento marxista, o progresista a secas. No parece necesario citar ejemplos.

Crisis económica y corporativismo

Por otra parte, esta misma crisis económica repercute con fuerza en los componentes de estos sectores, especialmente en España. En contraposición a lo que ocurría hace escasos años, el tanto por ciento de los profesionales en paro, o que buscan su primer empleo, es superior al tanto por ciento general. Ello incide en un fortalecimiento de las tendencias corporativistas que siempre tuvieron una gran incidencia en estos sectores. El problema de la sindicación de los sectores profesionales y técnicos alcanza en momentos de crisis una nueva relevancia, como se ha demostrado en las últimas elecciones sindicales, poniendo en cuestión al mismo tiempo las interpretaciones mecanicistas que confundían salarización con proletarización.

Pero no son solamente condiciones objetivas producidas por la crisis económica las que han motivado el retroceso del trabajo del PCE en estos campos. Nuevamente aparece la necesidad de deslindar los problemas. Separar aquéllos que dependen de la actuación y política del PCE, de aquellos otros que se derivan de las transformaciones que se producen en el modo de hacer política desde el fin de la dictadura.

Las condiciones del trabajo durante la dictadura

En primer lugar, quizá exista una sobrevaloración subjetiva de la importancia de las luchas

políticas de los sectores profesionales —y habría que decir lo mismo de las luchas del conjunto de la población— durante la dictadura. El «desencanto», o mejor quizá el desconcierto que provocó la inexistencia de la ruptura, ha tenido una válvula de escape en el análisis de las debilidades de la actividad política del PCE durante la transición. Pero quizá debamos preguntarnos si la desviación entre los presupuestos de cómo se realizaría el paso de la dictadura a la democracia y el modo real en que ésta tuvo lugar han sido analizadas correctamente, si aquellos presupuestos no correspondían, por el contrario, a la «ilusiones» cradas por el protagonismo de la lucha contra la dictadura que impedían analizar objetivamente el alcance de dicha lucha. Es decir, la relación de fuerzas que impidió que tuviera lugar una auténtica ruptura puntual nace de la propia debilidad del movimiento contra la dictadura.

En segundo lugar, existe aún el síndrome de la «unidad». Durante la dictadura, importantes segmentos profesionales se encontraban a favor de las libertades democráticas. Los profesionales e intelectuales comunistas en cuanto eran los elementos más dinámicos en la lucha por la conquista de las libertades arrastraban en sus propuestas a cuantos estaban a favor de las mismas, pero que no estaban, sin embargo, dispuestos a poner en cuestión sus intereses de clase. Se confundió «protagonismo» con «hegemonía», sin tener en cuenta que, entonces, los comunistas no defendían un programa propio, sino las libertades democráticas. En la transición, cada mochuelo se fue a su olivo, y nos quedamos en lo que éramos una minoría.

Estamos en minoría y además no tenemos elaborada una alternativa concreta en estos sectores. Más aún, el PCE no ha dado a la lucha ideológica la importancia que tiene en la transformación de la sociedad.

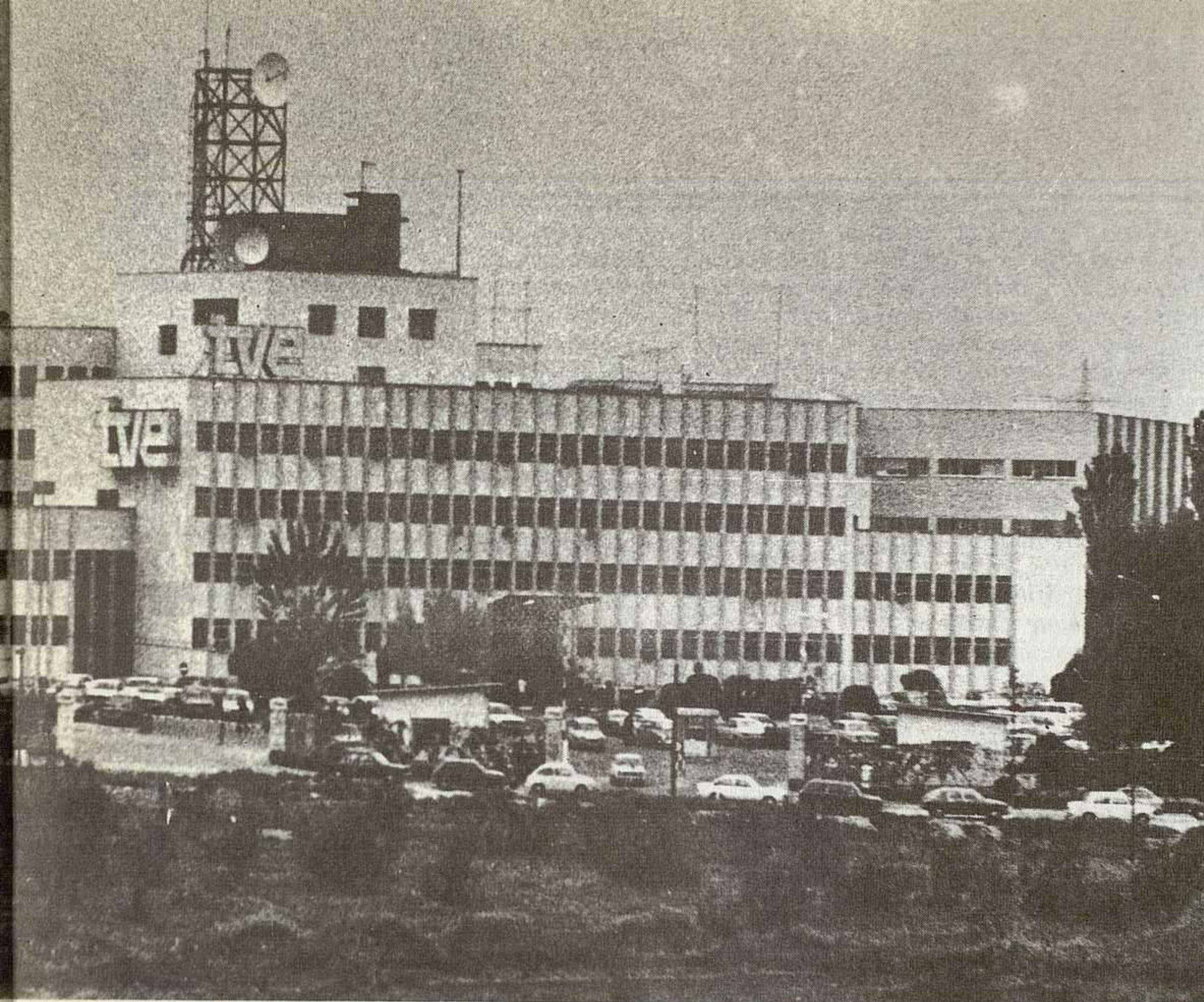
Profundizar en la AFTC

Como se ha puesto de manifiesto en ambas reuniones el primer punto de deficiencia es la falta de actualización y profundización en el significado profundo de la Alianza de las Fuerzas de Trabajo y la Cultura. El auge de los movimientos de masas no ligados directamente a la relación capital-trabajo, junto a la crisis eco-



nómica y la llamada crisis de civilización, que no son sino los síntomas de la senilidad de la formación capitalista, así como la negativa repercusión que en amplios sectores de la sociedad tiene el modelo del llamado «socialismo real», exigen una profundización de la confluencia de los factores «objetivos» y «subjetivos» que tienden al socialismo y en donde se encontraría el fundamento de la AFTC. Y ello no es únicamente un problema teórico, sino que exige también una reformulación de las relaciones entre los partidos políticos y los movimientos de masas, así como una resituación de los distintos planos que confluyen en la transformación social.

Quedan otros muchos problemas planteados —la crítica de la política cultural institucional, la relación entre el trabajo de las bases del Partido y quienes ostentan la representación popular, en sus diversos niveles; la interrelación entre los planos cultural, económico y político, etc.— sobre los que es preciso volver, dejando abierta la discusión iniciada.



RTVE: una esperanza cargada de amenazas

José FERNANDEZ CORMENZANA

Un destacado político de la izquierda española manifestaba no hace mucho que prefería diez minutos en televisión a diez mil militantes. La frase, con ciertos ribetes de cinismo y no muy halagüeña para los militantes en cuestión, expresaba sin embargo una cruda evidencia. No voy a insistir yo aquí en la influencia decisiva que los medios audiovisuales ejercen sobre la opinión pública y aún sobre los comportamientos de los individuos. Sólo recordar, como agravante del caso español, el pavoroso analfabetismo práctico de gran parte de nuestros conciudadanos, cuyo índice de lectura, incluida la de periódicos, presenta tintes tercermundistas. Lo que junto con una consecuente debilidad de su sentido crítico, hace aún más vulnerable a nuestra audiencia frente a los estímulos audiovisuales.

Puestos a acuñar frases, alguno podría haber dicho también: «Dadme la televisión (y la radio) y quedáos con los tanques». Y si nadie

lo ha dicho quizá alguien lo haya venido practicando desde hace mucho, aunque el invento le estallase finalmente en las manos por propia

torpeza. Dicho en otras palabras, que en la sociedad industrial, la televisión (y en mucha parte, la radio) es la auténtica arma total y que por tanto, el establecimiento de una democracia real y la profundización en ella pasa necesariamente por el control social de ambos medios. No es pues, ninguna casualidad que la derecha reformista, que puso cierta aparente diligencia en remodelar, o al menos en maquillar, otras instituciones también claves para la democracia, haya estado demorando abiertamente el desmantelamiento del bunker radiotelevisivo. Es más, en los tiempos precedentes, ya bajo el imperio de la Constitución y transgrediéndola abiertamente, la derecha ha venido acentuando su control absoluto sobre RTVE y su abusiva utilización partidista, apoyándose sin ningún escrúpulo en los exponentes humanos de dentro con perfiles más fascisoides y oportunistas. Ello a trueque de cerrar los ojos ante la evidente corrupción y de practicar sin sonrojo el soborno institucional o la compraventa de conciencias profesionales.

Sólo muy recientemente parecen haber llegado nuestros gobernantes a la conclusión de que el precio de tal política no se compensaba con la pobreza de los resultados, a menudo contraproducentes y dañinos para sus propios intereses, al paso que el desprestigio de la institución les estaba alcanzando de lleno. Ha sido precisa además una verdadera avalancha de protestas y denuncias, deducidas en el Parlamento, la prensa, la calle e incluso los juzgados, para que se hayan decidido a remover a un equipo dirigente cuya indecorosa fidelidad perruna se emparejaba con su incompetencia e ineficacia.

Aunque quizá habría sido preciso un esfuerzo mayor, más sostenido y metódico, más unitario sobre todo, para liquidar cuanto antes el caos radiotelevisivo, la izquierda se ha venido ocupando de este serio asunto con bastante rigor. Con bastante más al menos, que quienes con frivolidad suicida suelen despachar la cuestión en base a descalificaciones inoperantes del tipo «la caja idiota» o «la teletonta», cuando en realidad la TV debería ser apodada más propiamente «la caja peligrosa» o «la telemanipuladora». Por ejemplo. O «el comecocos», como con mayor intuición que los frívolos, la llaman en su jerga-comodín los más jóvenes.



Respecto a la izquierda institucional, junto a la lucha tenaz protagonizada por los profesionales demócratas del Medio desde siempre, cabría recordar cómo la noche misma del 15-J —primeras legislativas—, todos los partidos del arco constitucional, excepto UCD e incluida AP, suscribieron un documento donde se solicitaba la urgente democratización y el control social adecuado de RTVE. Unos meses después, los Pactos de la Moncloa consagraban solemnemente esta clamorosa exigencia mediante la promesa de constituir un Consejo Provisional de RTVE, que recibiría el encargo de elaborar un Estatuto jurídico y de «vigilar la objetividad informativa y el funcionamiento general» del Medio, «en especial, en lo relativo al gasto».

Pero los poderes dominantes no tenían ninguna prisa y, lo que era aún peor, el menor propósito de cumplir lo que habían firmado. Y así, hubieron de transcurrir muchas semanas antes de que quedase formalmente constituido el titulado «Consejo Rector de RTVE» en el que estaban representados todos los Grupos Parlamentarios. La breve existencia de este ente casi fantasmal concitó inicialmente una cierta esperanza. Pero ya desde sus primeras sesiones, contemporáneas con las duras denuncias de los profesionales agrupados en el Comité Anticorrupción, se apreció la clara voluntad ucedista de no ceder ni un ápice. La guillotina de la minoría mayoritaria y su burdo filibusterismo procedimental impidieron que prosperase ni una sola propuesta tendente a sanear el Medio. Mientras tanto, un joven diplomático, con apellido de siniestras resonancias en el mundo de la comunicación, había sustituido en la presidencia del caos al anterior responsable y se dedicaba a machacar concienzudamente lo poco que del edificio radiotelevisivo había dejado en pie su antecesor.

Cuando, al cabo de unos meses, los socialistas abandonaron sin plantear ninguna alternativa, quizá aburridos, quizá pensando que iban a ganar las inminentes elecciones, el Consejo Rector estaba muerto «de facto». En un año largo de existencia y en virtud del sistemático bloqueo de UCD y de la inhibición de casi todos los demás, no había sido capaz ni siquiera de redactar el Estatuto. El toque de rebato para resucitarlo precipitadamente fue la presentación en el Parlamento, por parte del PCE, de

su propio Proyecto de Estatuto. Cuarenta y ocho horas después, el Gobierno anunciaba un contraproyecto, más bien una chapuza improvisada a uña de caballo al hilo del texto comunista, aunque desvirtuándolo hasta hacerlo irreconocible. Se trataba de cerrarle el paso a un posible protagonismo parlamentario de la izquierda y el decoro técnico-jurídico con las Cámaras a punto de ser disueltas, era en esta ocasión lo de menos. Ambos documentos fueron pues, urgentemente remitidos como material de trabajo, sin llegar a ser discutidos, ni apenas leídos, en el seno del Consejo que con tan poco brillante broche daba por cancelada su vacilante existencia.

Sin embargo, la táctica dilatoria aún se prolongará por otros dos años: uno largo para permitir que el texto del Estatuto viese la luz en el BOE y otro más, hasta que se consiguió la constitución del Consejo de Administración de RTVE, previsto en la ley y sobre todo, la evicción del último director general que se resistía a abandonar la poltrona con obstinación berroqueña. Era el 9 de enero de 1981. La prolongada y sinuosa campaña por la democratización de RTVE alcanzaba su primer objetivo serio, desde los olvidados y remotos compromisos monclovitas que marcaron sus inicios.

El ente público radiotelevisivo se encuentra en su punto más bajo de credibilidad, abrumado por una burocracia tan frondosa como inútil, desmoralizados y frustrados sus profesionales, obsoleto e insuficiente en su infraestructura técnica, viciado hasta la médula por la incompetencia y las corruptelas a todos los niveles que tan recientemente lo han assolado... El nuevo equipo dirigente ha de abordar pues, una tarea erizada de obstáculos técnicos por no hablar de los políticos. De una parte están las dificultades intrínsecas de la situación; de otra, cada medida adoptada para sanearla suscita automáticamente la interesada resistencia de los afectados, algunos muy poderosos y bien relacionados. No hace falta ser profeta para adivinar la inminente constitución de un «sindicato de damnificados» que apelará a toda clase de maniobras, sin excluir las más sucias, para recuperar las sinecuras perdidas. Paralelamente, las medidas tibias o las cautas concesiones al sector hasta hoy dominante, provocan el recelo en la porción más sana del colectivo, escaldado por anteriores expectativas

defraudadas. Nada de esto se remedia además en una semana, ni siquiera en unos meses: una programación digna no se improvisa ni menos aún un cambio estructural en profundidad.

Por encima, planeando como una amenaza mucho más grave que los problemas de estructura o de gestión, al fin y al cabo, solucionables, la actual situación de UCD y su más que probable derechización aguda. Así las cosas, los primeros pasos, indudablemente positivos, del nuevo equipo podrían ser frenados en cualquier momento y ni siquiera estaría descartada la posibilidad de una involución local perfectamente coherente dentro de la involución general. El Estatuto, como otras leyes más o menos consensuadas, es lo suficientemente ambiguo como para permitir una lectura progresista o su contrario. Es el director general quien lo aplica, con un margen de discrecionalidad amplísimo, que no está obligado a compartir ni siquiera con el resto de los dirigentes del Medio. Ciertamente, el Consejo de Administración emanado del Parlamento tiene algunas posibilidades de control y, por supuesto, de denuncia en el caso de hipotéticas transgresiones, pero la verdadera eficacia de este órgano deriva de su buen entendimiento y su trabajo conjunto con el ejecutivo como, en gran parte, viene ocurriendo hasta ahora. Esta situación podría verse alterada en cualquier momento, sin olvidar que UCD tiene mayoría en el Consejo.

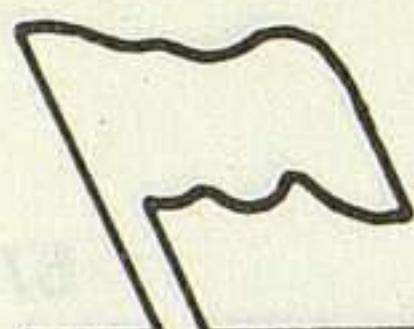
Todo el proceso de democratización, igual a saneamiento del Medio, depende básicamente por tanto, de la persona que hoy lo dirige al máximo nivel. De su capacidad para resistir las presiones a que ya está siendo sometido su proyecto, apenas esbozado, y que sin duda se intensificarán cuando intente avanzar más. De su coraje y audacia para seguir adelante y aguantar al menos hasta que la próxima legislatura lo confirme en su cargo o lo remueva, vía nuevo Consejo de Administración. No parece que este plazo vaya a ser muy largo, pero sí lo suficiente para tomar medidas cuya revocación no sería posible sin gravísimos traumas.

No es una expectativa ideal, pero sí la más probable y quizá la única posible, a despecho de su evidente fragilidad. Una esperanza que reposa más sobre voluntades personales que sobre cimientos institucionales suficientemente sólidos. □



El Salvador, diálogo de fusiles

Vicente Romero



YA no se cuentan los muertos en El Salvador. Desde que la sede del Socorro Jurídico del Arzobispado de San Salvador fue allanada por el ejército y sus archivos saqueados, se ha perdido la cuenta de las víctimas de la represión. Los periódicos, las agencias de Prensa, elaboran balances aproximados periódicamente. Pero las cifras exactas, los casos individualizados, el señalamiento de los autores de las matanzas, ya no es posible. Durante muchos meses, los abogados del Socorro Jurídico recibieron denuncias de desapariciones, torturas, muertes. Los familiares de las víctimas acudían a sus oficinas. Y sus testimonios quedaban recogidos en un escalofriante archivo. *Negro sobre blanco*, dicen los franceses; rojo sobre blanco habría que decir en el país que Gabriela Mistral rebautizó como el Pulgarcito de América.

El número de muertos ya no importa. La primera víctima, el primer caso de torturas, es siempre un escándalo. Después, cuando el terror se convierte en sistema de gobierno, la noticia es un día sin tiroteos. En El Salvador se mata y se muere como en Europa se discute. El precio de la libertad es la vida, y se paga y se cobra sin vacilaciones.

Larga noche de San Bartolomé

La derecha centroamericana ganó las elecciones estadounidenses. Con Reagan caen las máscaras. No más derechos humanos, no más formalismos generadores de contradicciones. La principal preocupación del Departamento de Estado no son ya los derechos humanos, sino el terrorismo. Y terrorista es todo el que lucha por la li-

bertad de su país, todo el que se niega a malvivir la miseria de la dependencia, todo el que se rebela y contradice los lineamientos de la teoría de la *seguridad nacional* yanqui, según la cual un cambio revolucionario en América Latina supone una amenaza directa para el centro del Imperio.

«*Los comunistas asalariados de Rusia, Cuba y Nicaragua y sus fanáticas pandillas de guerrilleros asesinos a sueldo, secundados por ladrones y criminales comunes*» que «*actúan con el vil pretexto de que la oligarquía explota al campesino y el obrero, de que el imperialismo norteamericano interviene en los asuntos internos de El Salvador, de que el pueblo es masacrado por la tiranía militar y otra sarta de mentiras*» deben ser «*exterminados físicamente y en forma urgente*». Entre este «*programa*» descaradamente publicado por las organizaciones ultraderechistas y la actuación del gobierno cívico militar del democristiano José Napoleón Duarte y el Coronel Jaime Abdul Gutiérrez no hay más diferencia que los términos vergonzantes. El señor Duarte habla de pacificar el país, mientras los soldados del coronel Gutiérrez llenan de pacíficos cadáveres los campos de El Salvador.

Medio siglo atrás, la derecha salvadoreña impuso su ley, aniquilando a treinta mil campesinos que pretendían conquistar el reconocimiento de su naturaleza humana. Ahora, hay quienes se empeñan en repetir la historia, justificando la larga noche de San Bartolomé en que han sumergido a un pueblo entero con las aberrantes teorías aprendidas en las escuelas de Chicago y Panamá: basta —dicen los profesores de represión— con aniquilar a un mínimo tanto por ciento de población, haciendo desaparecer a toda la vanguardia política y

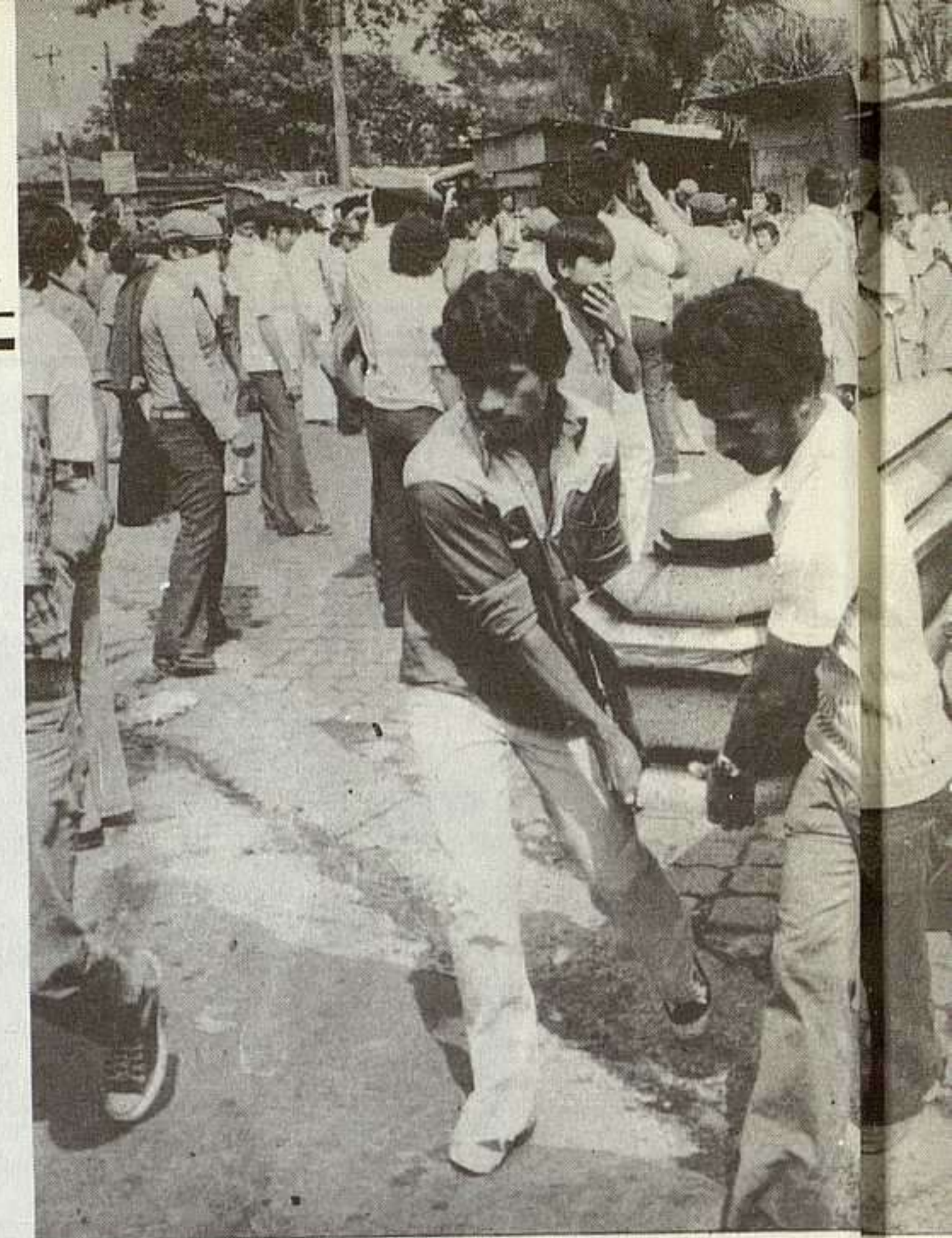
social del país, para asegurar la paz durante dos generaciones.

La guerrilla acepta el desafío del gobierno

El ejemplo de la triunfante insurrección sandinista representa una tentación demasiado grande. Nicaragua puede ser para América Latina el mismo espejismo que fue Cuba, veinte años atrás.

Pero el enemigo aprende rápidamente. No hubo una segunda Cuba. Los héroes cayeron, vistiendo uniformes verde olivo, en casi todas las montañas sudamericanas, soñando imposibles Sierras Maestras. Las condiciones son muy distintas en la Nicaragua de Somoza y El Salvador o Guatemala. El modelo de insurgencia no puede ser el mismo. La izquierda está pagando un alto precio en sangre, en su empeño de forzar los límites de sus propias fuerzas y la resistencia enemiga. Pero ni existen unas perspectivas claras que permitan augurar su triunfo, ni el poder establecido parece capaz de derrotarlas. La matanza no tiene fin.

Nicaragua era una posesión familiar, una propiedad privada del clan Somoza. En El Salvador, como en Guatemala, la derecha cuenta con estructuras más sólidas, mejor arraigadas. Y el padrino norteamericano se muestra firmemente decidido a impedir que una nueva independencia florezca en lo que siempre consideró su *patio trasero*. Los analistas políticos, en sus altos despachos de Washington, son perfectamente conscientes de que el viejo trípode que sostenía a las dictaduras centroamericanas —oligarquía terrateniente, ejército e iglesia— ya no se tiene en pie. «*Pero si el viejo orden está pasan-*



do, falta por establecer un nuevo equilibrio» —son palabras de William Bowdler, secretario de Estado adjunto para asuntos interamericanos en la administración Carter, sacadas de su informe ante el Congreso norteamericano—. *Están emergiendo nuevos grupos; los viejos están cambiando. Las alianzas tradicionales entre terratenientes, generales y obispos se han destrozado. El monopolio económico de la aristocracia latifundista ha sido desmembrado por los modernos empresarios y comerciantes. Las Fuerzas Armadas están desarrollando más amplias y más modernas perspectivas como instituciones. La Iglesia ha cesado de bendecir el statu quo, y algunas veces asume una función activa en apoyo de los cambios*».

Controlar el cambio

Mister Bowdler afirmaba que «*los cambios, y un cierto grado de inestabilidad son inevitables*» en la región centroamericana. Y El Sal-

Cronología

15 de octubre de 1979: Golpe militar, como respuesta a la concienciación del pueblo sobre la represión, corrupción y el fraude existente en el Estado, desde las fraudulentas elecciones de 1972.

15-X a XII de 1979: Ascenso de la represión de los movimientos populares. Esterilización por parte del sector más duro del Ejército de las reformas planteadas, Reforma Agraria, nacionalización del comercio exterior y de la banca. En el mes de diciembre aumento de la represión del ejército: asesinatos masivos, desalojo violento de tierras y empresas tomadas por trabajadores en huelga, dispersión de manifestantes.

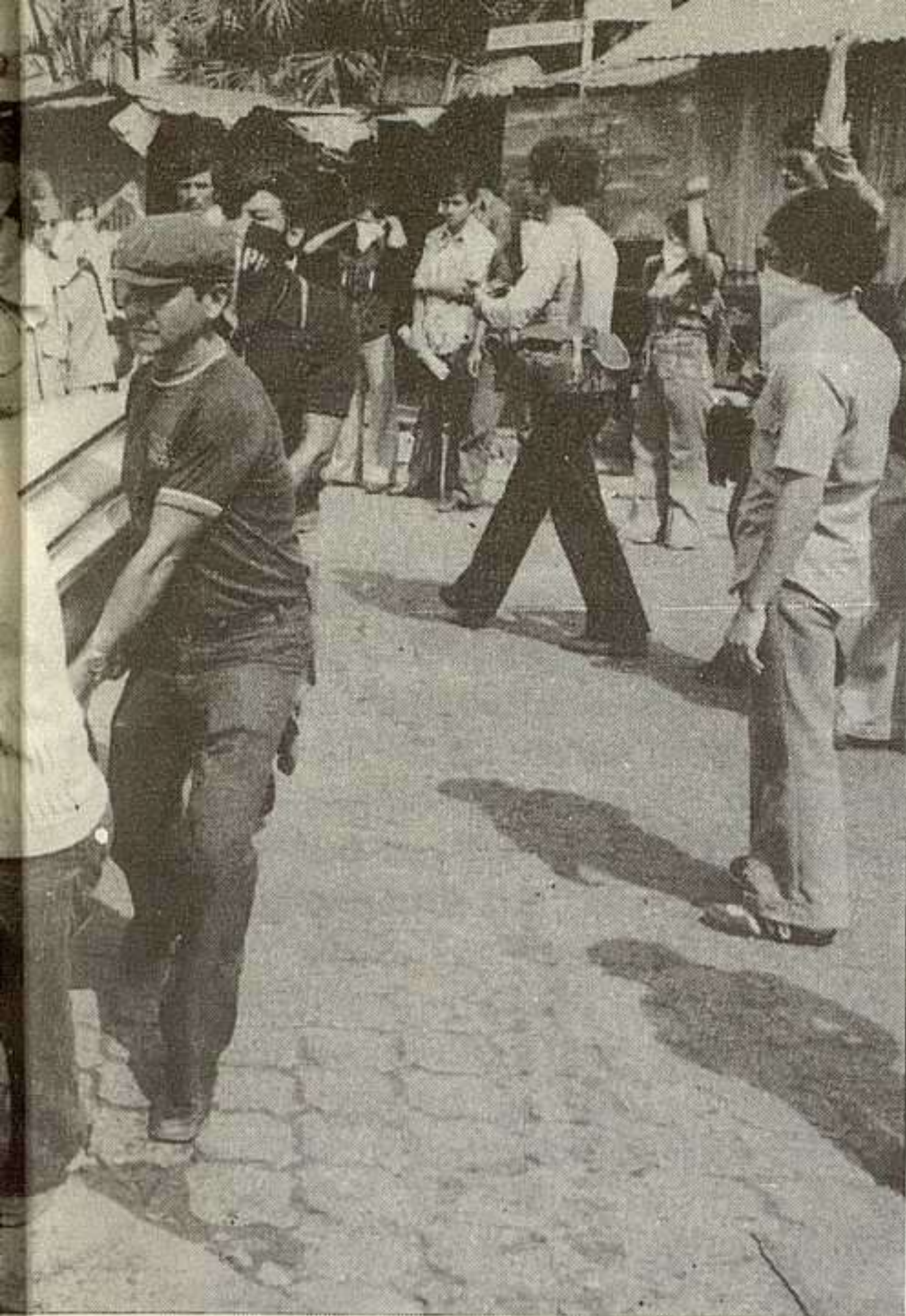
4 de enero de 1980: Renuncia de dos miembros de la Junta, la totalidad de los ministros excepto el de Defensa, 13 vice-ministros y de 25 directores de organismos autónomos. Se impone nuevamente el sector del ejército más vinculado a la oligarquía, los problemas laborales ya no son competencia del Ministerio de Trabajo, sino de Defensa, las reformas estructurales que se habían anunciado ya no se harán.

22 de enero de 1980: Masacre en la manifestación que se celebra por la creación de la Coordinadora Revolucionaria de Masas.

24 de marzo de 1980: Asesinato de Monseñor Arnulfo Romero.

Abril de 1980: Formación del Frente Democrático Revolucionario.

14-15 mayo de 1980: Ma-



vador, país sin grandes intereses económicos norteamericanos que salvaguardar, fue escogido como laboratorio para ensayar una «*revolución formal*», un proceso de cambios perfectamente centrado que arrebatase a la izquierda sus principales banderas sociales.

Los datos oficiales que resumen la realidad salvadoreña son suficientemente elocuentes: 40 por 100 de analfabetos, un peonaje rural con salarios de 429 colones (unas 1.200 pesetas), las riquezas principales del país en manos de las famosas «*catorce familias*», número ampliado en realidad hasta un centenar de clanes con un millar de testaferros, un presupuesto militar que destina más fondos a los muertos que causa que a quienes sobreviven a su acción, hundidos en la miseria. Un panorama socialmente explosivo que hizo decir a monseñor Oscar Arnulfo Romero —asesinado mientras oficiaba misa— que «*existe una violencia legítima, ya que todos los medios pacíficos de evolución hacia la justicia social han sido impe-*

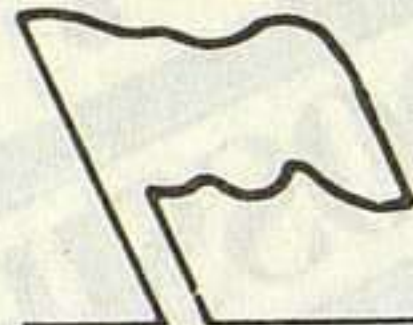
didados, y los daños provocados por la insurrección serían un mal menor en relación a la situación actual», en la cual «*la mera proclamación del Evangelio resulta subversiva*». Una situación en verdad insostenible, para la que se diseñó un modelo de cambio estructural.

El 15 de octubre de 1979, un grupo de oficiales derribó al gobierno del dictador Romero. Se llamó a civiles de moderado carácter progresista a formar parte de una Junta cívico-militar. Hubo incluso vacilaciones por parte de algunos sectores de la izquierda. Pero las cosas no tardaron en aclararse. Y, finalmente, se quedaban solos en el gobierno los democristianos más derechistas (después de que la DC sufriese una escisión) y los centuriones supuestamente reformistas, divididos en dos bloques claramente diferenciados que se personificaban a la «*izquierda*» en el coronel Majano y a la derecha en su homónimo Gutiérrez.

El programa «*revolucionario*» de la Junta sembró el pánico entre la

derecha más ciega. El anuncio de una serie de reformas, junto a la imparable espiral de violencia, hizo que los más destacados miembros de la oligarquía viajasen rumbo a Miami, en unas improvisadas vacaciones sin fecha de retorno prevista, llevándose en sus maletas más de 42.000 millones de pesetas. No había en realidad de qué asustarse: se trataba de pagar un precio a cambio de mantener el control del Estado.

Pero ni siquiera las primeras facturas fueron aceptadas por los millonarios del empobrecido país centroamericano. La primera fase de la reforma agraria afectó a las propiedades de más de 500 hectáreas, que fueron expropiadas para establecer sobre ellas un sistema de cooperativas campesinas con asesoramiento de técnicos gubernamentales. Sobre el papel, el proyecto parecía beneficiar al campesinado, aunque trataba también de respetar los intereses de los propietarios: los agricultores recibían la tierra en una ficticia propiedad, por la cual debían pagar mensual-



mente las comunidades campesinas, engrosando de este modo los fondos estatales de los que habría de salir el importe de las indemnizaciones a los terratenientes, fijadas con arreglo al valor catastral.

La maniobra hacía desaparecer formalmente el régimen de aparcería, obligando al campesino a pagar un alquiler salido de su propio trabajo en la tierra. Y la formación de organizaciones comunales facilitaba a las fuerzas represivas la ejecución de una represión selectiva, aislando y exterminando a los elementos más activos que destacaban entre los agricultores.

El fracaso que resultó de la aplicación de esta primera fase de la reforma agraria, provocando el descontento de los propietarios y sin encontrar simpatía alguna entre los campesinos, hizo que se paralizase su proyectada segunda fase, que debía haber alcanzado a las fincas entre las 500 y las 100 hectáreas. Además, la producción agraria quedó gravemente dañada, tanto por la desorganización producida por los cambios introducidos, como por el abstencionismo y la resistencia que generó entre los terratenientes que temían verse afectados. Tampoco las publicitadas nacionalizaciones de la Banca y el comercio permiten apuntar logro alguno a la Junta. La izquierda ha argumentado contundentemente su afirmación de que el 51 por 100 de los bancos continúa en manos privadas. La industria no ha sido tocada. Y la reforma urbana murió antes de nacer, ahogada en la irrespirable atmósfera interna del palacio de gobierno.

Las tensiones aumentaron en el seno de la Junta. Majano perdió el control de las Fuerzas Armadas. La vía reformista fue abandonada, antes de avanzar en ella lo suficiente

para alcanzar algún resultado positivo. La respuesta social de la izquierda fue contundente. Las huelgas sacudieron al país entero, reduciendo aún más la producción y aumentando el caos económico. El Salvador se descapitalizó, pasando a depender más que nunca de las hipotecas exteriores, principalmente norteamericanas, aunque también contase con la ayuda venezolana. El número de parados rebasó la cifra de 300.000 y una plaga de roya dañó la cosecha de café, producto que supone el 62,8 por 100 de las exportaciones nacionales.

Finalmente, el espadón de Abdul Gutiérrez cortó las tentativas reformistas. Majano fue expulsado del gobierno. Y, con Ronald Reagan en la Casa Blanca, el embajador norteamericano Robert White, verdadero arquitecto del frustrado proyecto político salvadoreño, fue cesado.

Una vez más, la izquierda ha llamado a las armas. Una vez más, el choque ha mostrado la imposibilidad de un triunfo militar rápido. La unidad es más cierta sobre el papel que en los campos de batalla. Las fuerzas sociales están quemadas por meses de esfuerzo, a lo largo de un camino jalonado de fosas comunes. La geografía no ayuda a la guerrilla y las fronteras se convierten en paredones, cuando no llega también desde el otro lado el castigo cómplice de los asesinos de uniforme hondureño o guatemalteco.

Las opciones USA

La tentación intervencionista yanqui debe ser más fuerte que

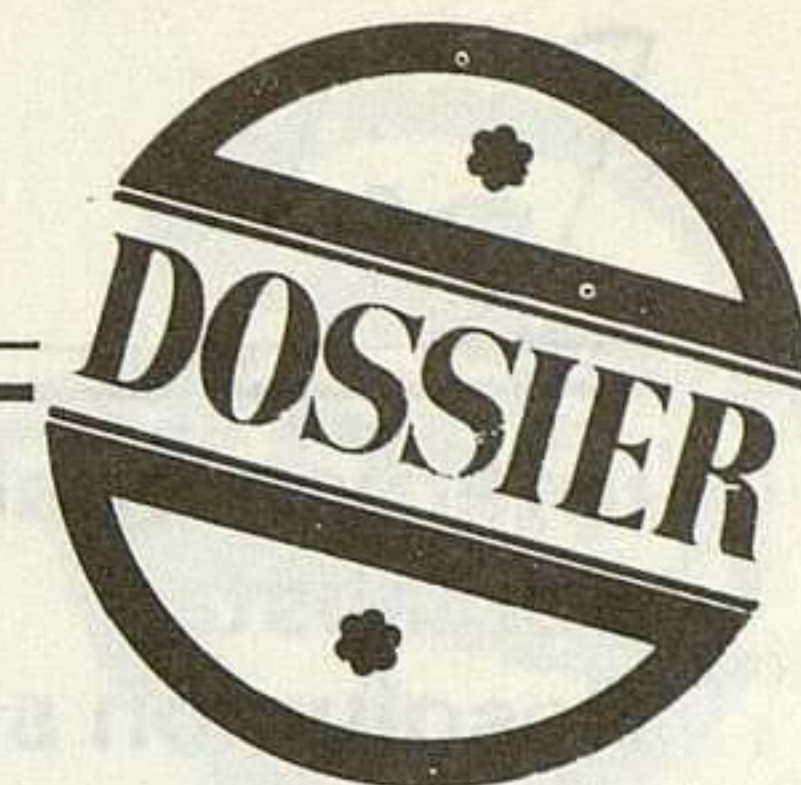
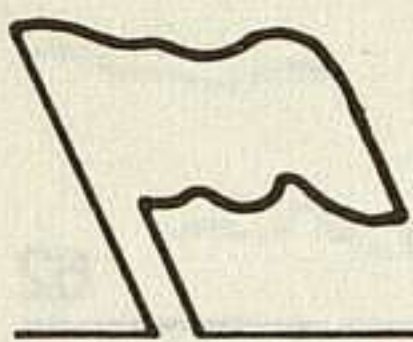
nunca. Pero si no son los tiempos ya de las repúblicas bananas, si su modelo se ha quedado obsoleto y el Tío Sam necesita encontrar mulas de dominio renovadas, también están lejos los días de impunidad para repetir aventuras como la de Santo Domingo en 1975. En los propios pasillos del Pentágono se escuchan voces realistas que desaconsejan prudentemente un desembarco.

Dos días después del triunfo electoral de Reagan, el Departamento de Estado daba curso a un documento a través del denominado «canal disidente» (clave de dirección ESCATF/D, codificación de asunto DM-ESCA 80-3), con la advertencia inicial de que «*la primera crisis internacional de la administración Reagan puede muy bien ser en El Salvador*». El informe, preparado por analistas y oficiales de las organizaciones estatales de seguridad e inteligencia NSC, DOS, DOD y CIA, tras estudiar los intereses estadounidenses en la región, la situación interna salvadoreña y la coyuntura internacional —valorando detenidamente la posición de cada uno de los países de la zona— concluía con una proposición que contradice la actual política estadounidense: reconocimiento de las fuerzas populares (FDR-DRU) como «legítimas y representativas», descartando toda acción militar, formación de un gobierno provisional, convocatoria de elecciones admitiendo que la izquierda podría ganarlas, consolidación de un sistema democrático y apoyo total a los sectores más conservadores del mismo. Una audaz jugada, presentada como «opción Zimbabwe», por las similitudes formales con el agitado proceso de independencia del país africano.

Al lado, los volcanes de Guate-

mala dan síntomas de erupción. Con dificultades nacidas de su propia historia, la izquierda progresa en un proceso unitario, mientras se consolida su presencia guerrillera. La fiebre salvadoreña podría extenderse por todo el istmo, hasta provocar un conflicto regional abierto. Un riesgo que para Washington es preferible evitar. Pero, ¿es posible la negociación? ¿Cabe otra posibilidad? Con Reagan en el despacho oval de la Casa Blanca y la política exterior norteamericana en manos del general Haig —el hombre que ordenó los bombardeos masivos en el sudeste asiático— parecen imponerse las soluciones de fuerza. Eso al menos creen todos los dictadores del sur de Río Grande, que celebraron su triunfo electoral en noviembre. Sin embargo, Reagan puede verse obligado a ser un pragmático.

La izquierda salvadoreña resiste heroicamente la embestida de la bestia militar. Pero contra ella soplan los vientos de una creciente bipolaridad mundial. Si sus destinos entran en la dialéctica viciada de las grandes potencias, nunca alcanzarán el poder. Los apoyos internacionales parecen hoy más comprometidos que nunca. Y ello debe conducir a los insurgentes centroamericanos a plantearse su lucha por la libertad desde criterios propios y posiciones independientes, desarrollando vías originales. La plasmación victoriosa de su antiimperialismo pasará por el control de sus propios destinos políticos. Y ello puede exigirle también una cierta dosis de pragmatismo, aunque todos los crímenes sufridos en su carne hagan visceralmente difícil otro diálogo que el de los fusiles.



Publicamos a continuación una breve selección de documentos sobre la evolución de los acontecimientos en El Salvador. Hemos tenido que dejar fuera otros de un valor informativo similar al de los transcritos. La limitación de páginas nos obliga a presentar tan sólo un mínimo de lo que sería necesario. Esperamos haber acertado presentando aquello que, siendo importante, ha sido menos accesible para el lector de Nuestra Bandera.

Informe al Congreso USA de William G. Bowdler, Secretario de Estado Adjunto para América Latina en la Administración Carter



CON la alentadora excepción de Costa Rica y, hasta cierto punto Honduras, la América Central se halla en medio de una difícil y compleja transición.

El viejo orden se está erosionando bajo las presiones combinadas de problemas socioeconómicos endémicos, las crecientes demandas populares por la innovación y la incapacidad de las élites tradicionales para hacerles frente, aparte de las influencias desestabilizadoras externas como Cuba, el costo de la energía y la inflación.

Pero si el viejo orden está pasando, falta por establecer un nuevo equilibrio. Están emergiendo nuevos grupos; los viejos están cambiando. Las alianzas tradicionales entre terrate-

nientes, generales y obispos se han destrozado. El monopolio económico de la aristocracia latifundista ha sido desmembrado por los modernos empresarios y comerciantes. Las Fuerzas Armadas están desarrollando más amplias y más modernas perspectivas como instituciones. La Iglesia ha cesado de bendecir el statu quo, y algunas veces asume una función activa en apoyo de los cambios.

Las transformaciones tan básicas como las que se encuentran en marcha en la América Central, toman tiempo para establecerse. Algunos de los cambios que se están operando prometen una nueva esperanza para la democracia. Otros facilitan el crecimiento de facciones extremistas, o simplemente

hacen más difícil la tarea de gobernar. Tomados en conjunto, incrementan la incertidumbre acerca de lo que ha de traer el porvenir.

Una de las incertidumbres se refiere al papel de Cuba. Claramente Cuba no es la causa de los problemas de la América Central. Pero Cuba pudiera beneficiarse claramente con la rebelión. En el contexto de los graves problemas de la América Central, los antiguos vínculos de Cuba con los revolucionarios locales, y la ayuda concreta que les ofrece, podrían tener gran importancia. Los fracasos internos cada vez mayores pueden tentar a Cuba a una política más audaz, más «revolucionaria» en la América Central.

sacre de 600 campesinos en la frontera de Honduras, a lo largo del río Sumpul.

Junio de 1980: Es bombardeada con aviación y artillería la zona de Morazan; el balance es de 4.000 muertos, entre hombres, mujeres y niños.

23-24 de junio de 1980: Paro general en las zonas de Trifinio y San Vicente. La represión es brutal.

Agosto de 1980: Militariización de las empresas autónomas y semi-autónomas.

27 de noviembre de 1980: Son asesinados 6 dirigentes del FDR.

4 de diciembre de 1980: Son asesinados 4 religiosas norteamericanas. Se suspende la ayuda de EE.UU.

Enero de 1981: Con la toma de posesión de Reagan, se restablece la ayuda al Salvador, asesoramiento militar, ayuda económica.

El Coronel Majano, sale de la Junta y desaparece. Toma postura contra la Junta encabezada por el demócrata-cristiano Napoleón Duarte y a favor del FDR.

10 de enero de 1981: Comienza la ofensiva general por parte del E.P.L. (Ejército Popular de Liberación). Se proclama huelga general.

Febrero de 1981: Es capturado el coronel Majano.

Entre enero de 1980 a enero de 1981: son asesinados fuera de enfrentamientos militares 8.214 personas. Salen del país 100.000 salvadoreños.

Internacional Socialista. Resolución sobre El Salvador

LA Internacional Socialista emplaza al Gobierno de los Estados Unidos a terminar su apoyo político y militar a la actual Junta de El Salvador y a reconocer que no ha conseguido evitar más derramamiento de sangre.

Rechazamos la tesis de que el problema salvadoreño es el de una Junta que está luchando contra la extrema derecha o izquierda. Se trata más bien de un régimen despótico cuyas acciones han llevado a un estado de guerra civil.

Depositamos nuestras esperanzas más profundas y la más activa solidaridad en el Frente Democrático Revolucionario de El Salvador, del cual nuestro partido miembro MNR. es parte.



Partidos comunistas de centroamérica, México y Panamá. Resolución sobre El Salvador

LA unidad del movimiento popular y revolucionario se fortalece cada día más; de la Dirección Revolucionaria Unificada se ha pasado recientemente a la formación del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, lo cual da mayor consistencia y solidez a la lucha armada y en general a toda lucha popular, y fortalece el Frente Democrático Revolucionario que es la más amplia expresión unitaria del pueblo salvadoreño, la fuerza más representativa de la nación, hoy resueltamente en lucha por liberarse política y socialmente.

El peligro de una invasión de tropas norteamericanas sobre El Salvador es real, y se vuelve cada vez más grave, lo cual conduciría a internacionalizar el conflicto, pues sus planes incluyen agredir a Nicaragua y Guatemala y aplastar las aspiraciones democráticas de los pueblos de Costa Rica y Honduras.

La intervención militar de los Estados Unidos, que tiene lugar contra el pueblo salvadoreño, su amenaza de invadirlo con sus propias tropas, constituye una afrenta y un desafío a todos los pueblos centroamericanos, latinoamericanos y del mundo, el pisoteo de su derecho a la autodeterminación, a la vida y a la paz, la independencia y justicia social.

Por tanto, esta Conferencia de Partidos Comunistas y obreros de Centro América, México y Panamá:

CAMARADA

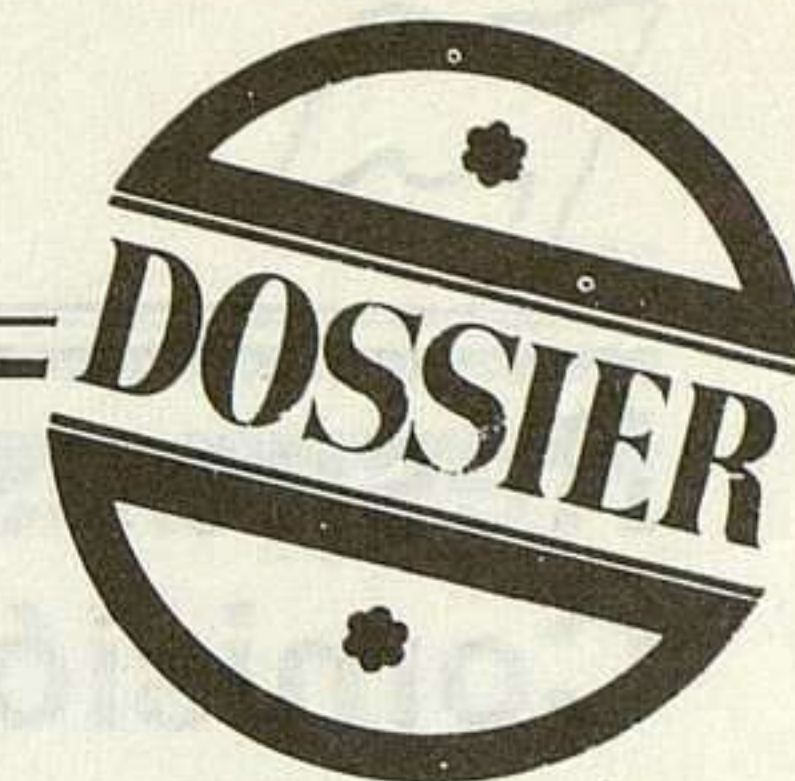
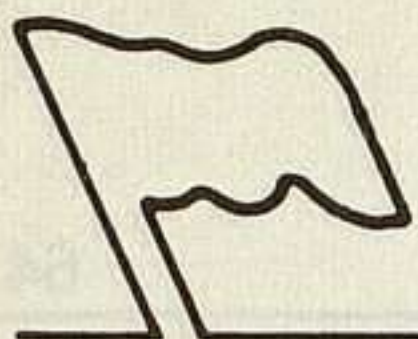
NUESTRO PUEBLO CON QUIEN ESTA LUCHANDO ES NADA MENOS QUE CONTRA EL IMPERIALISMO. Y AUNQUE PAREZCA MENTIRA, ESTAMOS A PUNTO DE DERROTARLO.

NECESITAMOS TAMBIEN DE TU AYUDA DIRECTA. URGIMOS DE DINERO. ENVIANOS 10, 20, 50, 100, LO QUE QUIERAS A M. AMAYA, CTA. CTE. NO. A-86541-0, BANCO ANGLO COSTARRICENSE, SAN JOSE, COSTA RICA.

¡ TRIUNFAREMOS !

EL SALVADOR

COMANDO INTERNACIONAL DE INFORMACION LP-28.



1. Expresa su solidaridad y apoyo a la lucha del heroico pueblo salvadoreño.

2. Manifiesta su indignada condena del genocidio que realiza el imperialismo yanqui y la Junta Militar Democristiana contra el pueblo salvadoreño.

3. Llama a los pueblos centroamericanos a prepararse para resistir la agresión imperialista, dispuestos a combatir hasta derrocarla.

4. Reitera su reconocimiento y apoyo al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, como vanguardia del heroico pueblo salvadoreño y al Frente Democrático Revolucionario como legítimo representante de éste.

5. Confirma su decisión de prestar toda clase de apoyo combativo al movimiento revolucionario y democrático de El Salvador.

6. Hace un llamamiento a las organizaciones revolucionarias, populares, progresistas, democráticas y humanistas del mundo a dar solidaridad militante al pueblo salvadoreño.

Partido Comunista de El Salvador, Partido Comunista de Honduras, Partido Vanguardia Popular de Costa Rica, Partido Guatemalteco del Trabajo de Guatemala, Partido del Pueblo de Panamá, Partido Comunista Mexicano.

Disertación de monseñor Oscar A. Romero sobre la dimensión política de la fe Lovaina 2 de febrero de 1980

NUESTRO mundo salvadoreño no es una abstracción, no es un caso más de lo que se entiende por «mundo» en países desarrollados como el de ustedes. Es un mundo que en su inmensa mayoría está formado por hombres y mujeres pobres y oprimidos. Y de este mundo de los pobres decimos que es la clave para comprender la fe cristiana, la actuación de la Iglesia y la dimensión política de esa fe y de esa actuación eclesial. Los pobres son los que nos dicen qué es la «polis», la ciudad y qué significa para la Iglesia vivir realmente en el mundo.

Como en otros lugares de América Latina después de muchos años y quizás siglos han resonado entre nosotros las palabras del Exodo: «*He oído el clamor de mi pueblo, he visto la opresión con que le oprimen*» (Ex. 3,9). Estas palabras de la Escritura nos han dado nuevos ojos para ver lo que siempre ha estado entre nosotros, pero tantas veces oculto, aún para la mirada de la misma Iglesia. Hemos aprendido a ver cuál es el hecho primordial de nuestro mundo, y lo hemos juzgado como pastores en Medellín y Puebla. «*Esa miseria, como hecho colectivo, es una injusticia que clama al cielo*» (Medellín, Justicia, n. 1). Y en Puebla declaramos «*como el más devastador y humillante flagelo, la situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos expresada por ejemplo en salarios de hambre, el desempleo y subempleo, desnutrición, mortalidad infantil, falta de vivienda adecuada, problemas de salud, inestabilidad laboral*» (n. 29).

El constatar estas realidades y dejarnos impactar por ellas, lejos de apartarnos de nuestra fe, nos ha remitido al mundo de los pobres como a nuestro verdadero lugar, nos ha movido como primer paso fundamental a encarnarnos en el mundo de los pobres. En él hemos encontrado los rostros concretos de los pobres de que nos habla Puebla (cfr. 31-39). Ahí hemos en-

contrado a los campesinos sin tierra y sin trabajo estable, sin agua ni luz en sus pobres viviendas, sin asistencia médica cuando las madres dan a luz y sin escuelas cuando los niños empiezan a crecer. Ahí nos hemos encontrado con los obreros sin derechos laborales, despedidos de las fábricas cuando los reclaman y a merced de los fríos cálculos de la economía. Ahí nos hemos encontrado con los habitantes de tugurios, cuya miseria supera toda imaginación, y viviendo el insulto permanente de las mansiones cercanas.

Este acercamiento al mundo de los pobres es lo que entendemos a la vez como encarnación y como conversión. Los necesarios cambios al interior de la Iglesia, en la pastoral, en la educación, en la vida religiosa y sacerdotal, en los movimientos laicales, que no habíamos logrado al mirar sólo al interior de la Iglesia, lo estamos consiguiendo ahora al volvernos al mundo de los pobres.

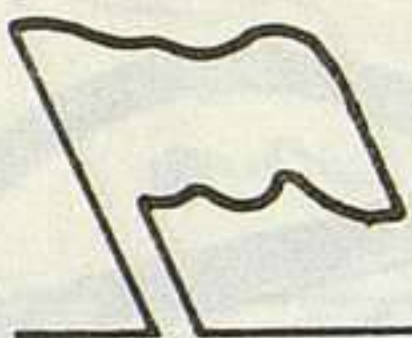
Es una novedad en nuestro pueblo que los pobres vean hoy en la Iglesia una fuente de esperanza y un apoyo a su noble lucha de liberación. La esperanza que fomenta la Iglesia no es ingenua ni pasiva. Es más bien un llamado desde la palabra de Dios a la propia responsabilidad de las mayorías pobres, a su concientización, a su organización —en un país en que, unas veces con más intensidad que otras, ésta está legal o fácticamente prohibida—. Y es un respaldo, a veces también crítico, a sus justas causas y reivindicaciones. La esperanza que predicamos a los pobres es para devolverles su dignidad y para animarles a que ellos mismos sean autores de su propio destino. En una palabra, la Iglesia no sólo se ha vuelto hacia el pobre sino que hace de él el destinatario privilegiado de su misión, porque como dice Puebla «Dios toma su defensa y los ama» (n. 1.142).

La Iglesia no sólo se ha encarnado en el mundo de los pobres y les da una esperanza, sino que se ha comprometido firmemente en su defensa. Las mayorías pobres de nuestro país son

oprimidas y reprimidas cotidianamente por las estructuras económicas y políticas de nuestro país. Entre nosotros siguen siendo verdad las terribles palabras de los profetas de Israel. Existen entre nosotros los que venden al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias; los que amontonan violencia y despojo en sus palacios; los que aplastan a los pobres; los que hacen que se acerque un reino de violencia, acostados en camas de marfil; los que juntan casa con casa y anexionan campo a campo hasta ocupar todo el sitio y quedarse solos en el país.

Estos textos de los profetas Amós e Isaías no son voces lejanas de hace muchos siglos, no son sólo textos que leemos reverentemente en la liturgia. Son realidades cotidianas, cuya crueldad e intensidad vivimos a diario. Las vivimos cuando llegan a nosotros madres y esposas de capturados y desaparecidos, cuando aparecen cadáveres desfigurados en cementerios clandestinos, cuando son asesinados aquellos que luchan por la justicia y por la paz. En nuestra Archidiócesis vivimos a diario lo que denunció vigorosamente Puebla: «*Angustias por la represión sistemática o selectiva, acompañada de delación, violación de la privacidad, apremios desproporcionados, torturas, exilios. Angustias de tantas familias por la desaparición de sus seres queridos de quienes no pueden tener noticia alguna. Inseguridad total por detenciones sin órdenes judiciales. Angustias ante un ejercicio de la justicia sometida o atada*» (n. 42).

En esta situación conflictiva y antagónica, en que unos pocos controlan el poder económico y político, la Iglesia se ha puesto al lado de los pobres y ha asumido su defensa. No puede ser de otra manera, pues recuerda a aquél Jesús que se compadecía de las muchedumbres. Por defender al pobre ha entrado en grave conflicto con los poderosos de las oligarquías económicas y los poderes políticos y militares del Estado.



Respuesta de la Comisión-Político- Diplomática del FDR- FMLN a las imputaciones del Gobierno Norteamericano Febrero de 1981

EN días recientes, delegaciones «ad-hoc» del Departamento de Estado del Gobierno de los Estados Unidos de América partieron hacia varios países de América Latina y Europa, con el objeto de convencer a los gobiernos visitados del apoyo soviético a la insurrección armada del pueblo salvadoreño.

Esta ofensiva diplomática del gobierno norteamericano tiene como propósito convertir el caso salvadoreño, a nivel mundial, en una expresión del supuesto «expansionismo soviético». Al plantear de esta manera el problema salvadoreño, el Gobierno norteamericano pretende poner a prueba a gobiernos que considera amigos, en lo relativo a su disponibilidad para practicar una conducta de alineamiento al servicio de la política de enfrentamiento de bloques.

Ante esa maniobra que realiza el gobierno del Presidente Reagan, actuando como si de hecho fuera también el gobierno de El Salvador, la Comisión Político-Diplomática del FMLN y FDR de El Salvador,

Declara:

1.— El FMLN-FDR niega enfáticamente que haya recibido armas de los Gobiernos de Vietnam, Etiopía, Cuba, URSS o de cualquier otro gobierno. Hasta la fecha, la única verdad incontrovertible ante la conciencia internacional, es el creciente abastecimien-

to de armas y la instrucción militar con que el Gobierno de los Estados Unidos ha favorecido al Ejército de la Junta Militar Demócrata Cristiana de El Salvador. Esos son hechos y no meras especulaciones. Hechos que el Gobierno de los Estados Unidos ha realizado y continúa realizando cada vez en mayor proporción, teniendo plena conciencia de que su ayuda militar es utilizada para asesinar a la población civil salvadoreña e incluso a religiosas norteamericanas.

2.— Las evidencias con que el Departamento de Estado norteamericano pretende demostrar la ingerencia de la URSS, Etiopía, Vietnam, Cuba y otros países del campo socialista en el caso salvadoreño, son enteramente falsas. Son también ajenas a la realidad del proceso de lucha del pueblo salvadoreño, e ignoran la amplia y plural solidaridad sin condiciones que está recibiendo de todas partes del mundo.

El Gobierno norteamericano agrega a los elementos de incertidumbre que caracterizaron a la Administración Carter, el de confundir en forma irresponsable a los gobiernos europeos.

Como era de esperar, las primeras reacciones de estos gobiernos dejan constancia de su adecuada visión del conflicto salvadoreño y de su creciente desconfianza en la racionalidad de la política exterior estadounidense.

3.— La maniobra del Gobierno nor-

teamericano pretende, en primer lugar, justificar su apoyo al régimen militar salvadoreño. Hasta este momento lo justificaron y lo demandaron internacionalmente aludiendo al supuesto carácter centrista y reformista de la Junta salvadoreña. Esta justificación fue perdiendo validez a medida que su política represiva y antipopular se fue haciendo evidente a escala mundial.

Esto explica el cambio táctico consistente en inventar un argumento distinto: el peligro del expansionismo soviético.

En segundo lugar, la Administración Reagan pretende el aislamiento internacional de los legítimos representantes del pueblo salvadoreño: el FMLN y el FDR. Este intento ha llevado a Reagan a actuar ciegamente ante países europeos, principalmente miembros de la OTAN, a quienes ofende cuando pretende imponerles la peligrosa alternativa de doblegarse ante presiones basadas en pruebas prefabricadas o arriesgarse a una confrontación política con los Estados Unidos.

En último término, la campaña de falsedades del Gobierno norteamericano tiene como objetivo neutralizar la oposición a su creciente intervención militar en El Salvador.

4.— El pueblo salvadoreño ha recibido para los fines de su legítima lucha de liberación, la solidaridad moral, política y diplomática y material de muchos pueblos y gobiernos del mundo, incluido el pueblo de los Estados Unidos.

5.— Queremos dejar sentado, una vez más, que una de las razones fundamentales por las que estamos luchando es precisamente para rescatar nuestra independencia nacional. La práctica de los gobiernos norteamericanos de dictar a otros pueblos quiénes pueden ser amigos y aliados «aceptables», es una política ya superada, como lo demuestran las posiciones de México, Panamá, Nicaragua, Ecuador, Cuba y muchos países en todo el mundo.

El Gobierno del Presidente Reagan puede dar órdenes a la Junta Militar Demócrata Cristiana salvadoreña, pues

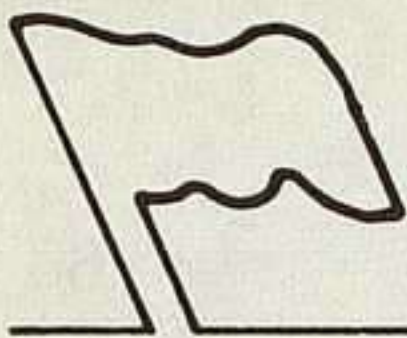
la controla y dirige a su antojo. Pero al pueblo salvadoreño no podrá imponerle conducta alguna porque está ya harto de dominación imperialista y está decidido a conquistar su soberanía.

Nunca hemos ocultado a nadie nuestras relaciones fraternas con los pueblos y gobiernos del campo socialista. Nada malo y mucho bueno hay en ello. Así lo comprenden los pueblos y gobiernos civilizados, genuinamente interesados en la distensión, en la paz mundial. Por ello consideramos que la única política viable para países como el nuestro es la del NO ALINEAMIENTO. A ella nos adherimos y estamos dispuestos a implantarla consistentemente, con la convicción de que el triunfo popular en El Salvador es el único medio para lograrlo.

6.— La Comisión Político-Diplomática hace un llamado a los gobiernos y pueblos amigos que han visto con simpatía la lucha del pueblo salvadoreño, así como a aquéllos que cuando menos, han comprendido la justicia de ella, para que rechacen con firmeza la acción del Gobierno de los Estados Unidos de América que constituye una maniobra fraudulenta con la cual pretenden engañar a la opinión pública internacional y perjudicar los intereses legítimos del pueblo salvadoreño.

La Comisión Político-Diplomática denuncia ante los gobiernos aliados de los Estados Unidos, los graves riesgos que implica para la paz mundial, la actitud del Gobierno norteamericano al tratar de desnaturalizar el carácter nacional de la lucha del pueblo salvadoreño y de promover interpretarla como parte de la guerra fría que el nuevo Gobierno de los Estados Unidos está impulsando con grave riesgo para la seguridad de los pueblos europeos y de todos los pueblos del mundo.

Por nuestra parte, estamos abiertos a soluciones políticas que no traicionen los intereses de nuestro pueblo. Pero no nos intimida la prepotencia del Gobierno de los Estados Unidos. La voluntad de lucha de nuestro pueblo y la solidaridad de los pueblos del mundo derrotarán, una vez más, la injusta agresión imperialista.



La alienación en el mundo contemporáneo

Manuel Ballestero

Entre el 24 de agosto y el 5 de septiembre pasados se celebró el anual *Europäisches Forum Alpbach*, consagrado en esta ocasión al estudio de «Las consecuencias del progreso» (Konsequenzen des Fortschritts). En uno de los múltiples seminarios, y en presencia del Cardenal König, el debate versó sobre «Los fenómenos de la alienación como constantes y consecuencias del desarrollo». Ante numeroso público, en su mayoría cristiano, abrieron y sostuvieron la discusión los profesores *Wetter*, del Gregorianum, *Kern*, de la Universidad de Innsbruck, *Leser*, de la Universidad de Viena, *Adam Schaff*, de la misma Universidad y de la Academia de Ciencias de Varsovia y *Manuel Ballestero*, de la Universidad París VIII (Vincennes) en representación del P.C.E. Los trabajos del grupo se prolongaron durante dos días y, por la composición de la mesa, se tradujo en un amical, profundo y controvertido *Diálogo de cristianos y marxistas*. Sirvió de documento de referencia la Encíclica *Redemptor hominis*, en que Juan Pablo II aborda la cuestión de la alienación en el mundo contemporáneo. Al hilo de dicho texto, los cristianos *Wetter* y *Kern* evocaron las que les parecían insuficiencias de la concepción marxista en lo que respecta a la comprensión total del hombre; *Schaff* y *Ballestero* esclarecieron por su parte los perfiles de dicha concepción, reflexionándola y llamando la atención sobre los últimos esfuerzos teóricos por profundizarla. Al finalizar los trabajos el Cardenal König, en una intervención sintética y profunda, desbrozó las perspectivas de un trabajo futuro y conjunto en defensa del hombre, y valoró como «interesantes desde diversos puntos de vista las intervenciones de los representantes del eurocomunismo», oficializando el Diálogo cristiano-marxista que allí se había desarrollado. Damos a conocer aquí amplios extractos de mi intervención central como representante de nuestro Partido.

Como trama de mi reflexión quiero referirme a la Encíclica *Redemptor hominis* en que Juan Pablo II destaca dos formas de alienación en el mundo contemporáneo: por un lado ese predominio absoluto de lo técnico que hace que «a medida que avanza la dominación sobre el mundo de las cosas, el hombre pierde el hilo conductor y de modos diversos se subordina a ese universo, siendo entonces él mismo objeto de múltiples manipulaciones»; por otro «ese comportamiento consumístico, éticamente incontrolado, y que conduce a limitar la libertad de los otros, de quienes sufren la pobreza, y que se ven empujados a condiciones de miseria.

Tal caracterización nos parece enteramente exacta, con sólo dos reservas: no creemos que al consumo incontrolado haya que imputarle la existencia de zonas de miseria, ya que la anarquía consumística va acompañada de *fenómenos de carencia en los países mismos que conocen la abundancia*, y porque ese consumo es resultado de *condiciones de producción* bien determinadas; hay que añadir en segundo lugar que la alienación propia al universo tecnológico y la que se desvela en la agudización de las diferencias entre clases y naciones han de enfocarse, no por separado, sino en tanto que aspectos de un mismo y solo proceso. Recordaremos una advertencia teórica de Adorno, que en la noción de «cultura industrial y tecnológica» deben distinguirse dos momentos, «desarrollo de la técnica de las fuerzas productivas» y «relaciones sociales de producción... relaciones de cambio» (Tauschverhältnisse) (1). La reflexión sobre la alienación en el universo tecnológico ha de inscribirse en el cuadro de un análisis de las relaciones sociales que orientan y determinan ese desarrollo; y si Adorno, profundizando en esta problemática, centraba su atención en las «relaciones de cambio», dentro de las mismas debe arrojarse toda la luz sobre esa forma específica de sociedad *productora de valores, la sociedad capitalista*.

Una masa determinante de poder tecnológico se encuentra concentrada hoy en países capitalistas, que por la dinámica de la valorización del Capital, imprimen al desarrollo de la técnica una orientación precisa, en la medida en que lo insertan en la práctica general de la explotación del trabajo y de las naciones «proletarias». El análisis de las alienaciones dentro del mundo tecnológico debe, pues, considerar en primer término los desequilibrios, irracionalidades e injusticias que se derivan de la lógica del Capital; si se quiere estudiar seriamente la alienación en el mundo actual, deben examinarse, en efecto, sus mecanismos más generales, pero no dejar en la sombra estructuras que, aunque particulares, son en gran medida determinantes. Por el peso que en las relaciones entre clases y naciones tienen aún los fenómenos ligados a la existencia del Capital, toda voluntad de abolir ciertas formas de alienación tiene que proyectar profundas transformaciones en el sentido de un *control social* de la riqueza, *social también*.

Es claro, no obstante, que las raíces de ciertas distorsiones han de buscarse más allá de la dinámica, irracional e injusta, del Capital en su sentido estricto, y al llegar aquí, debemos poner de relieve un punto teórico, de gran importancia para nosotros, *eurocomunistas*, es decir *comunistas críticos*. Cuando Marx realizó el estudio del mo-

vimiento del Capital, centrado en la producción y en la acumulación del *valor*, el sistema se encontraba en un estadio inicial o no plenamente desarrollado; por ello, tanto el análisis de la producción y de la apropiación del *valor*, como los fenómenos alienantes que de aquéllas se derivan, hubo de hacerse, de manera restringida, en el estudio de la explotación del trabajo. Marx, no obstante, ya entonces preveía(2) una etapa ulterior en que la sed de sobre-trabajo, crearía nuevos polos de cambio, explotaría la Naturaleza en su conjunto, crearía nuevas necesidades y *generalizaría la producción de valores*. Es en ese momento, el histórico en que nos encontramos, cuando se abren espacios de muy profundas y amplias formas de alienación: la de sociedades enteramente consagradas a la creación de *valores* y frente a las que no basta la transformación de las *formas jurídicas de la propiedad*, sino que, como Marx indicara, se requiere la supresión pura y simple del *valor*, y la *remodelación de la naturaleza misma del trabajo*.

De ahí que los *eurocomunistas* afronten la problemática actual, elucidándola y abordándola, en un análisis, no sólo de la explotación del trabajo asalariado, sino en el más vasto de la subordinación del todo social, y de su naturaleza misma, a la producción y acumulación de valores. Ante nosotros se abre como perspectiva un combate general y global que contrarreste la dinámica de la acumulación capitalista, pero *dentro ya* de un esfuerzo por poner frenos a esa lógica general de la producción de valores, cuya dinámica, cuantitativa y abstracta, como Dilthey previó, es homogénea a la de la racionalidad tecnológica, también abstracta y formal. Queremos decir que *razón técnica*, transformación de la naturaleza en espacio de explotación y de los hombres en simples productores, y *producción del valor* son momentos de un mismo haz estructural.

Racionalidad técnica y alienación

Con este análisis se demistifica el proyecto de sociedades que se dicen «liberales» y que proponen, como realización de lo *humano*, todos sociales manipulados y dirigidos como empresas de valorización, de rentabilidad y de desarrollo «puramente técnico». Pero tal enfoque incide también en uno de los centros de la perspectiva marxista tradicional que, por decirlo una vez más con palabras de Adorno, no percibió el carácter alienante de ciertas *formas de racionalidad*.

Los peligros de nuestro tiempo nos han llevado a comprender que el desarrollo de las fuerzas productivas no es neutro ni puede, sin más ni más y sin peligros, abrirse al «mal infinito»; más aún, en la medida en que ese desarrollo puede transformar la naturaleza del trabajo y las relaciones del hombre a la «objetividad» en general, puede y debe inscribirse también en un horizonte de finalidades *que ya no son de naturaleza técnica*; queremos decir que ese desarrollo lleva en su seno y *exige la inversión de su propia índole*, para obedecer a normas que son ya de otro orden. La dinámica y las contradicciones del desarrollo ponen en claro que las «*technische Frage*» de-



ben ser enfocadas y resueltas a la luz y en función de «praktische Frage»(3). La racionalidad técnica, formal y abstracta como su propio objeto, el valor, y la razón fundada en el cálculo del valor han de subordinarse a una razón *ni técnica ni contable*, capaz de conocer otros valores que ese valor y la potencia de aquellos que Sade denominó «verdugos de la naturaleza». Dicho en términos tradicionales y sin caer en un discurso edificante: el «entendimiento» debe reconocer la legislación de la «razón».

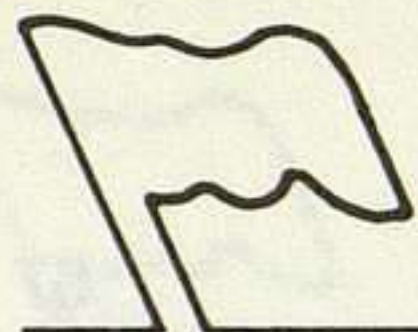
Intervención democrática de masas

La Encíclica papal habla a este respecto de «control ético» del desarrollo, y el problema estriba en encontrar instancias sociales que encarnen e impongan esas exigencias «éticas», antropológicas diríamos, que, lejos de la abstracción y de la formalización propias de lo tecnológico, expresen necesidades de los hombres en su realidad *concreta y total*. Pietro Ingrao en uno de sus últimos trabajos ha indicado que «la salvezza del momento soggetivo la possiamo trovare solo nella gente e con la gente»(4), es decir, que la regulación ética ha de asentarse en *una intervención democrática de masas*. Tal perspectiva de reactivación radical-democrática es uno de los pivotes de la estrategia eurocomunista, y ya en 1968 el camarada Dubzek esbozó una respuesta política a estos problemas, al indicar que, ante el desarrollo de las fuerzas productivas, había que contrarrestar el peso creciente de los organismos de *decisión técnica* por un incremento de poder de las instancias democráticas. En la medida en que con el desarrollo científico y técnico se acrecienta la determinación de «lo general», se impone una clara y potente expresión e intervención de la sociedad concreta y viva, capaz de promover, frente a la racionalidad cuantitativa y abstracta de la producción de valores, la expresión de demandas *cualitativas*.

En este proceso de democratización radical y generalizada, funciones hasta ahora confiadas a los aparatos de Estado y a la Administración, deben ser asumidas por organizaciones sociales y de masas; *es necesario que instancias y demandas sociales adquieran una naturaleza política, y que lejos de ser objeto de la mediación de lo «político», en su dinámica mediaticen, para luego abolir, lo político «celestes y separado», el Estado.*

En este orden de cosas, el movimiento sindical, no debe limitarse a demandas tendentes a incrementar la parte de valor que recibe el trabajo, sino intervenir en la gestión de las empresas, en la definición de los fines del desarrollo, en la de las vías a seguir, y en la organización del proceso productivo; el sindicato, lejos de limitarse a expresar y defender demandas económicas y cuantitativas, debe avanzar reivindicaciones que surgen de una *lógica distinta de la que rige la producción de valores, lógica de las necesidades de los trabajadores en tanto que hombres concretos, totales y vivos.*

En ningún momento olvidamos que esta impugnación del valor es un momento esencial en la del sistema del Capital; por ello, esa reactivación democrática no tiene nada en común con la *fragmentación*



de la totalidad social en grupos de presión y de demandas parciales, sectorialización que el poder «liberal» fomenta para mejor conservar, en el plano del Estado y de lo macroeconómico, un control unificado y sintético. La reactivación democrática y social, la concebimos en su pluralidad, pero también anudada en una orientación de conjunto, que impugne, junto con la lógica del valor, la de la explotación del trabajo por el Capital...

El Estado y la producción de valores

Ese ahondamiento democrático es tanto más urgente cuanto que las alienaciones inherentes al predominio de la racionalidad tecnológica y de la producción de valores, tienen una traducción política en el peso aplastante que el Estado y la Administración han adquirido frente a la Sociedad civil.

Las necesidades de la valorización del Capital y de la producción de valores en general, han determinado una penetración decisiva y profunda del Estado en los procesos económicos y sociales; en situación capitalista, al Estado liberal ha sucedido el Welfare State que, en un proyecto de estabilización y de *control social*, ya no es simple «vigilante en las fronteras del sistema», sino que actúa dentro del mismo como agente fundamental. Y esa intervención no tiende al «dépassement» de las contradicciones del modo de producción capitalista, sino, por el contrario, trata de suprimir los obstáculos que dificultan su funcionamiento o que ponen en peligro la existencia de estructuras sociales contradictorias. De ahí que la estatalización y la administración de la vida social desemboquen en una agudización del carácter autoritario del Estado; los fenómenos alienantes propios de todo *Estado separado* hoy se profundizan, en la medida en que los poderes del ejecutivo y de sus comisiones «técnicas» se refuerzan a expensas de los del legislativo, y porque la potencia que a aquel le confieren *los media* controlados, hace del legislativo, no un canal de representación, sino de integración y de control.

También es verdad — y es éste un aspecto que cierta crítica «universitaria», cortada de la dinámica social, a veces pasa por alto — que la penetración del Estado en la Sociedad civil, no sólo integra, sino que facilita una inmersión de sus «aparatos en los movimientos y dialécticas de la sociedad; *sectores enteros del Estado se han convertido en espacios de impugnación.*

Quiere decirse, que ese proceso de estatalización de lo social es profundamente contradictorio... y que revela el eslabón que deben aferrar las fuerzas liberadoras: desarrollar el momento democrático del Estado, para someterlo a la voluntad social, general. La alienación «política» de la Sociedad en el Estado ha de contrarrestarse por la reapropiación de la Sociedad, por su creciente expresión, por su poder de autodeterminación, sin perder de vista — ya que ahí se encuentra el momento unificante de la dialéctica social plural — que el Estado es la sanción política, en unos casos de dominación del Capital, de la producción de valores en otros...

La «alienación militar»

Querría finalmente llamar la atención sobre un fenómeno que, ligado íntimamente a cuanto acaba de decirse, refuerza actualmente esa alienación de la Sociedad civil en el Estado, y me referiré a lo que mi camarada Manolo Azcárate ha denominado la «alienación militar».

La estatalización al Este y al Oeste, la división del mundo en bloques, deciden que las dialécticas sociales tiendan a plantearse y dirimirse en términos militares. Tal fenómeno se ha convertido en determinante, con la esterilización y despilfarro de recursos materiales y de potencial científico: 30 por 100 de la investigación en EE.UU. y más de 40 por 100 en la URSS se consagran a la creación o perfeccionamiento de medios de destrucción.

Pero es en el plano político donde se desvelan los aspectos más negativos de un fenómeno, que determina y justifica que dominios de enorme importancia económica y tecnológica escapen por completo a todo control democrático; *no sólo al control, sino a la simple discusión abierta y hasta al conocimiento por parte de la sociedad.* En tanto que ligados a la «defensa», sectores decisivos de la vida material, científica y política, se encuentran preservados por el «secreto de Estado», contribuyendo a la proliferación de centros de decisión incontrolados e incontrolables.

Frente a tales hechos las simples demandas de democratización en el seno de cada nación serían ingenuas e inoperantes; es necesario definir principios adecuados a esta situación de objetiva «solidaridad de todos los pueblos y hombres» y plantear con vigor la urgente necesidad de limitar los armamentos, de desmantelar los bloques militares y de consolidar perspectivas de cooperación pacífica y de debate político.

En defensa de los derechos del hombre

Es precisamente en esta situación de solidaridad universal donde la Declaración de los Derechos del hombre adquiere relieve particular y renovado.

La internacionalización de los procesos productivos, de los flujos de cambios, la división internacional del trabajo, inscriben a nivel material lo que la revolución burguesa proclamó en el plano ideal, jurídico y político: la igualdad y fraternidad de los miembros del género humano. Tales derechos han de defenderse, hacerse realidad y también redefinirse, adimpliándose y profundizándose, no concibiéndose de *manera negativa*, como límites que protejan el disfrute indeterminado de los mismos, sino *en forma positiva* que remueva los obstáculos que impiden la realización de tales derechos.

En lo que concierne a la libertad de expresión y pensamiento, no debe dejarse en la sombra el hecho que grupos económicos y financieros monopolizan el uso y abuso de la palabra y del pensamiento, desposeyendo, por ello, de derechos al resto del cuerpo social; ni ca-

be tampoco olvidar la definición de nuevos derechos exigidos por nuevas realidades, proclamando esos derechos políticos inherentes al trabajo y de que se ven desposeídos más de doce millones de inmigrantes en Europa, en beneficio exclusivo del Capital y detrimento de la clase obrera en su conjunto. Tales derechos deben moldearse adaptándose al relieve de las nuevas situaciones, y en una división internacional del trabajo, englobar la exigencia de un justo reparto de las riquezas entre las naciones...

Un punto es evocado con fuerza en la Encíclica de Juan Pablo II: el derecho a la libertad de conciencia y a la práctica religiosa; apoyamos sin reservas esta demanda, y no por cálculo político, sino porque en el curso de una larga reflexión teórica creemos superadas algunas de las concepciones del marxismo en su forma clásica. Los trabajos de E. Bloch y las remodelaciones de la teología contemporánea nos han conducido a no ver necesariamente en la actitud religiosa una ocasión o una forma de alienación, sino una de las posibles manifestaciones de la naturaleza dialéctica y reflexiva del hombre que, insertándose en lo relativo, problematiza lo absoluto, sea en su forma de *Ultimum*, en la de la norma ética, en el valor incondicionado de la persona o en cualquier apertura a transcendencia. La tematización de lo religioso en Rahner, Moltmann o Metz, y la del humanismo dialéctico y revolucionario en E. Bloch llegan, no a una identidad de visión, pero sí a un paralelismo de líneas que, sin cortarse, discurren hacia un punto infinitamente alejado...

Unidad de culturas

A la luz de todos estos hechos, somos conscientes de que las tareas que la historia nos impone no puedan afrontarse sino por un «frente» pluralista de fuerzas y de culturas. Con Ingrao pensamos que no hay hoy *una cultura* sintetizante, que ni siquiera puede hablarse de cultura marxista en singular, que dentro de nosotros mismos la diversificación crítica, enriquecedora y problematizante está haciendo su camino. Pero creemos también que el tiempo es revelador y productivo, que la conciencia crece y que, a despecho de diferencias, ciertas perspectivas de *humanización*, de *socialización*, de igualdad y fraternidad entre los hombres son hoy más solicitantes y perceptibles que en otros momentos históricos; creemos que el mundo está preñado de peligros pero, por ello mismo, grávido también de posibilidades de liberación y que son esas perspectivas las que pueden unificar y hacer converger los esfuerzos de cristianos que en el hombre histórico y concreto ven «la vía de la vida de la Iglesia», y los de quienes, como nosotros, están comprometidos en un empeño *humanista revolucionario*.

Notas

- (1) F. Grenz, *Adorno Philosophie in Grundbegriffen*, Suhrkamp, 1974, Gespräch mit A. Gehlen.
- (2) Marx, *Oeuvres*, La Pleiade, II, 258.
- (3) J. Habermas, *Kultur und Kritik*, Suhrkamp, 1977, 73.
- (4) *Crisi e terza via*, Editori Riuniti, Roma, 1978.



libros

Conviene destacar la idea editorial: libros caracterizados por su brevedad, sencillez, rigor, calidad gráfica y precio asequible, formando una colección de temas interesantes apoyada en una fuerte promoción en TV. y prensa.

En el consejo editorial, nombres de prestigio: Víctor García-Hoz, J. M.ª López-Piñero, Manuel Tuñón de Lara, Francisco Grande Cobian...

Los textos incluyen una parte gráfica pertinente, complementaria, abundante y, en general, bella. Imagen de modernidad y alegría alejada tanto de las ilustraciones de manual como de la pedantería lúgubre de cierta literatura con «pretensiones». Los términos difíciles se explican al final de cada parte. Ciertos temas, conexos entre sí, se relacionan a través de llamadas. Se incluyen recuadros con textos originales para complementar o ilustrar puntos de interés. La bibliografía es sumaria y accesible. Como modelo de soporte inicial para que los no avezados en cada tema empiecen a leer, estos libros resultan difícilmente superables. En otro momento habrá que comentar si la selección de títulos responde o no a las inquietudes que pretende abarcar. Ahora se trata de comentar si, con esa idea editorial, un producto concreto, un texto dado, de título tan sugerente además como el que encabeza esta nota, resulta un producto fiable. Si la información incluida es suficiente. Si induce a error o estimula a seguir leyendo sobre el asunto.

En mi opinión, en el texto de Lazo, los aciertos superan las insuficiencias, pero éstas no son pocas ni menores. Así, una visión idílica de las relaciones internas de las clases y grupos sociales de las colonias inglesas de América en la época de la Declaración de Independencia: Un módulo interesante sobre el Japón Meiji pero truncado, probablemente, por falta de espacio. Un decepcionante capítulo sobre «La larga marcha de la revolución china», donde el lector puede sacar curiosas conclusiones: que

desde 1923 a 1946 reinó la concordia entre el PC chino y el Kuomintang; que los japoneses no pusieron un pie en China o que las convulsiones internas del modelo comunista chino han empezado tras la muerte de Mao. O el brevísimo espacio dedicado al surgimiento de los países del Tercer Mundo en la arena de la Historia. O el adecuado tratamiento de los progresos técnicos y científicos durante el siglo XIX y la ausencia de toda mención al tema durante el siglo XX. Además, algunos defectos de detalle (fechar la aparición de los soviets en 1917 y no en 1905, p. ej.). Es un pasivo que podría corregirse en una segunda edición. Lo mejor, tal vez, los quince módulos dedicados a la caída del Antiguo Régimen y el ascenso de las burguesías europeas. Respecto al futuro, el autor expone su posición del siguiente modo: «Parece claro que, dentro de un sistema en el que están garantizadas las libertades políticas e individuales y el derecho a elegir los propios gobernantes, tiene menos razón de ser un movimiento revolucionario. Pero el problema surge a la hora de considerar si esos derechos... son efectivamente respetados o si, por el contrario, lo único que existe es el reconocimiento formal de los mismos como fachada para ocultar la manipulación constante a la que se somete a los ciudadanos. En estos casos no cabe descartar la aparición de fenómenos revolucionarios que pretendan acabar con semejante farsa». Enfoque que nos sitúa directamente en el plano profundización-regresión de la democracia representativa, núcleo de toda la estrategia revolucionaria de izquierda en Europa occidental.

En resumen, libro recomendable (reparos aparte) de una colección recomendable, que enlaza con otros empeños editoriales («Biblioteca de Divulgación Política» de La Gaya Ciencia o la serie «A lo claro» de Editorial Popular), sobre los que nuestro partido debería reflexionar como modelo para la producción de materiales formativos para sus miembros.

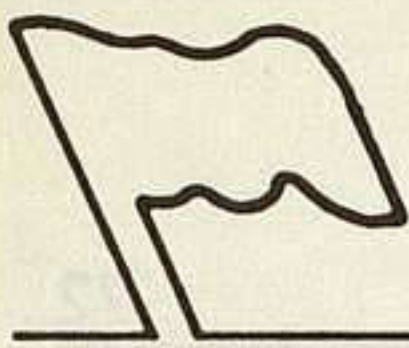
A. Infante



Revoluciones del mundo moderno

Alfonso Lazo.

Colección Salvat Temas Clave, n.º 4.
Barcelona 1980. 64 págs. 195 pts.



Cartas

Carta de Jaime Ballesteros

Aunque ya te lo expresé personalmente me siento en la obligación moral de pedir que publicuéis mi desacuerdo con el Editorial del anterior número relativo al X Congreso. Este desacuerdo se extiende a dos aspectos que juzgo importantes:

Primero, de contenido. No deseando entrar todavía en la discusión de lo sostenido en el citado Editorial, sin embargo, como miembro nominal del «Consejo Editorial» de la revista sí deseo dejar claro ante los lectores de NUESTRA BANDERA que no comparto la orientación general del escrito en cuestión.

Segundo, de método. Deseo manifestar públicamente, para evitar cualquier posible confusión, mi firme desacuerdo con que, antes de que el Comité Central del Partido haya elaborado y aprobado los proyectos de Tesis, la «Revista teórica y política del Partido» publique un Editorial dando la opinión que tiene un grupo reducido de camaradas —aunque constituyan el Consejo de Redacción o parte de él— sobre lo que estiman debe ser el X Congreso. Mi desacuerdo es firme sobre todo por el carácter oficial de NUESTRA BANDERA y el aún más oficial de sus Editoriales, marco elegido para hacer públicas las referidas opiniones. Es evidente que éste es un procedimiento que privilegia a varios camaradas sobre la totalidad del Partido, e incluso sobre la mayoría del Comité Central.

Ni que decir tiene que cuanto he señalado con anterioridad no afecta lo más mínimo a mi sincera camaradería y amistad con cada uno de los que hacen NUESTRA BANDERA.

Jaime Ballesteros

Razones para continuar

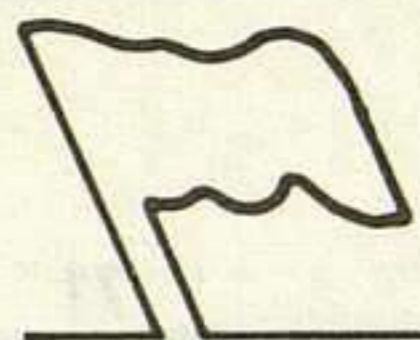
He recibido días atrás un maravilloso cuaderno de un autor llamado Adam Schaff, de quien no tenía el más mínimo conocimiento y que me ha dejado maravillado. Si todos los cuadernos que van a publicar ustedes, Nuestra Bandera, son de la altura y tan interesantes como éste, yo, sin no son de un precio más allá de las posibilidades de mi bolsillo (soy un jubilado con pensión modesta: veintinueve mil pesetas y pico mensuales), me suscribo desde ahora mismo a todos ellos siempre que tengan unos intervalos de tiempo en su publicación que me permita poder adquirirlos.

Me ha pasado con este cuaderno, «Qué pueden aprender los comunistas de su pasado», de Adam Schaff, que se lo agradezco a ustedes con toda mi alma, lo que me ocurrió con el libro que sobre el Eurocomunismo escribió Santiago Carrillo, y que yo, apresurándome a comprarlo, lo tengo hoy en mi pequeña biblioteca: que me ha llenado el alma como de una especie de sosiego, confianza, esperanzas, claridad y entusiasmo, al ver que sí existen en el movimiento revolucionario hombres sensatos, ponderados, realistas, inteligentes, con espíritu libre que nace de un verdadero amor a la Humanidad, con visión admirable de la realidad de la vida y de las masas humanas...

...Creo que la tarea más esencial de los revolucionarios responsables es la de convencerse que hay que concienciar a la masa, pues no basta con querer erradicar el analfabetismo: eso es suficiente para la burguesía, que se pasa de lista, cara a la galería, y sobre todo cara a las naciones extranjeras, sino que hay que cul-

tivar el espíritu por medio del cultivo de la inteligencia, de todos los obreros, de toda la masa humana, para desembocar en un altruismo colectivo, universal, que aporte solidaridad, unificación de almas firmemente sentida, en un civismo, por tanto, que haga posible una disciplina, mejor dicho, autodisciplina, individuo por individuo, que permita o garantice el sacrificio de todos por todos...

Otra conclusión, y quizá sea repetición, bajo otra presentación, de la esencia de mi anterior conclusión a la que llego por reflexión de estos temas sobre revolución es: ¿soy verdaderamente comunista? ¿admitiría la URSS que yo sea comunista con estas ideas fuertemente sentidas que tengo sobre el comunismo y su revolución, que haciéndome superar consignas marxistas-leninistas (muy justificadas en su tiempo, sobre todo en el Octubre del 1917, pero anacrónicas hoy), como «lucha de clases», «dictadura del proletariado», burocracia dirigente, ambiciones imperialistas soterradas, nefastas aunque sean en nombre del comunismo, y tantas otras cosas de los países comunistas, sobre todo de Rusia. me llevan a la nostalgia de un comunismo para todos, para la Humanidad y por ella y me arrastran al deseo de autodenominarme comunista liberal, comunista demócrata, comunista pragmático, ¡comunista cristiano! (no soy cristiano en cuanto a religión, dogmas y liturgias, pero sí lo soy en lo moral, en lo filosófico, en lo intelectual, como soy tagoriano, budista, teósofo, admirador identificado con los Upanhisads de la India o con Krishnamurti). Un hombre que odia el dinero, el establecimiento actual en el mundo, en la sociedad, de la estimulación del egoísmo



Cartas

individual como afán de prepotencia del «yo» de cada cual, y quisiera ver implantado en el mundo entero, una mentalización que conforme a Teilhard de Chardin, nos llevara a los humanos al punto omega, fin y objetivo de la ley de evolución hacia lo más perfecto que desde los prehomínidos ha hecho evolucionar a los seres humanos hasta el hombre moderno ¡que aún es un escalón inferior de esa evolución! ¿Podría ser perseguido en la URSS como «bicho» enemigo de la Revolución?

Amo a Rusia, a la Rusia revolucionaria, a la Rusia de los Lenin, Gorki, Dostoievski, Andreiev, Chejov, Pushkin, con toda mi alma, y desde bien pequeño; admiro, aprecio y casi idolatro a Marx y Lenin ¡y aún a Stalin! Pero yo de digo (y en esto parezco copiar lo que Adam Schaff dice con respecto al refrán polaco: «no se hizo la nariz para el rape, sino el rape para la nariz» y toda la carga aleccionadora de pensamientos y conclusiones que ello lleva consigo) ¿No es la revolución para los hombres y no los hombres para la revolución? Porque yo, que me alejé del catolicismo desde muy pequeño, porque precozmente me di cuenta de sus falsos planteamientos y dogmas que olvidan la vida terrenal y a los humanos, que es lo evidente a nuestros ojos, por unos hipotéticos «cielos» y «glorias» que llevaban a los humanos a vidas negativas en cuanto a impulsos vitales reales y verdaderos ¡planteamientos y dogmas que desvirtuando el cristianismo sólo sirvieron para el mejor medrar y «vivir la gran vida» de los prepotentes! ¿tendría que, olvidándome de mi libre albedrío, de mi personalidad, de mi esencia humana, ahogando los impulsos de mi alma, sujetarme a dogmas, con-

signas, opiniones, directrices de burocracias «bien satisfechas» para alcanzarme la consideración y tranquilidad por parte de los dirigentes, burocracia y jerarquías?

Los errores pasados deben no repetirse; quizá muchos de ellos fueron inevitables y hasta positivos, para la época, y necesarios, pero las épocas evolucionan en circunstancias: a ello hay que atenerse...

José Cano Llopis
Cartagena (Murcia)

Mejorar lo cultural

Regularizar la periodicidad de la publicación; llevar el debate y las tendencias dentro del partido a los textos de la revista, y aún publicar textos marxistas críticos del comunismo establecido (no sólo en los países del Este, sino en las teorías «euro»), y, por último, y lo cual creo muy importante; en una revista de un partido que tuvo en sus filas a César Vallejo y Hernández, y ha tenido y tiene importantes figuras del arte y la cultura, la parte cultural, artística y literaria (de crítica) resulta bastante débil.

Victor Fuentes.
California. USA.

Sobre el partido

Me considero desde hace muchos años radical de izquierdas; y por la imagen eurocomunista del PCE, ingresé cuando estaba cercano el fin de Franco. A finales de 1976 volvía a dejarlo porque la línea que se estaba llevando no me convencía. Hace escasos días volví a la actividad partidaria, aunque mi actividad social y

política nunca decayó en este período de tiempo. ¿Por qué? Quiero participar en la renovación del PCE. Llamar al retorno de tantos camaradas desilusionados...

Porque se percibe, evidentemente, una tensión muy fuerte en la dirección entre una corriente de renovación y otra de conservadurismo. Porque se ha dado más importancia a la lucha institucional en detrimento de la lucha de masas. Porque no hay muchos eurocomunistas convencidos en el Comité Central. Porque se diferencian entre «picos de oro» y los que no lo son. Porque a los hombres y mujeres más valiosos, trabajadores intelectuales y manuales, se les han ofrecido pocas oportunidades de debates en profundidad.

Habría muchos casos de los que hablar, pero quisiera terminar con una última reflexión.

¿Qué pasa con las agrupaciones? Lo voy a decir crudamente porque creo que hurtar la realidad es muy malo: las agrupaciones comunistas están siendo destruidas y restándoles eficacia muchos camaradas veteranos que sólo entran en «historias pasadas», y cuando entran en temas actuales no lo hacen con excesivo espíritu de cariño hacia los más jóvenes, arrogándose con excesiva asiduidad con la verdad absoluta. Por lo general existe, también, una muy baja preparación política. Ni siquiera saben estar al día muchos camaradas. Verdaderamente se necesita mucha voluntad personal para asistir a asambleas de agrupación; la mayoría de ellas pesadas y llenas de anécdotas nada procedentes.

Juan Cruz Ruiz García.
Madrid.

En el próximo número de «Nuestra Bandera» se realizará un análisis en profundidad de algunas de las cuestiones suscitadas por el intento de golpe de estado del 23 de febrero.



**Pedidos a
Nuestra Bandera**

**Nuestra Bandera
Santísima Trinidad, 5
Madrid-10
Teléfono 446 11 00**

En Madrid se puede comprar «Nuestra Bandera» en las siguientes librerías: A. Machado, Al Haken, Albacora, Ambito, Blanco, Blázquez, Buscón, Cruz del Sur, Cuatro caminos, Cultura Aluche, Espasa Calpe, Fuentetaja 48, Fuentetaje Universal, García Lorca, La Tarántula, Lectura, M. Hernández, Miraguano, Mujeres, Paradoz, Rosales, Rumor, Visor, Zaguán.



La transición.
Alonso Zaldívar
contrasta
sus opiniones
con las de Juan
Luis Cebrián

Interrupción
del embarazo.
Luis Arroyo

Ayer y hoy
de los intelectuales.
Sisinio Pérez Garzón
dialoga con
Francisco Villacorta.
Miguel Bilbatúa

Esperanzas
amenazadas en RTVE.
José Fernández
Cormenzana

El Salvador. Dossier

Alienación hoy.
Manuel Ballester

En la página 34 del número 106 se ha suprimido el final del artículo de Antoni Gutiérrez Díaz. El texto que falta es el siguiente:

.... Se abre con ello para el PSUC un proceso que debiera llevarle a la plena recuperación de la unidad en el marco integrador de una concepción estratégica sin ambigüedades ni contradicciones. La voluntad del Comité Ejecutivo se orienta en este sentido.

Pero, más allá de esta voluntad, está la exigencia cotidiana de la práctica política en un momento tan grave para nuestra sociedad como el actual. Están, también, los peligros abiertos por una dinámica de confrontación, que no puede negarse o ignorarse si en verdad hay que superarla sin fracturas. Y está también la necesaria correspondencia con el PCE; correspondencia que no implica agresión alguna a la independencia del PSUC, pero que es a la vez una exigencia no sólo estatutaria sino del más elemental principio revolucionario.

Ciertamente, es a los comunistas catalanes a quienes nos corresponde la mayor responsabilidad. Pero no es menos cierto que esto afecta a todos los comunistas españoles, a la viabilidad de nuestro proyecto estratégico, a la posibilidad de incidencia inmediata en la realidad política.

El título del artículo de la página 38 es: DEL ENTUSIASMO HACIA LA CONFIANZA, PASANDO POR EL MIEDO

